
TURNO
DE
NOCHE
REBECCA BÁEZ

TURNO
DE
NOCHE

Rebecca Báez

Copyright © 2025 Rebecca Báez

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducido en ninguna forma ni medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotografías, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos que aparecen en este libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: **2508232872849**

Registrado el: **23/08/2025**

Instagram: @rebeccabaezlibros

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Epílogo

1

Natalia

Volver de vacaciones siempre me pareció un drama, exagerado sí, pero un drama, al fin y al cabo. Era como abrir el armario tras una mudanza: con tu vida metida ahí dentro, sí, pero con un desorden que lo invadía todo. Así me sentía yo, a medio camino entre la sal que aún me cosquilleaba en los tobillos y la obligación inevitable de calzarme de nuevo los zuecos para enfrentar otra jornada nueva. *"Ufff, qué pereza tengo"*, pensé con un suspiro.

Portugal me había dejado un tono dorado en la piel, tres libros terminados casi de milagro, una quemadura estratégica en el escote y un par de conversaciones conmigo misma que jamás me atrevería a reproducir delante de compañeros, amigos o familia. Y, sin embargo, lo primero que escuché al abrir la puerta de casa fue la voz de Julián que me gritaba desde la cocina:

—¡Bienvenida, guapísima! ¡¡A mis brazos!!

Sí, era así de exagerado.

Dejó caer la copa que sostenía y corrió hacia mí como si hubieran pasado tres años desde la última vez que me vio. Me abrazó tan fuerte que, por un instante, creí que me iba a reventar un pulmón. Luego aspiró el olor de mi pelo y puso cara —literalmente— de asco.

—¿Pero esto qué es? ¿Champú barato? —se apartó un poco para mirarme con gesto dramático—. Vamos a ver, ¿qué te han hecho en Portugal?

—Darme libertad, cariño —le contesté dejándome caer en el sofá con una sonrisa satisfecha—. Solo huele a playa, a siestas eternas y a no haber hecho absolutamente nada en días. Vamos, lo que yo llamo un milagro.

La música inundaba el salón: un remix imposible entre reguetón y electrónica que se repetía sin descanso. Había vasos a medio llenar, luces bajas y, en la terraza, unas risas se escapaban y se mezclaban con el aire cálido de Granada. Julián había organizado una fiesta sin avisarme, lo cual, conociéndolo, significaba que realmente me había echado de menos.

—¿Y tú de verdad piensas que esto me dará fuerzas para la guardia de esta noche? —le pregunté, arqueando una ceja.

—Por supuesto. —me tendió otra copa con gesto solemne—. Te dará energía, valor y… posibilidades infinitas, nena.

Lo observé con suspicacia. Julián tenía ese don para hablar en clave cada vez que mencionaba, sin hacerlo, a Cristina. Sabía perfectamente que entre nosotras había algo, y también era consciente de que ambas lo negábamos con la misma pasión con la que me maquillaba antes de un turno con ella.

—No empieces —le advertí tras dar un sorbo—. No quiero complicarme. Acabo de volver en modo zen, tranquila, y en paz conmigo misma.

—¿Modo zen? —rio con ganas—. Tú has vuelto con las hormonas disparadas y unas ganas locas de verla, y lo sabes. Lo sabemos los dos. Cristina se va a derretir en cuanto te tenga delante.

Intenté convencerme de que no había pensado en ella estos días… bueno, no tanto. O al menos eso me repetía. Pero lo cierto es que, entre siesta y mojito, su imagen se colaba en mi cabeza: la veía en el hospital, seria, con ese gesto suyo tan característico de fruncir el ceño cuando alguien no llevaba el uniforme bien puesto, o cuando un paciente la llamaba "doctora" y ella lo corregía con educación diciéndole que era enfermera, sin perder un ápice de compostura.

Cristina me descolocaba. No era una mujer de belleza de portada, como las supermodelos, pero ahí radicaba precisamente su atractivo. En sus curvas naturales, en el pelo desordenado que a veces le caía sobre la cara, en esa forma suya de ocupar el espacio sin apenas proponérselo. Cuando la miraba, me costaba no quedarme prendida de ella, como si su presencia arrastrara la mía.

Su magnetismo no se podía reducir a adjetivos: estaba en su manera de caminar, en la intensidad con la que observaba, en los silencios cargados de sentido justo antes de pronunciar algo que siempre parecía trascendente.

Y últimamente… sus silencios hablaban más que cualquier palabra. Decían demasiado, más de lo que yo era capaz de gestionar, y ni una docena de días de vacaciones lograrían que lo pudiera olvidar.

****

En el hospital, el turno arrancó con ese olor inconfundible a desinfectante mezclado con café de máquina, un aroma áspero al que nunca conseguía acostumbrarme por más guardias que pasaran. El reloj marcaba las 20:02 y ya se agolpaba una fila de pacientes que parecían más interesados en disfrutar del aire acondicionado que en aliviar dolencias reales. Lo siento, a veces hay que decirlo. Y, sinceramente, no podía culparlos: los veranos se estaban volviendo un enemigo mayor con el paso de los años. Para que luego hubiera quien negara el cambio climático.

No busqué a Cristina de inmediato. Al principio me obligué a no hacerlo, aunque mi cuerpo lo pidiera. Pero no tardó en aparecer. La distinguí al fondo, impecable el moño recogido con precisión casi militar, absorta en la lectura de una ficha clínica. Me acerqué como quien se aproxima al mar a primera hora de la mañana: con cautela, expectación y un intento inútil de disimular el temblor que me recorría por dentro con cada paso.

—Buenas noches, compi —la saludé, adoptando esa voz medio juguetona que solía usar cuando no sabía qué hacer con mis emociones.

Cristina alzó la vista. Sus ojos se cruzaron con los míos y permanecieron ahí apenas un segundo más de lo que lo profesional permitía. Luego asintió con un gesto sobrio.

—Hola, Natalia. ¿Qué tal las vacaciones?

Fría. Tan fría como un hielo flotando en un café a medio derretir. Como si dos semanas sin vernos no hubieran bastado para calentar la distancia.

—Intensas —repliqué—. Volver a Portugal me descolocó un poco, la verdad. Ese país tiene algo conmigo.

—Ya lo imagino.

Y nada más. Silencio. Esperaba un “cuéntame” o, al menos, un interés fingido. No llegó. Se giró con naturalidad hacia otra carpeta, dejándome en el pasillo con mi media sonrisa colgando como si fuera parte del uniforme.

—¿Todo bien? —me atreví a preguntar, bajando un poco la voz para no llamar demasiado la atención de los pacientes.

—Todo bien —contestó sin mirarme—. Solo que vamos cortos de personal. Se nota hasta en las gasas, han recortado en las cosas que más hace falta.

No hubo tiempo para más. El caos irrumpió de golpe por la puerta principal: cuatro camillas, una ambulancia adicional en camino, sangre,

gritos, enfermeros corriendo de un lado a otro. La vida real se plantó frente a nosotras como si hubiera estado esperando el momento para saltar a escena.

Nos lanzamos al trabajo sin más palabras. Cristina se calzó los guantes con la rapidez de quien lleva años entrenada para la batalla y comenzó a coordinar al equipo con firmeza. Yo seguí su ritmo sin pensar, como siempre. Así funcionábamos: piezas que encajaban a la perfección aunque nuestras emociones fueran un desastre bajo la superficie.

—¡Con el de la fractura abierta! —me ordenó alzando la voz para imponerse al ruido—. ¡Pide rayos y administra calmantes!

Corrí para atender al paciente, colocando la vía en medio del descontrol. El hombre vomitó cerca de mi zueco, y, contra toda lógica, esbocé una sonrisa leve. También aquello era mi casa, aunque a veces oliera al mismísimo caos.

Cristina apareció junto a mí. Llevaba una mancha de sangre en el cuello, sangre ajena. Me tendió una gasa y, con un gesto breve, limpió una gota que me había quedado en la mejilla. El roce fue mínimo, apenas nada, pero su dedo tocó mi piel y, por dentro, me estremecí como si me hubiera recorrido una descarga.

Horas después, pasada la medianoche, el pasillo respiraba calma. Cristina se dejó caer en una silla de la sala de descanso y se masajeó la nuca con cansancio. Me acerqué y le ofrecí una botella de agua.

—Ha sido una bienvenida a lo grande —comenté con media risa.

—Así es Granada —respondió con ironía—. Dramática hasta en los accidentes.

Sonreímos. Y ahí estaba otra vez, ese instante diminuto, invisible para cualquiera que pasara, pero que a mí me atravesaba por completo. Porque cuando ella me miraba de esa manera, con la media sonrisa cansada y los ojos brillantes de agotamiento, sentía que podría quedarme a vivir eternamente en ese segundo.

—Estás muy callada hoy —me atreví—. ¿Te has enfadado conmigo por algo?

—No —negó con suavidad—. Solo… no encontraba la forma de decirte que te eché de menos sin que sonara extraño.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que sentí un pinchazo en las costillas. Me mordí el labio. Todo en mí quería hacer un chiste,

escabullirme del momento, besarla ahí mismo o salir corriendo. Pero me limité a asentir.

—Yo también.

El silencio volvió a posarse entre nosotras, pero esta vez no resultó distante; se sintió más bien como una pausa llena de posibilidades.

—¿Quieres un café? —preguntó ella, levantándose para encarar la vuelta al trabajo.

—Solo si lo sirves tú.

—Te vas a arrepentir.

—Seguramente, pero o me doy un chute de cafeína o caeré fulminada.

Se rio. Y en ese instante, por primera vez en semanas, tuve la certeza de estar exactamente donde debía. Me encantaba escucharla reír así, cuando nadie la observaba. Porque era en esos segundos cuando dejaba caer la coraza, y me permitía contemplar algo íntimo, una parte de ella que casi nunca enseñaba.

Mientras preparaba el café, me recosté contra la pared de la sala, dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos un instante. Inspiré hondo, como si quisiera guardar aquel aire nocturno en los pulmones para poder recuperarlo más adelante. Y en ese momento lo supe: con el caos, la sangre, el cansancio y las palabras entrecortadas, ese turno, esa sala y, sobre todo, ella, eran el lugar al que siempre querría volver.

2

Cristina

Nunca me habían gustado las vueltas a la rutina. Ni las mías ni las de los demás. Tienen ese efecto incómodo de sacudir lo que una ha conseguido mantener en equilibrio con mucho esfuerzo, de alterar un orden que me costaba horrores seguir al pie de la letra. Siempre he sido de ritmos constantes, sin demasiados sobresaltos ni interrupciones, de lo que ya conozco, lo que controlo y puedo prever. Pero entonces llegó Natalia con su sonrisa iluminada, el pelo un tono más claro que dos semanas antes y ese brillo impertinente en los ojos que parecía burlarse de mi serenidad, y el desastre emocional en el que me transformaba empezaba a palpitar de nuevo, como si no hubiera aprendido nada en absoluto.

Cuando la vi atravesar el pasillo de urgencias, lo primero que pensé fue que debía dejar de mirarla de aquella manera. Como si cada uno de sus pasos fueran capaces de desgarrar la costura de algo que llevaba meses intentando contener. "Contrólate", me ordené. "Respira. No pasa nada. Es tu compañera de trabajo y esto no es Anatomía de Grey". Pero su voz, ese timbre reconocible incluso entre cien conversaciones cruzadas, me alcanzó de lleno, y con ella un aroma indefinible, mezcla de mar, perfume o cualquier cosa que utilizara para desarmarme sin proponérselo. Y en un instante, toda mi compostura se tambaleó.

—Buenas noches, compi —soltó, y con esas tres palabras me obligó a recordarme otra vez que lo nuestro era estrictamente amistad: compartir turnos interminables, algunas confidencias rápidas entre paciente y paciente, unas risas furtivas a deshoras y nada más. Eso era suficiente, debía serlo. Sin embargo, en su ausencia algo había faltado. Me había sorprendido a mí misma echando de menos su presencia caótica, su forma de caminar como si el mundo entero le perteneciera, aunque siempre se dejara olvidadas las pinzas o los bolígrafos, su costumbre de rozarme el brazo sin motivo aparente, como quien confirma que sigo ahí.

Claro que no iba a confesarlo.

La saludé con la distancia medida, con ese tono de voz que reservo para cuando mis emociones amenazan con traicionarme y solo me queda defenderme con silencios. Le pregunté por sus vacaciones. Ella me devolvió una mirada envuelta en una sonrisa que parecía tatuada en su rostro, y respondió algo sobre Portugal. Después cayó el silencio. Yo me giré hacia los informes y decidí refugiarme en lo que mejor sabía hacer: trabajar. Volver a tenerla tan cerca me había pillado muy desprevenida. Y no quería pensar a donde me llevaría eso.

El turno comenzó como acostumbran los martes en Granada: con más urgencias que personal disponible y una lista de espera que parecía una broma cruel del destino. Apenas hubo espacio para respirar, mucho menos para pensar. Y cuando irrumpieron los heridos del accidente múltiple, ni siquiera tuve tiempo de procesar que Natalia volvía a estar a mi lado, recibiendo mis indicaciones sin discutir, desplegando esa eficacia que aparecía siempre justo cuando más la necesitaba. Era como si conociera mi límite, como si supiera que el caos me sobrepasaba más de lo que se veía en mí.

Entre nosotras no hacían falta palabras. Nos entendíamos en los gestos, en la rapidez de una mirada, en el modo en que una continuaba la acción de la otra. Eso no se improvisaba, se había construido poco a poco, mucho antes de que empezara a gustarme cómo se le fruncía el ceño al calcular una dosis o cómo arrugaba la nariz al concentrarse. Pero ahora, cada vez que me rozaba sin querer, tenía que luchar contra el impulso de detener el tiempo un segundo más. Y mi cuerpo se inclinaba hacia ella casi sin que me diera cuenta, como si olvidara que estábamos en medio de urgencias y no en un espacio paralelo donde todo lo demás dejara de importar.

Cuando por fin la sala quedó medio despejada, me dejé caer en la silla de descanso. Natalia se acercó a mí con el pelo pegado a la frente, ojeras marcadas… y aun así, deslumbrante. Me ofreció una botella de agua acompañada de una broma ligera. No pude evitar sonreírle. Intenté mantenerme en mi sitio, pero ella, con solo una mirada, me preguntó si la había echado de menos. Y entonces, ¿qué se suponía que debía hacer yo con el nudo que me apretaba el pecho?

—Solo… no sabía cómo decirte que te eché de menos sin que sonara raro —confesé al fin, como quien lanza una piedra al agua solo para romper la quietud insoportable del silencio.

Y ella, con esa facilidad suya para desarmarme sin recurrir a ningún drama, simplemente asintió y musitó un "yo también". No hizo falta más. Todo quedó dicho sin apenas palabras.

Cuando me levanté para preparar el café, todavía sentía el corazón golpeándome fuerte, como si se hubiera empeñado en recordarme que, por mucho que intentara negarlo, Natalia seguía siendo el epicentro de mi desorden.

****

En la cafetería del hospital, el aire acondicionado era un regalo caído del cielo. Me senté frente a Lucía con una bandeja de comida insípida, sin color ni olor que invitara a probarla. Ella me observó con su sonrisa torcida y con el cuchillo en la mano, como si estuviera a punto de diseccionar mi alma en lugar de un filete reseco.

—Tienes cara de haber visto a un fantasma —me soltó, apuntándome con el tenedor a modo de acusación.

—Más bien a un tsunami. Ha vuelto Natalia.

—¿Y qué? —replicó con absoluta tranquilidad mientras masticaba—. ¿Ya se te ha caído el escudo con el que sueles pasearte por el mundo?

—No empieces, Lucía.

—Aclárame algo: ¿solo ha vuelto o ha regresado y ha conseguido que te pongas a tartamudear como una adolescente?

Dejé caer el tenedor sobre la bandeja y la miré con un cansancio que hablaba por mí.

—No le dije nada, nada de lo que debería. Solo que la había echado de menos.

Lucía arqueó una ceja.

—¿Cristina Romero reconociendo emociones en voz alta? Esto merece un acta notarial, alguien debería grabarlo.

—Lucía, por favor —murmuré otra vez a modo de súplica.

—Vale, vale, me callo. Solo te digo una cosa: desde que entró por esa puerta tienes otra cara. Y no es precisamente de agotamiento.

Lo admití en silencio. Era cierto. A pesar del caos, del sudor que impregnaba los uniformes, de la sangre en las camillas y de la presión constante, había algo reconfortante en verla allí, moverse con determinación

entre monitores y pacientes. Algo que no era rutina, ni trabajo, ni simple compañía. Solo… algo más.

Volvimos al servicio justo cuando trajeron al paciente más teatral de la noche. Un hombre mayor, con la camisa desabrochada, gafas oscuras y un aire de protagonista de telenovela. Se agitaba en la camilla gritando que no podía respirar mientras se abanicaba con una carpeta.

—¡Me estoy muriendo! ¡Llamen a mi notario! —clamaba, casi entre sollozos—. ¡O a mi exmujer! Que vea que tenía razón en todo.

Natalia fue la primera en acercarse con serenidad.

—Don Benito, ¿siente dolor en el pecho?

—¡Me duele hasta el alma! —respondió llevándose una mano al corazón—. Y también el costado, pero eso seguro que es del yoga.

—Vamos a hacerle un electro —le indicó ella con calma—. Pero, créame, si tiene fuerzas para quejarse de esa manera, está bastante vivo.

—¡Qué falta de empatía! ¿Es así como tratan a los mayores en este país? —protestó indignado.

No pude evitar reír. Cuando crucé la mirada con Natalia, ambas estábamos conteniendo a duras penas la carcajada. Ella se tapó la boca con la carpeta y yo fingí revisar el monitor como si mi vida dependiera de ello. Algún día, sin duda, nos echarían por comportarnos así en mitad de urgencias.

—Dios mío… —murmuró ella—. Este hombre va a acabar conmigo.

—A mí me matan otras cosas —le contesté sin pensar demasiado.

Se volvió hacia mí y me sostuvo la mirada unos segundos de más, en silencio, con esa expresión que me desarmaba. Me apresuré a alejarme con una excusa absurda; necesitaba poner un poco de distancia para que mi cara no revelara lo que acababa de dejar escapar sin querer.

La noche continuó entre altibajos: algunas urgencias reales y otras quejas dignas de sainete. Una señora, por ejemplo, llegó asegurando que “le daba calor cada vez que pensaba en su vecino del cuarto”. Natalia se la llevó a triaje muerta de risa, y yo, desde lejos, no pude evitar sonreír.

Pasadas las cuatro de la madrugada, mientras yo repasaba historiales en el ordenador, Natalia apareció y se dejó caer en la silla de al lado. Sacó una chocolatina escondida en su bolsillo como si fuera un tesoro clandestino y empezó a comérsela con la complicidad de quien comparte un delito.

—¿Quieres un trozo? —me ofreció, tendiéndome la mitad envuelta.

—No, gracias. Estoy bien.

Ella ladeó la cabeza con picardía.

—¿Y entonces por qué sonríes como si te la hubieras zampado tú sola?

Levanté la vista. Tenía los labios manchados de chocolate y esa mirada entre burlona y dulce que me hacía perder pie. Y pensé: "Dios, ¿por qué me lo pones tan difícil?".

—Porque me alegra que estés de vuelta —admití, bajando un poco la voz—. Solo tú eres capaz de ponerle humor a una noche como esta.

—Soy granadina, ¿qué esperabas? —replicó con orgullo fingido.

Me sostuvo la mirada un instante más de lo prudente. Esa frase, tan inocente en apariencia, pesaba como una declaración velada.

—Gracias por decírmelo —añadió en un susurro—. Aunque te empeñes en negarlo una y otra vez.

Me levanté antes de que pudiera añadir nada más. No porque no quisiera escucharla, sino porque temía que, si me quedaba un minuto más, se me escapara lo que llevaba semanas evitando reconocer.

Que sí. Que la había echado de menos. Mucho más de lo que me convenía.

3

Natalia

Mi madre llegó al restaurante cinco minutos tarde, como hacía siempre. Lo justo para dejarse esperar y recordarme, sin necesidad de palabras, que las mujeres Requena no se apresuraban por nada que no pudiera catalogarse como una urgencia real. Y, por supuesto, que su hija la aguardase en una mesa no entraba en esa categoría.

—Qué guapa estás, cariño —me dijo en cuanto me vio, con esa sonrisa suya que servía tanto para alabar como para reprocharte algo. Nunca me extrañó que me pillara siempre desprevenida—. Portugal te ha sentado de maravilla.

La abracé con cariño. Con ella siempre me ocurría lo mismo: sentía unas ganas enormes de contarle cosas, pero al mismo tiempo un temor sordo a que empezara a hacerme preguntas que no quería contestar. Por eso mi lengua quedaba a medio camino entre la sinceridad espontánea y una estrategia cuidadosamente calculada.

Nos sentamos en nuestra mesa de siempre, la que estaba junto a la ventana con vistas a la Plaza Bib-Rambla. Afuera, los árboles se mecían apenas con una brisa ligera que no aliviaba en absoluto el calor sofocante. Pedimos lo habitual, sin necesidad de abrir la carta: salmorejo, tortilla de patatas y croquetas de jamón. Porque si algo nos definía a las Requena era la terquedad de nuestras costumbres.

—¿Y qué tal tu primer turno después de las vacaciones? —preguntó tras dar un sorbo al agua con gas, adornada con rodajas de limón que tintineaban contra el cristal.

—Caótico, como siempre —respondí con una sonrisa cansada—. Pero necesitaba volver a pisar el hospital. Estar demasiado tiempo parada me agobia.

—Claro, claro —asintió distraídamente y, como quien lanza un dardo sin mirar el blanco, dejó caer—: ¿Y no conociste a nadie interesante en Portugal?

Ya estábamos ahí.

—Conocí a un gato en una librería. Se subió a mis piernas sin pedirme permiso. Fue el único varón que logró despertarme algo en esas dos semanas.

Mi madre soltó una risa seca, con un deje entre tierno.

—Ay, Natalia, siempre con tus cosas.

—¿Qué he dicho ahora?

—Pues eso, que no hay manera de que me traigas un novio a casa. Ya rondas los treinta y…

—Veintinueve —la corregí con una sonrisa perfectamente fingida.

—Sí, sí, veintinueve. Pero ya no eres una niña, cariño. Y los hombres no caen del cielo.

—Afortunadamente —mascullé mientras pinchaba una croqueta con más fuerza de la necesaria.

Ella me sostuvo la mirada. Yo no aparté la mía. Y por un segundo, me vi tentada de soltar la verdad, aunque fuera a medias. Decirle algo como "no me interesan los hombres, mamá" o "si algún día te llevo a alguien a casa, probablemente tendrá el pelo más largo que yo y será capaz de intubar mejor que cualquiera en su planta". Pero las palabras no salieron de mis labios. Me limité a masticar despacio, con esa dignidad que había heredado de ella, aunque en mi caso solo emergía cuando necesitaba esquivar una conversación incómoda.

—Simplemente no conecto con ellos —logré articular al cabo de un rato—. Nunca me han hecho sentir… bien. Ni cómoda. No sé cómo explicarlo.

—¿Y una chica sí?

La pregunta me sorprendió justo cuando llevaba la copa a los labios. La dejé con cuidado sobre la mesa para no derramar el agua.

—¿Y si así fuera?

—Nada. Te querría igual —contestó sin dramatismo, aunque tampoco con la firmeza que yo hubiera querido escuchar—. Pero sería una pena. Eres tan bonita…

Ahí estaba. La famosa pena disfrazada de aceptación. La idea soterrada de que, para ella, aquello no sería suficiente. Bajé la mirada, porque no tenía ganas de iniciar una discusión. Ella, que siempre se había jactado de ser moderna en teoría, seguía aferrada a la imagen de familia tradicional, a los nietos y a los domingos de misa.

—Soy feliz, mamá —le aclaré con calma—. No hace falta que te preocupes tanto por mí. Hay cosas mucho peores que no tener novio.

—Eso espero —murmuró, removiendo el limón de su vaso con la pajita.

La conversación quedó suspendida ahí, como si el aire pesado de la plaza se hubiera colado entre nosotras y decidido quedarse, llenando el silencio de todo aquello que ninguna de las dos se atrevía a decir.

****

Por la tarde, ya de vuelta en casa, recibí una auténtica avalancha de mensajes en el grupo de WhatsApp de las enfermeras. Lo habían bautizado como *Guardia Criminal*, y el ícono era una foto pixelada de Cristina con cara de asesina en serie. Me reí en voz alta mientras repasaba la conversación:

Tere:

Sigo sin entender cómo sobrevivimos anoche.
Lucía:

Cristina va a empezar a clonar enfermeras competentes. Candidatas, enviad currículum con foto.
Marta:

¿Y ese momentazo Natalia-Cristina en la sala de descanso? ¿Era tensión sexual o estoy viendo demasiadas telenovelas en Netflix?

Contesté con un sticker y el emoji de los ojos en blanco. No iba a darles más leña al fuego. Además, parte de mí se estaba preguntando lo mismo. Si aquel cruce de miradas en la sala, si ese "yo también" susurrado casi como un secreto, no era ya una puerta entreabierta por la que quizás podría pasar para tener algo más. "Ni de coña", me dije.

Julián también me escribió en privado:

Julián:

¿Te dijo que te echó de menos o estabas borracha?
Yo:

Me lo dijo. Pero como quien comenta que llovió ayer.
Julián:

Pues a ver si deja de hablar del clima y se moja. Pero contigo.

No pude evitar reírme sola. Me gustaba cuando Julián pinchaba justo en el sitio adecuado sin hacer daño. Sabía cómo empujarme sin presionarme, y aquella mezcla de ironía y cariño me dio fuerzas para afrontar el resto del día.

El turno siguiente empezó más tranquilo de lo habitual. Demasiado tranquilo. Y yo había aprendido a desconfiar del silencio en urgencias: siempre era el preludio de un terremoto. Mientras organizaba informes y revisaba historiales, Cristina pasó a mi lado sin decir palabra. La noté distinta. No era el uniforme ni su moño perfecto; era la tensión en la mandíbula, la manera de apretar los labios, el modo en que evitaba cruzar su mirada con la mía. Como si algo se hubiera quedado suspendido entre nosotras tras el turno anterior y ahora tratara de recolocar cada pieza en su sitio.

Me acerqué al mostrador donde revisaba unas indicaciones y me apoyé a su lado, lo bastante cerca como para hacerme notar, lo suficiente lejos como para que pudiera fingir indiferencia.

—Hoy estás callada —comenté en tono ligero, sin mirarla directamente.

—Estoy cansada.

—Eso ya me lo dijiste ayer.

—Y sigue siendo verdad. Yo no he tenido vacaciones —replicó con un deje ácido, sin despegar los ojos del papel.

Le sonreí, aunque ella seguía sin girarse. Fingía leer, pero no pasaba ni una sola página.

—¿Te molesta que haya vuelto? —pregunté con una ironía que buscaba camuflar el nervio. Quería que sonara a broma, aunque no estaba segura de que lo fuera.

—Un poco —contestó muy seria. Y entonces, por fin, se volvió hacia mí para añadir—: Porque, en primer lugar, te fuiste.

Su frase me tomó completamente por sorpresa. Sentí cómo se me encogía algo por dentro, aunque intenté mantenerme firme. Con ella, sin embargo, siempre resultaba imposible disimular del todo.

—No sabía que me necesitabas tanto.

—No es eso —murmuró, bajando la vista, como si midiera cada palabra antes de soltarla—. Es que… no me gustó trabajar sin ti. Punto. Y lo dejo ahí.

—¿Y quién estuvo en mi lugar?

—Una suplente. Muy eficiente, de eso no me puedo quejar. Pero también estuvo muda.

—¿Muda?

—No literalmente, claro. Pero no le gustaba compartir nada, no se reía de mis comentarios, y la verdad es que las jornadas se hicieron larguísimas —explicó, y entonces, por fin, levantó la vista y me sostuvo la mirada. Sus ojos, firmes y serenos, me provocaron un torbellino de mariposas en el estómago—. Fue terriblemente aburrido.

Quise contestarle con algo ingenioso, una frase rápida que aligerara el momento. Pero lo único que sentí fue el calor subiéndome a la cara, como si me hubieran dejado expuesta ante todos. Me mordí el labio, me giré y busqué cualquier tarea absurda que me permitiera huir de aquella conversación que ya estaba demasiado cargada de significados.

—Pues lo siento, pero bueno, ya estoy aquí —atiné a decir, y me alejé a toda prisa, abrazando la carpeta contra mi pecho como si pudiera servirme de escudo.

Esa noche, Cristina estuvo más cerca que nunca… sin tocarme. Y yo estuve más lejos de lo que hubiera querido, deseando acercarme. Y comprendí, sin necesidad de más palabras, que por mucho que lo negáramos, había algo más fuerte que hablaba por nosotras: el cuerpo también tenía voz.

4

Cristina

Salimos del hospital arrastrando los pies, como si las suelas de los zuecos se hubieran rendido al mismo tiempo que nosotras. La madrugada nos recibió con ese frescor granadino que, aunque tenue, calaba en los huesos después de tantas horas bajo los focos de urgencias. Natalia caminaba a mi lado, con la coleta medio deshecha y las marcas de la mascarilla aún grabadas en las mejillas. Y, pese al cansancio evidente, conservaba esa forma de estar en el mundo que lograba que todo lo demás —el sudor, la frustración, el agotamiento— se relegara a un segundo plano.

—¿Te apetece caminar un poco? —le pregunté sin pensarlo demasiado—. El Albaicín debe de estar precioso a estas horas. Y, total, no tengo prisa.

Ella me miró con una sonrisa ladeada, esa que siempre anuncia una respuesta afirmativa.

—Venga —aceptó—. Tú invitas al paseo, yo pongo las quejas por el cansancio.

Subimos por la Cuesta de San Gregorio, bajo las farolas tenues que iluminaban fachadas encaladas y balcones con geranios apagados por la oscuridad. El silencio de la ciudad parecía sólido, espeso, como si Granada entera se hubiera rendido al sueño. Solo se escuchaban nuestros pasos acompasados, algún murmullo lejano y las ruedas de una maleta que arrastraba un turista perdido.

Avanzábamos despacio: yo con las manos en los bolsillos, ella con los brazos cruzados, jugueteando con el cordón de la chaqueta fina que llevaba siempre encima. Había en ese silencio una comodidad extraña, pero también un temblor sutil. Como si ambas estuviéramos demasiado atentas a la otra, vigilando los huecos que ninguna palabra podía llenar del todo.

—¿Es habitual que hagas esto después de un turno difícil? Nunca me lo habías contado —dijo Natalia en voz baja, como si temiera romper algo con el sonido.

—No siempre. Solo cuando necesito despejar la cabeza.

—¿Y hoy te hacía falta?

—Sí. Tengo una maraña de pensamientos imposible de desatar.

Ella asintió, sin girarse hacia mí. Continuamos subiendo, con la piedra empedrada resonando bajo nuestros pasos.

—¿Y qué hay en ese nudo? —insistió, con la voz suave, pero lo bastante firme como para dejar claro que no se conformaba con evasivas.

—Cosas que no quiero decir en voz alta —respondí, deteniéndome un instante para observar una reja cubierta de buganvillas—. Digamos que son pensamientos que me confunden demasiado.

Sentí su mirada fija en mi perfil. No dijo nada más, pero su silencio, tan atento, me empujaba a querer confesarlo todo.

Llegamos a un pequeño mirador escondido entre callejuelas. Desde allí, la Alhambra se levantaba iluminada, roja y majestuosa, como un espejismo suspendido sobre la ciudad. Natalia apoyó los codos en el murete y exhaló el aire lentamente, como si soltara el peso de toda la noche.

—No recordaba lo bonita que era esta vista —susurró—. Hace mucho que no salgo a pasear con alguien que no intente besarme al final.

La frase cayó como una gota de agua en aceite hirviendo: lo agitó todo de golpe. Me giré hacia ella y vi cómo sonreía nerviosa, como si ya se arrepintiera a medias de haberlo dicho, tanteando mis límites.

—¿Estás insinuando que yo no quiero besarte? —pregunté. No fue un reto ni una burla. Fue una pregunta sincera, y me sorprendió tanto decirla como escucharme a mí misma.

Ella volvió el rostro hacia mí. Sus ojos brillaban, quizá por el cansancio, quizá por el reflejo de las luces en la noche.

—No lo sé —contestó con honestidad—. A veces creo que sí. Otras, parece que quieres huir lo más lejos posible de mí.

Me pasé una mano por la nuca; el calor subía como una llamarada, y no era precisamente por la temperatura ambiente. "*Joder, esta mujer hace que tiemble a la primera".*

—Es sencillo verlo así —dije al fin.

—Lo sé —asintió—. Pero a veces me haces sentir… como si estuviera haciendo algo mal.

—No es por ti —aclaré enseguida, con más premura de la necesaria —. Es por mí. Soy yo la que no sabe lo que está sintiendo.

Ella se giró de nuevo hacia la Alhambra, como si buscara en el horizonte la calma que yo era incapaz de darle.

—Hace un mes salí con una chica que hablaba sin parar de sí misma —comentó de pronto—. Se pasó toda la noche contándome su vida como si yo fuera su editora. Y cuando, por fin, me hizo una pregunta, fue "¿te ha gustado?". Y no supe qué responderle.

A pesar de todo, solté una risa.

—¿Y qué le dijiste?

—"No lo suficiente como para quedarme esta noche."

—Brutal.

—Sincera —replicó encogiéndose de hombros—. A veces es lo único que funciona, aunque suene cruel.

Me mordí el labio. De golpe me sentí culpable. No por lo que sentía, sino por lo que seguía callando. Porque sabía que no había nada malo en ella, nada que justificara esa sombra de duda. Lo único que estaba mal… era mi miedo. Ese miedo atroz que me atenazaba desde dentro.

—Yo no quiero que te vayas —admití en un susurro—. Solo que no sé cómo hacer esto sin estropear… lo que sea que tenemos.

Me miró entonces, y su expresión fue tan suave que dolía.

—No tienes que hacer nada, Cristina.

El silencio regresó, esta vez con un peso tan hondo que parecía aplastarme el pecho. Bajamos de nuevo hacia el centro sin apenas hablar, cada una sumida en su propio torbellino. Ya en la plaza, la acompañé hasta la boca de su calle.

—Gracias por el paseo —dijo ella.

—Gracias por venir —contesté.

—¿Mañana estás en planta o te toca turno doble?

—Turno doble. Un día perfecto para morir —bromeé, buscando aligerar el aire denso.

Ella sonrió, pero no se acercó, ni intentó abrazarme. Solo levantó la mano en un gesto leve antes de darse la vuelta. La vi alejarse calle abajo, y sentí cómo algo dentro de mí se resquebrajaba con cada paso que se alejaba.

****

Cuando llegué a casa, el silencio era tan denso como las palabras que no había dicho —o las que pronuncié a medias y se quedaron flotando en el aire sin terminar de salir—. Me quité los zapatos con torpeza, dejé la

mochila tirada en el suelo y encendí el portátil sin tener muy claro el motivo. Ni siquiera había pasado un minuto cuando apareció en la pantalla la notificación de videollamada de Sofía.

—¿Hermanita? —preguntó en cuanto se conectó, entornando los ojos al mirarme—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Un turno eterno… y un paseo inesperado por el Albaicín.

—¿Con Natalia?

Asentí sin necesidad de explicaciones. Ella ya conocía demasiado bien el terreno.

—¿Y? —insistió, arqueando una ceja con esa mezcla de curiosidad y malicia que solo las hermanas saben manejar.

—Nada —respondí al fin, dejándome caer en el sofá como si el peso de la jornada se triplicara al recordarlo—. Caminamos, hablamos… Se me escapó una frase demasiado íntima, luego ella dijo algo, y yo… no supe qué hacer.

—¿Te gusta?

—Sofía…

—¿Te gusta? —repitió, implacable.

Suspiré, bajando la mirada.

—Sí.

—¿Y entonces cuál es el problema?

—¿Te acuerdas de Marta? —pregunté, aunque sabía que lo hacía.

—Tu ex. La que aseguraba que Natalia estaba "demasiado presente".

—Exacto. La que no soportaba que mi mejor amiga me hiciera reír más que ella.

Sofía puso los ojos en blanco.

—Marta era celosa hasta de tu gata. No es un parámetro válido, Cris.

—No es solo eso… —murmuré, buscando las palabras exactas—. No sé si lo que siento por Natalia es real o si solo me estoy aferrando a algo que me hace sentir menos sola.

Ella me observó con seriedad, como si quisiera atravesar la pantalla para darme un bofetón cariñoso.

—Cristina, ¿alguna vez te he visto hablar así de alguien?

Negué despacio, consciente de la trampa de su pregunta.

—Entonces deja de buscar excusas para sabotearte a ti misma. Y si piensas lanzarte… hazlo de verdad.

La videollamada terminó poco después, con un silencio que no incomodaba, sino que reconfortaba. Me quedé hundida en el sofá, mirando el techo con el corazón inquieto, preguntándome si aquella noche, mientras paseábamos juntas por el Albaicín, no habíamos empezado algo sin darnos cuenta. Porque lo cierto es que, aunque no nos tocáramos, aunque la despedida hubiera parecido fría, mi cuerpo todavía vibraba con la intensidad de su mirada.

Y eso, por mucho que intentara engañarme, no era solo amistad.

5

Natalia

El café estaba aguado, pero el pan crujía lo bastante como para salvar el desayuno, y eso ya era una victoria. En la pequeña terraza de nuestro piso compartido, con el sol filtrándose entre las macetas rebosantes de albahaca y tomillo que Julián aseguraba regar cada día con mimo —aunque yo dudaba seriamente de ello—, se respiraba una calma casi extraña. O al menos, él parecía estar en paz. Yo, en cambio, fingía que todo iba bien, como si mi última conversación con Cristina hubiera quedado enterrada, cuando en realidad seguía rebotando dentro de mí.

—¿Has dormido algo? —preguntó, concentrado en untar mermelada de higo sobre la tostada con la delicadeza de quien pinta un cuadro. Una obra maestra que devoró en un solo bocado.

—Poco —contesté, removiendo distraída el café—. La guardia fue un desfile de personajes. A veces pienso que, en lugar de urgencias, trabajamos en el set de una telenovela. Uno de ellos se autodiagnosticó porque, según dijo, tenía el "corazón roto por culpa de una enfermera". Y lo peor es que casi me lo creo. Es más, me pareció demasiado real.

—¿Y a ti qué te pasa? —inquirió, mirándome con esa expresión de quien siempre sabe más de lo que aparenta. Dio un par de vueltas con el índice en el aire y se encogió de hombros—. ¿Estás con el síndrome de la negación?

Solté un suspiro.

—Estoy bien.

—"Estoy bien" —repitió, imitando mi tono—. Lo dice la lesbiana enamorada de su mejor amiga mientras se traga las emociones como si fueran una tostada pasada.

—Julián... —advertí.

—Ni lo intentes. —Levantó la mano como si quisiera detener mis excusas—. No me pongas esa cara. Hoy me vas a contar lo que hablaste con ella. Aquí, ahora, con este sol espléndido, con el café más horrible del mundo y con mi infinita paciencia de santo dispuesto a escucharte.

Desvié la mirada hacia la calle. Un gato se deslizaba entre las sombras como si le molestara la luz del día. Por un segundo envidié esa libertad: caminar en silencio, esquiva, sin tener que dar explicaciones a nadie, mucho menos a un mejor amigo que me conocía como si hubiera nacido dentro de mi cabeza.

—Solo estamos… intentando volver a encajar en la rutina —mentí a medias. Recordé sus palabras, "no sé cómo hacer esto sin estropear lo que sea que tenemos", y se me encogió algo por dentro—. Después de mis vacaciones todo se siente raro con Cristina. Es como si bailáramos una danza absurda: una se acerca, la otra se aleja. Y así sin parar.

—¿Y en qué parte de la coreografía estás tú ahora? —preguntó, alzando una ceja con sorna—. Porque está clarísimo que quieres dar un paso hacia delante.

—Estoy en ese punto en el que no sé qué hacer con lo que siento.

—¡Aleluya! —exclamó, levantando los brazos como si hubiera presenciado una revelación divina—. Por fin lo dices en voz alta. Joder, lo que te ha costado, hija mía.

—No he admitido nada.

—Claro que sí, cariño. Has dicho "lo que siento", y eso en mi diccionario aparece justo en la entrada de: "me estoy enamorando de mi mejor amiga, la de la mirada de loba hambrienta".

Me eché a reír, ocultando la cara entre las manos.

—No estoy enamorada.

—Lo estás. Y hasta las trancas —aseguró, categórico—. Te he visto hablar de ella cuando no está, suspirar en los descansos, peinarte antes de los turnos, pintarte los labios con ese color "natural" que solo usas si sabes que la vas a ver. Y no me hagas empezar con las historias nocturnas que me sueltas, porque si me hubieran dado un euro por cada vez que has dicho "Cristina me rozó el brazo y casi me desmayo" —añadió con tonito—, ya tendría para pagar la hipoteca que no tenemos.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunté, frustrada, apoyando con fuerza la taza en la mesa—. ¿Que me le plante en medio del hospital? ¿Que le diga "oye, me gustas" entre un código rojo y la atención a un politrauma? Si ni siquiera ella sabe lo que siente. El otro día me lo dejó clarísimo.

—No quiero eso —negó, dejando la taza a un lado—. Lo único que quiero es que te des la oportunidad de ver cómo fluyen las cosas. Que, si ella te hace bien, no te limites.

Le observé con atención. A veces Julián era una mezcla imposible entre amigo insoportable y oráculo emocional. Me conocía demasiado, desde aquella noche en que me sacó del armario con unas cervezas y un cartel improvisado que decía: "Soy bisexual y me gusta mi vecina". Aquel disparate fue la primera vez que entendí que, me pasara lo que me pasara, él no me dejaría mentirme del todo.

—Es que con ella… con ella todo es distinto —confesé en voz baja—. No sé en qué momento empezó, pero hay instantes con Cristina que me dejan sin aire. Y no es solo por lo que dice, sino por cómo lo dice. Por cómo me mira, por la manera en que me escucha incluso cuando me quedo callada.

Julián sonrió, ladeando la cabeza.

—¿Y fuera del trabajo?

—Peor. O mejor. No lo sé —contesté, llevándome las manos al pelo como si así pudiera ordenar las ideas—. Aquel día en que me desmayé por la ola de calor y me acompañó al médico... se quedó todo el rato a mi lado, sin hacer ruido, leyéndome un libro en voz baja para que no me sintiera sola. Nadie hace eso, Julián. Y en aquel entonces ni siquiera éramos tan cercanas.

—¿Y ahora? —preguntó, ladeando la cabeza con malicia.

—Ahora... —respiré hondo, buscando palabras—. Ahora, si me cae una gota de sangre en la cara, me limpia con una gasa como si me acariciara. Y después se marcha como si nada hubiera sucedido, como si no me hubiera desarmado entera en apenas un segundo.

—Dios, estáis viviendo en un capítulo lésbico interminable, como en esas novelas que enganchan hasta a los más cínicos —exclamó él, teatral, llevándose una mano al pecho—. ¿Qué será lo próximo? ¿Declararos en mitad de un quirófano? ¿Besaros a escondidas en plena UCI?

—Cállate —reí, aunque noté cómo se me aceleraba el pulso solo de imaginarlo—. De pensarlo ya me pongo nerviosa. Es que... Cristina me mira como si pudiera ver más allá de mí, como si descifrara cosas que ni yo misma sé explicar. Y aunque nos hemos insinuado algunas cosas, tampoco quiero estropear lo que tenemos.

—Porque las dos lleváis los mismos miedos —sentenció él, serio de repente.

Asentí despacio. Había dado en el clavo, y no supe qué responder. El silencio se instaló entre nosotros, y desde ese momento dejé de pensar en el

desayuno. Solo tenía en la cabeza a ella.

****

Esa misma tarde, ya en el hospital, la vi llegar desde el otro extremo del pasillo. Llevaba la coleta algo más baja de lo habitual, pero estaba impecable, como siempre. Caminaba con esa seguridad suya que parecía anunciar: "no tengo tiempo para tonterías, pero no me importa que me observes".

Nos saludamos apenas con un gesto de cabeza, demasiado formal para todo lo que estaba ocurriendo entre nosotras. Sin embargo, al cruzarnos después en el vestuario, el ambiente cambió. Ella revisaba la taquilla con meticulosidad mientras yo me cambiaba la camiseta, y el aire se volvió tan espeso que casi se podía cortar con bisturí.

—¿Has dormido algo? —preguntó, sin levantar la vista de la cerradura.

—No mucho. Pero los desayunos con Julián siempre me recargan las pilas.

—¿Ese desayuno en el que sueltas todos tus secretos y él luego los publica en su boletín interno? —ironizó, aún sin mirarme.

—¿Cómo sabes eso? —repliqué, girándome hacia ella.

—Porque te conozco —contestó al fin, clavando los ojos en los míos —. Y porque vienes con esa cara de "he confesado algo importante y ahora quiero esconderme dentro de la taquilla".

Una sonrisa se me escapó, aunque sentí el calor del rubor encenderme las mejillas.

—Tal vez.

—¿Y qué le has confesado? —insistió, sin apartarse ni un centímetro.

Me giré del todo. La tenía tan cerca que podía contarle las pecas, delinear la seriedad de su gesto y perderme en esos ojos que parecían contener más preguntas que respuestas. Había algo en su mirada que no supe descifrar: ¿deseo?, ¿miedo?, ¿ambas cosas a la vez?

—Que últimamente me cuesta demasiado fingir que no me pasa nada contigo —confesé, con la voz más baja de lo que pretendía.

El silencio que siguió fue absoluto. Ni siquiera se escuchaba el eco lejano de los pasos en el pasillo. Cristina no se movió, tampoco habló, solo

me sostuvo la mirada con una intensidad que me dejó clavada en el suelo. Luego, sin pronunciar palabra, cerró la taquilla con un golpe seco y salió del vestuario con paso firme.

Me quedé ahí, paralizada, con el corazón desbocado y las manos temblando como si acabara de saltar al vacío. Y en ese instante, con la certeza latiéndome fuerte en las costillas, supe que Julián tenía razón: estaba enamorada de ella.

Y si no hacía algo pronto, corría el riesgo de perderla... sin haberla tenido nunca de verdad.

6

Cristina

El problema de las guardias en las que vamos a tope no es únicamente el cansancio físico. Lo verdaderamente agotador es ese instante preciso en el que tu cuerpo sigue actuando por pura inercia, mientras tu mente comienza a rebosar lentamente por dentro. Como un recipiente al que se le añade agua sin descanso aun cuando ya está derramándose, y así, inevitablemente, me encontraba yo aquella noche: rota por fuera, ardiendo por dentro.

Eran casi las diez cuando el teléfono interno sonó con ese timbre particular que siempre conseguía erizarme la nuca. Un accidente múltiple. Otra noche sin tregua, otro escenario en el que todo el hospital parecía girar alrededor de unas urgencias que había que salvar a toda costa.

—Tú vienes conmigo —le ordené a Natalia nada más escuchar la expresión "colisión frontal". Ella asintió sin poner objeciones; ya no hacía falta que se lo explicara. Poseía la capacidad de leerme con una rapidez que a veces me estremecía.

Los pacientes llegaron en cadena, uno tras otro. Camillas, sangre, alaridos… El dolor se materializaba como una presencia tangible que impregnaba la sala. Cada caso exigía una respuesta inmediata, decisiones imposibles de aplazar, una adrenalina que no se podía permitir menguar, porque había que actuar sin titubeos y con mayor rapidez de la que a veces podíamos dar. El derrumbe, si quedaba espacio para ello, siempre vendría después.

Natalia y yo trabajamos como de costumbre: coordinadas, veloces, sin malgastar un solo segundo en palabras prescindibles. Ella se movía en medio del caos con la serenidad de quién hubiera nacido para este oficio, como si ninguna presión pudiera doblegarla. Y, sin embargo, yo sí era capaz de detectar el temblor que a veces recorría sus manos, el gesto de apretar los labios cuando la concentración la dominaba por completo o esa respiración contenida justo antes de entrar en un box con un herido crítico. Cada uno de esos detalles, esa intimidad no buscada que había terminado ganándome, era lo que me partía en silencio.

En una de las camillas traían a un adolescente. No alcanzaba los dieciocho, quizá diecisiete, y estaba inconsciente. Le faltaba media ceja, tenía la frente cubierta de sangre reseca y mostraba una expresión que me recordó a mi sobrino cuando duerme con la boca abierta. Natalia se inclinó para ajustarle la mascarilla de oxígeno y, en ese movimiento, su brazo rozó el mío. Apenas un roce, un segundo fugaz, pero me atravesó con la fuerza de algo que llevaba años esperando sin confesarlo.

—Cristina, necesito el equipo de sutura en el box tres —me reclamó con firmeza.

Asentí y salí casi corriendo. Atravesé el pasillo con una agilidad que no se correspondía con el peso de mi cuerpo agotado. Algo en mi interior ardía, y no eran únicamente los nervios del turno: era esa sensación tan conocida de estar perdiendo el control. Una vez más. Otra vez por ella.

Y, maldita sea, no podía permitírmelo.

Por eso, cuando la tensión descendió y los pacientes estabilizados fueron derivados a observación o enviados a planta, me desplomé en una de las sillas del fondo de la sala de descanso. Me arranqué los guantes con torpeza, me froté los ojos y noté el sudor pegado a la nuca. Natalia entró detrás de mí, se dejó caer en la butaca contigua y estiró las piernas como si pensara dormirse allí mismo.

—¿Has podido comer algo? —le pregunté, quizá más por llenar el silencio que por verdadera preocupación.

—Una barrita energética, asquerosa, por cierto. Pero al menos ha evitado que me desmayara —contestó, esbozando una sonrisa fatigada.

La observé de reojo. Tenía la piel todavía marcada por la mascarilla, las muñecas manchadas de betadine, y aun así seguía pareciéndome lo más bello que había visto en días. Maldije en voz baja para mis adentros.

—Lo has hecho muy bien hoy —le reconocí, dejando que una leve sonrisa asomara a mis labios.

—Tú también. Aunque estuviste a punto de matar a Marta cuando te pidió la vía para el de la pierna rota.

—Es que estaba en su propio mundo. No se enteraba de nada.

—¿Y tú sí?

Giré hacia ella. Su pregunta sonaba inocente, o al menos así quiso parecer. Pero había en su tono algo distinto, una intención oculta que me dejó sin respuesta. Me mordí la lengua. No podía decir lo que me quemaba

dentro, no allí, no entre una nevera desvencijada y una máquina de café que soltaba más humo que líquido.

En ese momento apareció Lucía, con el pelo despeinado y la mirada perdida en una mezcla de agotamiento y rendición absoluta.

—Voy a la máquina. Si no regreso en diez minutos, que alguien venga a rescatarme.

Se marchó sin esperar réplica. Natalia soltó una risa contenida; yo la imité, y ese gesto tan sencillo, tan cotidiano, me dolió en el pecho muchísimo. Porque, pese al cansancio, la tensión y todo lo que nunca nos decíamos, seguíamos riendo juntas. Como si nada.

****

Una hora después, cuando ya había entregado los informes y el turno se consideraba oficialmente terminado, decidí salir al patio trasero a encenderme un cigarro. No era fumadora ocasional, nunca lo había sido de verdad, pero guardaba una cajetilla escondida para esas noches en las que me resultaba imprescindible tener algo entre los dedos, un gesto mecánico que me diera la sensación de estar controlando al menos una mínima parte de mi mundo, mientras en realidad solo pensaba. Era una especie de ritual secreto, una excusa para recordarme que, aunque dedicara todas mis horas a cuidar de los demás, todavía no había aprendido cómo cuidarme a mí misma.

Lucía apareció unos minutos más tarde. Se envolvía en su chaqueta azul, como si quisiera esconderse dentro de ella, y sus ojeras parecían arrastrarse hasta el cuello. Se plantó a mi lado, observándome con esa mezcla de ironía y cansancio que tanto la caracterizaba.

—¿Otra vez fingiendo que fumas? —me preguntó con un tono burlón.

—Ya sabes que me relaja —repliqué, dejando que mi voz sonara más grave de lo habitual. Odiaba que me lo planteara así, como si no tuviera derecho ni siquiera a mi pequeña mentira.

—¿Y esa necesidad repentina de relajarte tiene que ver con tus ganas de acostarte con Natalia? —soltó sin rodeos.

El cigarro casi se me resbaló de entre los dedos.

—¿Ella te lo ha dicho? —alcancé a murmurar, incrédula.

—No hace falta que lo diga —aseguró, sonriendo con picardía—. Sois como un libro abierto: párrafos subrayados, anotaciones en los márgenes y post-its fluorescentes pegados por todas partes.

Una risa inesperada me escapó de la garganta, aunque me dolió en el pecho.

—Es mi amiga, Lucía —protesté, intentando sonar convincente incluso para mí misma.

—Sí, lo es. Pero si no lo fuera… —dejó la frase en el aire, afilada como una cuchilla.

Me quedé callada. Ella lo sabía.

Lucía se apoyó contra la pared, ladeó la cabeza y me sostuvo la mirada con paciencia.

—Dilo. Solo dilo una vez.

Me llevé el cigarro a los labios, más por necesidad de ocupar las manos que por verdadero deseo de fumar.

—Si Natalia no fuera mi amiga… —empecé, bajando la voz hasta casi un susurro— ya me habría lanzado. Y no ayer ni hace un mes. Hace mucho tiempo.

Lucía no añadió nada; ni falta que hacía. Sus ojos me decían que no necesitaba más pruebas.

—Pero precisamente eso es lo que me detiene —continué, apretando los dientes—. No quiero perderla, no quiero estropear lo único bueno que me queda en medio de toda esta locura.

Ella arqueó una ceja, pragmática como siempre.

—Entonces, si vas a estropearlo, hazlo con calma. Tantea el terreno. Pero hazlo sabiendo que no puedes pasarte la vida entera bailando en la orilla. O te lanzas, o decides quedarte fuera.

Lancé la colilla al suelo con un gesto brusco y la aplasté con rabia bajo la suela, como si al hacerlo pudiera sofocar también todo lo que me ahogaba.

—Sabes que eso me da un miedo atroz —confesé al fin, bajando la cabeza.

—Y tienes derecho a tenerlo —replicó con un tono sorprendentemente sereno—. Pero también tienes la obligación de mirar más allá y no quedarte atrapada en el miedo. Siempre hay otras opciones.

Se marchó sin darme tiempo a responder. Me quedé allí, sola, en medio de aquel patio impregnado de humo, palabras cortadas y

sentimientos contenidos. Porque sí, opciones tenía. Lo sabía. Pero también tenía a Natalia. Y lo peor era que no encontraba la manera de elegir sin sentir que, hiciera lo que hiciera, inevitablemente acabaría perdiendo.

7

Natalia

Llegué del turno con la sensación de tener los párpados tan pesados que apenas podía abrir los ojos. Cada músculo de mi cuerpo protestaba sin clemencia, recordándome que había sobrepasado mis límites. Me dolían zonas que ni siquiera sabía que podían doler: el hueco entre los dedos, la espalda justo detrás de los omóplatos, el cuello castigado por haber dormido apenas cinco minutos en una silla de descanso que se asemejaba más a un instrumento de tortura medieval que a un lugar de reposo. Y, aun así, cuando empujé la puerta del piso y me encontré con los globos a medio inflar, las serpentinas colgando torcidas y el olor tentador de unas patatas recién fritas, no pude evitar sonreír.

Julián estaba en su estado natural, ese en el que parecía moverse como pez en el agua: copa en mano, camisa estampada de flamencos desabrochada hasta el pecho y una lista de Spotify que enlazaba a Rosalía con Queen sin el menor pudor ni sentido de la coherencia.

—¡La estrella del turno! —exclamó al verme cruzar la puerta, con un entusiasmo desbordante—. Ven aquí, criatura explotada del sistema sanitario, que voy a quitarte un poco de ese peso de encima.

Me abrazó con la efusividad que solo puede permitirse quien no ha trabajado dieciséis horas seguidas. Su cuello olía a colonia mezclada con vino tinto. Y, a su manera, también olía a casa. Porque la verdad era que tenerlo conmigo era más que un alivio: era un regalo.

—Tienes exactamente veinte minutos para cambiarte, maquillarte y fingir que estás viva. Cristina llega en media hora.

Me detuve de golpe. Mi cuerpo lanzó una protesta silenciosa, aunque fue mi corazón el que respondió con un gesto distinto: un salto inesperado, un movimiento interno, como si alguien hubiera pulsado una tecla desafinada en el piano que llevaba escondido en el estómago.

—¿La has invitado? —pregunté, tratando de sonar indiferente.

—¿Y cómo no iba a hacerlo? Es mi enfermera favorita después de ti. Además, la dinámica sexual no resuelta entre vosotras… será el alma de

cualquier fiesta —sentenció con descaro.

Le lancé un cojín a la cabeza. Era en esos momentos cuando más lo odiaba, aunque en el fondo supiera que tenía razón.

—Eres un desgraciado —gruñí.

Y, sin embargo, veintitrés minutos más tarde, allí estaba yo en el baño, pintándome los labios con ese rojo "casual" que solo utilizo cuando quiero fingir que no me interesa que me miren, aunque lo único que quiero en realidad es que ella me mire. Me puse una camiseta corta y una falda que sabía que me favorecía lo suficiente, sin resultar excesiva. El espejo me devolvió una imagen cansada, sí, pero sorprendentemente bonita. Y, con Cristina de camino, eso era más que suficiente.

La fiesta fue tomando forma a medida que la noche descendía sobre Granada. La casa se llenó de amigos del hospital, algunos compañeros de Julián de la farmacia, vecinos curiosos que entraron por las croquetas y se quedaron por la música. Había risas, humo de incienso mezclado con el de los cigarros, luces cálidas y un murmullo constante, como si todos esperásemos secretamente que algo inesperado ocurriera.

Cristina llegó con puntualidad quirúrgica, como solía hacer. Traía el pelo suelto, algo que rara vez veía fuera del hospital, y aquel detalle fue suficiente para que perdiera el hilo de una conversación que ya ni recuerdo. Vestía una blusa negra y unos vaqueros ajustados que dibujaban sus piernas con una perfección que me obligó a tragar saliva más de una vez. Cuando nuestras miradas se encontraron, el ambiente cambió. Nadie más lo notó, pero yo lo sentí. Y estoy convencida de que ella también.

—Feliz cumpleaños, Julián —dijo, abrazándolo con esa sonrisa que no siempre regalaba, pero que cuando aparecía era capaz de detenerte el corazón. Después, me miró de reojo, como si me preguntara en silencio si estaba bien verla allí.

—Estás muy guapa —le dije, acercándome con dos copas de vino en la mano.

—Tú también —respondió, rozando mis dedos al tomar la suya.

Y así empezó todo. Otra vez. Como casi siempre.

La música subía de volumen, y el vino corría sin descanso en las copas. El calor del piso se volvía húmedo y denso. Nos movíamos entre la gente como dos satélites que giraban atraídos por una fuerza inevitable. Compartimos canciones, bailamos sin rozarnos del todo, nos reímos de chistes que solo nosotras entendíamos. En uno de esos bailes, Cristina

apoyó su frente en la mía apenas un instante, fingiendo agotamiento. Ese mínimo contacto fue suficiente para que mi piel ardiera como si alguien hubiera encendido una chispa en la base de mi cuello.

—Estoy sudando como si hubiera corrido una maratón —susurró, apartándose con una media sonrisa.

—Será por bailar… o por el vino. O quizá por otra cosa.

No sé por qué lo dije. O sí. Porque lo deseaba. Porque el alcohol me daba una valentía fugaz que más tarde se transformaría en cobardía. Porque su cercanía era una trampa deliciosa en la que entraba sin luchar.

Ella no respondió, pero su mirada cambió. Ya no era solo deseo. Había dudas, temores… o tal vez las dos cosas mezcladas. Aun así, no se apartó.

—¿Jugamos al "Yo nunca"? —gritó Julián desde el sofá—. ¡Vamos, gente! ¡Es mi cumpleaños y me lo merezco!

Nos arrastraron a formar un círculo. Éramos diez, cada uno con su copa, sus secretos y sus propios límites. El juego empezó de forma inocente y, como siempre, terminó subiendo de tono.

—Yo nunca he besado a alguien de mi mismo sexo —declaró Marta, una compañera de planta, mientras giraba su copa con una sonrisa curiosa.

Cristina y yo bebimos a la vez.

No hubo bromas ni risas forzadas, solo el sonido suave del vino golpeando el cristal y la electricidad que se encendió en el cruce de nuestras miradas. Fue un gesto mínimo, pero lo sentí como si alguien hubiera iluminado un foco directamente sobre nosotras.

—Vaya… —murmuró Julián con una sonrisa cargada de malicia—. Interesante coincidencia.

Cristina guardó silencio, limitándose a observarme. Yo respiré hondo y decidí hablar primero.

—Mi primer beso con una mujer fue en la universidad —confesé, notando un calor extraño en el pecho—. Era una chica de otra facultad, segura de sí misma, de esas personas que saben lo que quieren y van a por ello sin pedir permiso. Me besó en una fiesta, sin previo aviso, y me descubrí deseando que no se detuviera. Supongo que así entendí lo que me pasaba.

Mi voz no titubeó, pero mi interior sí temblaba. Cristina dio un sorbo a su copa sin apartar los ojos de mí.

—En mi caso fue en Cádiz —dijo, tras un silencio breve—. Una residente mayor. Guapa, brillante, con esa manera de hablar que te hacía

sentir única. Me besó en la playa. Yo llevaba días esperándolo. Pero tenía novia. Así que lo guardé como un secreto. Uno bonito, eso sí.

Durante unos segundos, nadie más intervino. El juego continuó, pero ya daba igual.

Nuestras miradas permanecían unidas por un hilo invisible. Había una conversación que se desarrollaba sin palabras, sostenida únicamente por la intensidad de lo que compartíamos en silencio. Y lo supe. Lo sentí en cada parte de mí. Si conseguíamos quedarnos solas, algo iba a suceder.

****

No sé cómo acabamos en el balcón. Y a solas. Tal vez fue una conspiración del universo o de Julián. Sí, estoy segura. Tal vez solo fue una casualidad bien orquestada, pero aquí estábamos, mientras la calle permanecía vacía. Desde allí se veían las luces lejanas de la Alhambra, casi como una postal.

—¿Estás bien? —me preguntó Cristina, apoyada en la barandilla, con los brazos cruzados.

—Sí. Solo... no sé. Hay algo en esta noche que me pone nerviosa.

—¿Yo?

—Tú. Y todo lo demás.

Se giró hacia mí. El vino la había relajado y su mirada ya no era para nada evasiva. Más bien profunda.

—Yo también estoy nerviosa —comentó muy cerca de mí.

Nos quedamos así. En silencio. Con el cuerpo muy cerca de la otra mientras el aire se volvía denso entre las dos. La distancia tan pequeña que mis labios podían sentir su respiración.

—Cristina...

—Natalia...

Dijimos a la vez.

Y entonces, pasó. Su mano acarició mi mejilla y mis dedos se cerraron sobre su camisa, atrayéndola hacía mí. Estábamos a medio suspiro del beso. A punto de cruzar esa línea que tanto habíamos dibujado y borrado un millón de veces.

—¡Chicas! ¡La tarta ya está! —gritó alguien desde adentro.

La sorpresa nos sacudió. Cristina se apartó de golpe y yo hice lo mismo. Me sentí como si me hubieran pillado robando.

—Vamos —dijo ella, sin apenas mirarme.

Y volvimos al salón. Entre risas, velas y aplausos. Pero dentro de mí, sabía que habíamos dejado algo a medias, que en algún momento nos pasaría factura. Y que esa próxima vez, no se quedaría en un casi.

8

Cristina

Me desperté tarde, con la boca seca, la cabeza retumbando como un bombo y el cuerpo todavía vibrando con la tensión de algo que había quedado inconcluso. No tenía resaca en el sentido literal —apenas había bebido—, pero sí arrastraba esa especie de resaca emocional que dejan las noches demasiado cargadas de silencios incómodos, de emociones contenidas y de palabras que se quedan suspendidas en el aire, revoloteando alrededor de la cama como moscas molestas que uno no consigue espantar.

Me incorporé despacio, sin la menor intención de hacer nada mínimamente útil. En la cocina, el sol entraba sin piedad por la ventana, y hasta la cafetera parecía quejarse, bufando como si también estuviera harta de mi rutina. Coloqué la taza sobre la encimera y me quedé absorta, mirando cómo el vapor se elevaba en pequeñas volutas. Y allí, inevitablemente, regresó la escena del balcón: Natalia, con su boca tan próxima a la mía que juraría haber sentido el roce de su aliento sobre mi labio superior; su mano temblorosa, suspendida en el aire, como si estuviera a punto de sujetarme y salvarme de caer en el vacío. Aquella distancia mínima que nadie osó romper. Nadie… salvo el mundo.

No entendía por qué no había sido capaz de ignorar todo lo demás y lanzarme. Aunque, siendo honesta, sí lo sabía demasiado bien.

Lucía me escribió cerca del mediodía:

> ¿Te has despertado ya? ¿Sigues viva? ¿Piensas dignarte a contarme qué coño pasó con Natalia anoche o voy directa a interrogar a Julián?

Me reí con una mueca torcida y le respondí:

> **Yo:**
>
> Sigo viva. Café en mano. Ven cuando quieras.

Veinte minutos después apareció en mi casa, cargada con unas tostadas de aguacate y dos cafés que, desde luego, no eran de mi cocina, pero sabían infinitamente mejor.

—Lo vi todo —soltó nada más quitarse la chaqueta, sin saludo previo —. Vuestra tensión era tan evidente que, aunque la música estuviera sonando a tope, se podía escuchar el latido de vuestros corazones.

—Buenos días para ti también —refunfuñé, arrebatándole uno de los cafés.

Se dejó caer en la silla frente a mí y me observó entornando los ojos, con ese gesto inquisitivo que me incomodaba tanto.

—Cristina, ¿qué demonios estás haciendo?

—¿A qué te refieres? —pregunté, fingiendo inocencia.

—Pues a que estás enamorada de tu mejor amiga y prefieres dejarlo todo flotando en un limbo antes que moverte un solo paso.

—No estoy enamorada.

—Claro… y yo soy monja —replicó con sorna.

Solté un suspiro. Lucía nunca se conformaba con la superficie de las cosas; siempre se empeñaba en escarbar. Y a veces la odiaba por eso, por no permitirme esconderme en mis propias excusas.

—Fue un momento… intenso —admití al fin—. Íbamos a besarnos, lo sé. Pero justo entró la tarta. Y… no sé. Me bloqueé. Salí huyendo.

—¿Y por qué?

Me encogí de hombros, incómoda.

—Porque sé que esto no está bien. Estamos juntas en el trabajo todo el día, compartimos demasiado, y en estas situaciones las cosas no suelen acabar bien. Prefiero conservar su amistad antes que arriesgarme a perderlo todo.

Me sentía como una adolescente atrapada en un dilema que ya debería haber superado hacía años.

Lucía me sostuvo la mirada durante unos segundos, dejando que el silencio pesara sobre mí como una losa. Después, con una calma que me desarmó, pronunció despacio:

—¿Y si lo único que estás esperando es que sea ella quien haga algo, para así confirmar que no estás equivocada?

Su frase me atravesó como un chorro de agua helada. Porque era verdad. Me sentía tan vulnerable, tan torpe en lo emocional con Natalia, que había delegado en ella toda la responsabilidad, como si hubiera decidido —sin decidirlo en realidad— que debía ser ella quien cruzara el límite primero, quien me demostrara lo que yo no me atrevía a decir. Yo, mientras tanto, me refugiaba en una pasividad cobarde, disfrazada de prudencia.

—Tal vez… —murmuré—. Tal vez estoy esperando que ella me salve de tener que elegir. O, mejor dicho, de cagarla.

Lucía se inclinó hacia mí, con esa expresión suya que anticipaba un consejo imposible de esquivar.

—Entonces creo que ya sabes lo que toca. ¿Nunca te han dicho que las mejores relaciones son precisamente las que tienes con tu mejor amigo?

Asentí, pero por dentro ardía. Sentía una rabia punzante, no contra ella, sino contra mí misma. Contra lo que me negaba a pronunciar en voz alta.

—Necesito aire —dije al cabo de un rato—. Poner distancia, tomarme unos días para despejar la cabeza.

—¿Y dónde piensas ir?

—A la costa. Un fin de semana. Silencio, mar, y ningún turno acechándome.

—¿Y sola?

No contesté. La pregunta quedó suspendida en el aire, cargada de todas las posibilidades que ni siquiera yo me atrevía a nombrar.

****

Esa tarde, mientras preparaba un café —otro más—, mi hermana Sofía me hizo una videollamada. Apareció en la pantalla con su hija colgada del cuello y el pelo mojado. Siempre estaba a punto de hacer tres cosas a la vez, y aun así lograba sonreír como si nada fuera urgente.

—¿Tienes planes para este finde? —preguntó, mientras se secaba el cuello con una toalla—. Las niñas preguntaron por ti. Y mamá también. Pensé que podrías venir.

—Pues me has leído la mente, porque pensaba ir a la costa. Pero aún no tengo nada reservado.

—Pues vente a Almuñécar. Tienes casa, comida, playa… y niños gritones. El paquete completo —bromeó.

Dudé un segundo. La idea del mar me seguía llamando. Pero también me llamaba la voz de Sofía, su manera de saber cuándo necesitaba refugio sin tener que pedirlo.

—¿Y si llevo a alguien?

Sofía sonrió.

—¿Ese “alguien” es Natalia?

Me eché a reír.

—No es lo que crees.

—No, claro. Tú nunca me dices lo que es. Pero puedo leer entre líneas, Cris. Y no voy a hacer preguntas. Si viene, bienvenida será. Ya sabes que en esta casa nadie juzga.

—Gracias.

—Y no seas tonta —añadió, antes de cortar—. Si sientes algo por ella, no lo escondas. Más Tú deberías saber mejor que nadie que la vida te puede cambiar en un segundo.

Me quedé con la taza en las manos, mirando a través del vapor. Tal vez, al final, no se trataba solo de lo que no pasó aquella noche en el balcón. Sino de las cosas increíbles que podían pasar.

9

Natalia

Desde el coche, Almuñécar se desplegaba ante mis ojos como una postal veraniega de esas que guardas para siempre en un cajón de recuerdos. Las casas encaladas brillaban bajo un sol implacable que no perdonaba ni siquiera a la sombra, y el aire tenía una mezcla inconfundible de sal, jazmín y brasas a punto de encenderse, un olor digno de las tardes largas en familia. Sofía salió a recibirnos con un delantal aún puesto y una sonrisa abierta, esa sonrisa cálida y envolvente que solo tienen las hermanas mayores cuando te hacen sentir que siempre eres bienvenida, como si fuera la anfitriona perfecta en su propio reino.

—¡Mi hermana y la mejor compañera de turno! ¡Qué guapas estáis! —exclamó al abrazarnos con una efusividad como si hubieran pasado años desde la última vez.

Y en parte era así. En mi caso, apenas había coincidido con ella unas tres o cuatro veces, pese a que era la mejor amiga de Cristina. La vida en el hospital nos robaba demasiados momentos personales y dejaba siempre cuentas pendientes.

Intenté parecer natural, aunque todo en mí era una maraña de nervios, tensión y expectación por lo que pudiera suceder durante esos días. Me incomodaba no saber qué le habría contado a su hermana acerca de lo nuestro, si es que podía llamarse "nuestro" a algo. Tal vez lo hubiera definido como "algo más", ese algo que aún no tenía nombre pero que se respiraba con más fuerza en los silencios que en cualquier palabra.

La casa era amplia, blanca, impregnada de luz, con rincones llenos de fotografías familiares y un olor fresco a albahaca que parecía flotar en cada estancia. Sofía nos dejó una habitación pequeña con dos camas individuales separadas por una mesilla de noche. Al verlas, nuestras miradas se cruzaron un instante, cargadas de tensión, y los nervios volvieron a apretarme el pecho. Me limité a dejar la mochila sobre una de ellas, fingiendo indiferencia ante el hecho de compartir espacio con Cristina. Mentía, claro. Aquello podía ser mortal.

El día se nos fue entre la cocina y la terraza, con cervezas frías y una barbacoa improvisada. Los niños correteaban descalzos por el patio mientras Sofía se movía con la seguridad de quien gobierna su casa con eficacia, y Cristina parecía encajar en cada rincón como si realmente le perteneciera. La vi ayudar a preparar la carne con su madre, cortar tomates con precisión quirúrgica y reírse con complicidad de algo que su sobrino le susurró al oído. Tenía otra cara fuera del hospital, menos rígida, más cercana, más… humana. Y esa versión me gustaba. Me gustaba casi todo en ella, pero a la vez era consciente de que resultaba peligrosísimo.

En algunos momentos nuestros cuerpos se rozaban sin querer. Un brazo contra el otro en la cocina, un empujón suave de cadera para dejarme espacio, los dedos acercándose demasiado al pasar un plato. Cada mínimo contacto era una chispa recorriéndome la piel. Yo reía, fingía que no me afectaba, pero por dentro era otra historia. Como si mi cuerpo supiera mucho más que yo misma.

Por la noche, tras la cena, nos acostamos sin hablar demasiado. Cristina se desnudó con la naturalidad de quien no espera ser observada, aunque yo no pude apartar la vista. Vi cómo se quitaba la camiseta, cómo recogía su pelo con un gesto sencillo, cómo se metía en la cama de un salto sin estar afectada en absoluto, pero con esa manera suya que tenía de llenar el espacio sin proponérselo. Ese algo que conseguía encender todas mis alarmas.

Apagué la luz intentando dormir. No lo conseguí. Cerré los ojos y el sueño vino como un golpe, y en él estaba Cristina, pero no en su cama, sino en la mía, con su cuerpo pegado al mío, su mano en mi espalda, su boca buscándome despacio, húmeda, con una seguridad que me sobrecogía. Me desperté de golpe, con el corazón acelerado y la garganta seca. Las sábanas estaban enredadas entre mis piernas, la habitación permanecía en penumbra, y ella no estaba conmigo.

Me levanté sin pensarlo. El pasillo estaba envuelto en un silencio denso, roto apenas por los crujidos viejos de la madera y el zumbido apagado del ventilador en la cocina. La encontré en el salón, sentada en el sofá con una manta sobre las piernas y una taza entre las manos. Levantó la vista al oírme entrar, como si me hubiera estado esperando.

—No podías dormir —afirmó, más que preguntar.

—He soñado contigo —respondí sin rodeos. No tenía sentido mentir.

Cristina bajó la mirada y sonrió apenas, como si aquello no la sorprendiera en absoluto.

—¿Y en el sueño…?

—Nos acostábamos.

El silencio se espesó. Ella dejó la taza sobre la mesa con una lentitud calculada, como si temiera romper algo más que la porcelana.

—¿Y quieres que pase de verdad? —preguntó, con un tono grave y sereno que me atravesó.

—Sí —admití—. Pero no sé si podríamos con todo lo que eso arrastraría.

Porque, aunque lo deseaba con todo mi ser, también reconocía una verdad que había visto en sus ojos: el miedo a lo que vendría después.

Cristina se movió un poco en el sofá y me hizo un hueco. Me senté a su lado, tan cerca que nuestras rodillas se rozaron.

—Yo tampoco sé si puedo —confesó—. Pero no quiero seguir fingiendo que no ocurre nada.

—Ni yo.

Me miró, y en su expresión no había juego ni ligereza. Solo deseo contenido y una ternura feroz.

—Podríamos intentarlo —sugirió—. A nuestra manera. Sin ponernos ninguna etiqueta. Sin exigencias. A ver qué pasa.

—¿Como amigas con derecho a… todo?

—Con derecho a lo que nos dé la gana —replicó con una seguridad que nunca le había visto. Luego se inclinó hacia mí, rozó su nariz con la mía y me besó, provocando que el corazón se me disparara—. Y sin tener que dar explicaciones a nadie.

Quise decir muchas cosas: que no sabía si aquello me bastaba, que temía convertirme en su experimento, que me asustaba que termináramos destrozándonos más de lo que ya estábamos. Pero no pronuncié nada, porque también la quería cerca.

Y eso es justo lo que hice. Apoyé mi frente en su hombro y ella no se apartó.

—¿Y si esto nos hiere? —pregunté, con voz apagada.

—Entonces lo hablaremos —susurró—. Y ya está. Por ahora… creo que las dos lo estábamos esperando.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, pesadas y dulces a la vez. Me separé apenas lo justo para mirarla. Estábamos peligrosamente cerca, y

la luz tenue del salón cubría nuestros rostros a medias, como si la propia noche contuviera la respiración.

La busqué con la mirada. Esta vez no hubo excusas. Cristina se inclinó hacia mí despacio, como si me diera la oportunidad de retroceder, pero yo no quería ir a ningún otro lugar. No quería escapar de aquel círculo. Me bastaba con que su boca siguiera acercándose.

Nuestros labios se rozaron primero, un contacto suave, y después nuestras bocas se reconocieron con un beso profundo, húmedo, inevitable. No fue torpe ni precipitado. Fue lento, como si ambas supiéramos que no había retorno posible.

Sentí su mano en mi cintura, deslizándose con cautela, mientras yo enredaba la mía en su nuca. Su piel ardía bajo mis dedos, como si toda su contención se deshiciera en ese instante. Nos besamos con la intensidad de quien lleva demasiado tiempo esperando, como si todo lo no dicho encontrara ahora su salida entre nuestros labios. Y cuando al fin nos separamos apenas un respiro, su frente descansó sobre la mía, con los ojos aún cerrados.

—Esto no ha sido un error, ¿verdad? —murmuré.

—No —susurró—. Era lo que queríamos.

Y en ese momento supe que ya no quería volver atrás.

10

Cristina

La fatiga se había colado por cada rincón de mi cuerpo sin dejar resquicio, una fatiga tan densa que ni la ducha más fría ni el café más cargado de la máquina podían borrar. Ese turno tenía algo distinto, como si el aire mismo se espesara a cada paso que daba por los pasillos. El hospital volvía a estar saturado, otra vez. Pacientes llenando los boxes y camillas, respiradores ocupados hasta el último, personal al borde del colapso. Y ese límite que fingíamos no superar, aunque a veces se nos notara demasiado, era casi imposible de mantener. Solo cabía esperar que en algún momento a los gobiernos les explotara la conciencia y comprendieran que estábamos sosteniendo lo insostenible.

La habitación 213 olía a despedida. El paciente, un hombre de rostro hundido y mirada serena, me observaba como si ya supiera de antemano lo que iba a decirle. Le hablé con calma, modulando cada sílaba, como si el peso de la voz pudiera suavizar lo inevitable. Pero no se puede maquillar la muerte: solo acompañarla

Me senté a su lado, sin mirar el reloj, regalándome un instante de quietud a pesar de que ese no era mi trabajo. Él me habló de sus hijas, de su casa en la Alpujarra, de una moto que vendió el día que le diagnosticaron el tumor. No lloró, pero sus manos temblaban, y en ese temblor se escapaba todo lo que no era capaz de poner en palabras.

—Gracias por quedarse —murmuró cuando me levanté—. A veces, el silencio es lo único que uno necesita.

Asentí, con el peso de sus palabras clavándose en un lugar que ni los guantes podían proteger.

Cuando salí al pasillo, me sentía hueca, como si algo en mi interior se hubiera desplomado hasta el fondo y no supiera cómo sacarlo a flote.

En la sala de personal, el doctor Molina hojeaba un expediente con las gafas vencidas en la punta de la nariz y un cansancio que le brillaba en los ojos más que ninguna otra cosa.

—¿Tú también necesitas cinco minutos de aire? —preguntó sin apartar la vista.

—Cinco… o millones —contesté, dejándome caer en la silla contigua.

Cerró el informe, me miró de soslayo y dejó escapar un suspiro.

—He visto tu nombre en todos los turnos imposibles de las últimas semanas. Empiezas a parecer el pilar que sostiene el edificio. Pero incluso el pilar más firme se agrieta si nunca descansa.

Esbocé una sonrisa débil, sin convicción.

—Estoy bien.

—Cristina… —su tono bajó, más íntimo—. No lo pareces en absoluto. Y creo que te mereces ese descanso del que hablamos hace un par de meses.

Quise negarlo, pero las palabras no me salieron. No era solo el trabajo lo que me tenía dispersa: era Natalia. Su risa colándose en cada pensamiento. El recuerdo de su piel rozando la mía. Sus labios todavía impregnados en los míos. Desde Almuñécar no habíamos hablado en serio, pero cada vez que la cruzaba en el hospital sentía que me enfrentaba a una tentación deliciosa, imposible de ignorar.

—Solo necesito ordenar algunas cosas —alcancé a decir.

Molina me posó brevemente la mano en el hombro. Un gesto discreto, pero lleno de humanidad.

—Hazlo pronto —susurró—. O alguien lo hará por ti.

Cuando salí, me topé con Natalia de espaldas, en la zona de material, sacando gasas de una estantería. Llevaba el pelo recogido con prisa, como siempre, como si un huracán hubiera pasado por ella. Me acerqué en silencio, y justo en ese instante sus ojos encontraron los míos. Una vez más, el mundo se desvaneció alrededor.

—¿Qué haces aquí? —murmuró sin apartar la mirada.

—Buscaba… —balbuceé, incapaz de hilar— respirar un poco.

Ella cerró la puerta del almacén con suavidad, como si quisiera protegernos del resto. Permaneció frente a mí, inmóvil, expectante.

—¿Vamos a seguir fingiendo que en Almuñécar no quisiste arrancarme la ropa? —preguntó con los labios apenas separados.

El pecho se me contrajo y las piernas me temblaron. Su voz, tan cerca, me erizó la piel en un segundo, y su tono grave me encendió de inmediato.

—No he dejado de pensarlo —confesé, dejando escapar la verdad—. Cada vez que te veo lo confirmo. De no ser porque estábamos en casa de mi

hermana…

—¿Y qué piensas hacer?

No respondí. Solo acorté la distancia con un paso. Luego otro. Hasta que ya estábamos demasiado cerca.

—Cristina…

Mis labios buscaron los suyos y el beso explotó al instante. Íntegro. Voraz. Sin nada de timidez. Nos devoramos como si el oxígeno se acabara. Sus manos descendieron por mi cintura y me pegaron con fuerza a su cuerpo. Yo deslicé los dedos bajo su camiseta: su piel ardía, suave, erizada bajo mi tacto.

Nos besamos contra la pared, entre cajas de suero y paquetes de gasas. El deseo nos abrasaba. Sentía sus caderas apretadas contra las mías, su vientre reclamándome, la urgencia en cada roce. Sus muslos se encajaban con los míos, su pecho contra el mío, y todo en mí gritaba lo mismo: que había fingido demasiado tiempo.

Su boca bajó a mi cuello y dejé escapar un gemido contenido.

—Dios, no sabes cuánto lo estaba deseando —murmuré.

—Eres lo único que me hace sentir viva últimamente —susurró contra mi clavícula.

Nuestras respiraciones eran jadeos, nuestras bocas buscaban más. Nos hundimos en un instante sin nombre, fruto de semanas, de meses de contención. Nos separamos solo un segundo antes de perdernos del todo. Con la piel perlada de sudor, el corazón desbocado y la certeza ardiendo entre las piernas.

—Esto no va a ser sencillo —alcancé a decir—. Y menos aun trabajando juntas.

—No me atrae lo fácil —respondió, firme—. Y mucho menos contigo.

Bueno, estaba dispuesta a permitirlo.

11

Natalia

Besarla y recorrer su cuerpo en la penumbra de aquel almacén había sido como encender una mecha que llevaba demasiado tiempo esperando. La besé con hambre, con la urgencia de quien, al fin, se permite desear algo sin tener que ponerle nombre. Mis labios atraparon los suyos con la obstinación de quien busca quedarse a vivir allí, y mordí su labio inferior con suavidad, como si fuera una promesa escrita en secreto… o quizás una advertencia velada: esto no iba a terminar aquí.

La manera en que se aferró a mí, el leve gemido que escapó de su garganta cuando mi mano encontró su cintura, el estremecimiento casi imperceptible que recorrió su cuerpo cuando nuestras caderas se rozaron… todo eso se me quedó pegado en la piel, tatuado en el pecho. Y cuando salimos de esa sala, con los pijamas de trabajo más arrugados de lo permitido y el pulso disparado, tuve la certeza de que el mundo había cambiado de sabor. Uno más peligroso. Uno que me atraía demasiado.

Pero el hospital no concede treguas para que una asimile lo que siente. Tuvimos que volver a la rutina implacable: horas infinitas, cansancio, guardias, descansos robados en casa, apenas unos instantes para respirar… y casi ninguno para nosotras. Los teléfonos volvieron a sonar con la urgencia de siempre y caminamos de box en box, fingiendo que no ardíamos por dentro, que no nos deseábamos en exceso. Me recogí el pelo con un gesto mecánico, respiré hondo, forcé una compostura inexistente y me lancé otra vez al ruido y a la vorágine de los pasillos durante días.

A mitad de otro turno, después de estabilizar a una paciente con un cuadro respiratorio complicado, me quedé observándola. Cristina estaba al final del pasillo, inclinada sobre una camilla, hablando con una residente nueva. Morena, de rizos rebeldes, sonrisa impecable. Esa clase de sonrisas diseñadas para desarmar a cualquiera.

No sé qué me ocurrió. Tal vez fue la manera en que aquella chica le rozó el brazo, o el modo en que Cristina se rio, con esa risa sonora que rara vez deja escapar en voz alta. El caso es que algo en mi estómago se tensó de

golpe: un pinchazo ácido, punzante. Celos. Sí, aunque no quisiera admitirlo ni ponerle nombre a lo nuestro, aquello era exactamente eso: celos que se clavan como una espina en la boca del estómago. Me quedé paralizada, con las manos todavía húmedas por haberme quitado los guantes, observando una escena que me resultaba insoportable.

Cuando se despidieron, Cristina pasó junto a mí sin apenas mirarme. No lo hizo a propósito; probablemente ni reparó en mi presencia. Ella estaba bien, seguía siendo la profesional impecable de siempre, equilibrada, serena, intocable. Yo, en cambio, me consumía por dentro.

—¿Quieres café o ya has decidido alimentarte únicamente de drama? —ironizó Julián, apareciendo a mi lado con esa puntería suya que siempre me sacaba de quicio.

No me cabía duda de que lo había visto todo. De hecho, la farmacia del hospital, su territorio, era poco menos que la cuna de los cotilleos.

—Café —respondí seca—. Y si puede llevar un poco de veneno, mejor.

Él soltó una carcajada, me enganchó del brazo y me arrastró hasta la sala del personal. Allí, con el zumbido del microondas y el aroma a café instantáneo inundando el aire, me lanzó esa mirada suya que parecía atravesar todas mis capas, como si pudiera desnudarme los pensamientos sin que yo pudiera evitarlo.

—Dime que no estabas a punto de abalanzarte sobre esa pobre residente como una loba en celo —dijo mientras servía dos vasos.

—¿Qué dices? —repuse, girándome con fingida indignación.

—Natalia… —se apoyó en la pared, cruzando los brazos, con esa mezcla de cinismo y ternura que solo él sabe dosificar—. Te vi mirarlas. A Cristina y a la residente.

—Estaban hablando —gruñí, intentando sonar despreocupada. Mi tono me delató.

—Sí, claro, y tú estabas teniendo uno de tus ataques de celos silenciosos. De esos en los que aparentas calma, pero por dentro firmas una declaración oficial de guerra contra tu propia paz mental.

Me eché a reír. No por la gracia de la frase, sino porque era, palabra por palabra, lo que estaba sintiendo. Me dejé caer en la silla junto al microondas como si el cansancio me venciera, aunque lo que de verdad me temblaba eran las certezas. Cogí el vaso de café, lo probé: estaba asqueroso, pero me sirvió para enmascarar el nudo en la garganta.

—No es nada —mentí, con una voz tan débil que ni yo misma me la creí.

—No me vengas con cuentos —replicó, arqueando una ceja—. Te conozco desde 2009. Te tengo calada. Tú no quieres solo besarla a escondidas en almacenes. Tú la miras como quien se pregunta si será capaz de ocultar lo que siente… y si al final acabará casándose con el amor de su vida.

—Qué estupidez —susurré, intentando sonar convincente.

Pero terminé apoyando la frente contra el vaso, cerrando los ojos un instante. Julián nunca perdonaba ni una. Siempre había sido así: mi espejo más incómodo, el amigo que me empuja al abismo convencido de que al otro lado no hay caída, sino libertad.

—No lo sé —musité, sintiendo que las palabras se me escapaban como agua entre los dedos—. No sé qué estamos haciendo. Apenas hemos hablado de otra cosa que no fuera lo que te conté aquella noche.

—¿Pero eso es realmente lo que quieres? —preguntó, inclinándose un poco hacia mí, con un tono que me atravesó como un bisturí.

La cuestión me cayó como una losa en el estómago. Me quedé muda, incapaz de contestar al instante. Me pasé la lengua por los labios, ganando tiempo, como si con ese gesto pudiera encontrar la respuesta exacta a una pregunta que llevaba días esquivando.

—Quiero… —exhalé un suspiro largo, que sonó casi como una rendición—. Quiero que me mire todo el tiempo. Que no me deje de mirar nunca.

Él asintió despacio, con la calma de quien ya conocía la verdad y solo estaba esperando a que yo me atreviera a pronunciarla en voz alta.

—¿Y estás convencida de ese plan que me contaste…? —hizo un gesto exagerado con los dedos, dibujando comillas en el aire—. Eso de ser "amigas con derecho a todo".

—Pues… no lo sé.

—Lo único que tengo claro —replicó, con un tono entre resignado y didáctico—, es que os conozco demasiado bien como para no darme cuenta de que estás jugando con fuego. Y lo sabes. El problema es que es evidente que vas a terminar quemándote.

—Eso todavía no lo sabemos —repliqué con un hilo de voz.

—Puede que no, o puede que sí —añadió él, sentándose a mi lado con un suspiro cargado de paciencia—. Escúchame: sé que lo del "sin

compromisos" suena fácil, moderno, muy liberador. Pero tú no eres así. No con ella. A ti no te basta con rozarla a escondidas. Tú quieres tocarla y después abrazarla. Quieres que se quede a dormir contigo, que al día siguiente te sonría mientras friega una taza o cuando os pongáis a cocinar cualquier cosa en la cocina. Tú deseas el paquete completo, aunque te mueras de miedo de admitirlo.

Me eché a reír, bajito, intentando esconder el nudo que me subía por la garganta. Era un cabrón, sí, pero también me conocía mejor que yo misma.

—¿Y si esto lo estropea todo? —pregunté, con la voz quebrada por la inseguridad—. ¿Y si cruzamos esa línea y ya no hay marcha atrás? ¿Y si resulta que eso es lo único que ella quiere, un rato y nada más?

—¿Y si no la cruzáis nunca y os quedáis atrapadas en el "qué habría pasado si…" durante los próximos diez años? —replicó él, mirándome con una seriedad poco habitual en él—. No te estoy diciendo que salgas corriendo a declararte como en una película barata, pero tampoco que te quedes jugando a medias tintas. Porque, Natalia, tengo la impresión de que, para ti, esto no es un juego.

Me quedé callada, rumiando sus palabras, clavando los ojos en el borde de la mesa como si allí pudiera leerse el futuro. Recordé el calor de su cuerpo pegado al mío, la presión firme de sus labios, el temblor en mis rodillas cuando sus dedos rozaron mi espalda desnuda. Recordé la forma en que nos miramos después, como si ya hubiéramos cruzado un umbral invisible, aunque aún no supiéramos a dónde nos llevaba.

—¿Y tú qué harías en mi lugar? —pregunté por fin, sin atreverme a levantar la vista.

—Yo estaría muerto de miedo —confesó sin titubear—. Pero me lanzaría. Porque hay muy pocas cosas en esta vida que se sientan tan bien como descubrir que lo que tú deseas con todo tu ser… también te desea a ti. No lo dejes escapar por miedo a perderla. A veces lo que más nos asusta es, precisamente, lo único que puede salvarnos.

Me quedé mirándole de perfil, con esa mezcla suya entre protector, sabihondo y descarado. Sentí una gratitud que no supe expresar, así que me incliné y le di un beso rápido en la mejilla.

—Eres insoportable.

—Pero tengo razón —contestó, esbozando una sonrisa que me desarmó.

Me levanté con el corazón apretado, aunque latiendo más fuerte que nunca. Salí de la sala con los nervios arremolinándose en mi interior y una certeza palpitando en el pecho: tenía que hablar con Cristina. Y no podía ser tarde o temprano. Tenía que ser pronto. Porque lo nuestro ya no era solo un beso, ni una noche robada, ni un roce disfrazado de casualidad.

Era todo lo que vendría después. Todo lo que mi cuerpo no había dejado de recordar. Todo lo que mi alma anhelaba, incluso cuando ella estaba a un simple pasillo de distancia.

12

Cristina

Había días en los que sentía que el hospital era el único lugar capaz de mantener mi mente en calma. El bullicio constante, los pacientes entrando y saliendo, las urgencias que no daban tregua, los informes interminables, las vías que colocar a contrarreloj, los gritos que se colaban por los pasillos… Todo era concreto, inmediato, delimitado con una nitidez que no dejaba espacio para pensar en nada más. Allí solo existía cumplir protocolos, seguir los procedimientos y tratar de curar a la gente.

Pero fuera de esas paredes, todo resultaba más borroso, difuso, como si la realidad no tuviera contornos definidos. Y, desde que Natalia y yo dejamos de ser únicamente… lo que habíamos sido hasta entonces, la frontera entre lo real y lo deseado se volvió todavía más confusa.

Ya no sé ni cómo llamarlo.

No conseguía apartar de mi cabeza la memoria de su cuerpo contra el mío, cada gesto compartido, cada caricia robada entre turnos y más allá de aquellos pasillos. No era únicamente la intensidad del momento; lo verdadero estaba debajo, latiendo silencioso, vibrando muy dentro de mí, en un lugar donde nunca me atrevía a poner voz. Y ese era el problema: habíamos prometido no darle un nombre, mantenerlo sin etiquetas. Sin embargo, empezaba a preguntarme si ese pacto bastaría para sostener lo que estaba creciendo entre nosotras.

Siempre había tenido claro que no era una mujer de relaciones, que prefería evitar complicaciones, pero… ¿y si Natalia era, precisamente, todo lo que siempre había esperado sin darme cuenta?

—¿Estás en la Tierra o has decidido mudarte a Saturno? —me interrumpió Lucía, apoyada con despreocupación contra la pared, un café humeante en la mano.

—La verdad es que estaba pensando en el turno de noche de mañana. Tengo que organizar otra vez el carro de emergencias, aunque no sea mi labor. Me crispa que la gente sea tan irresponsable —mentí a medias, consciente de que ella me calaba con solo mirarme.

Lucía arqueó una ceja, con ese gesto suyo tan característico, como si pudiera desarmar cualquier excusa y leer lo que me ocurría entre líneas.

—Cristina… si de verdad crees que reorganizar carros va a resolver lo que te bulle en la cabeza, estamos bastante más jodidas de lo que pensaba.

Resoplé, liberando el aire por la nariz. Sabía perfectamente a dónde quería llegar.

—No empieces.

—Perdona, pero fuiste tú la que empezó a derretirse hace semanas. Y eso que siempre fuiste la mujer de hielo, la que mantenía las emociones bajo llave y la agenda sentimental milimétricamente organizada para no acabar en la cama con una compañera de trabajo.

—Eso no ha ocurrido todavía.

—Pero ocurrirá —replicó con una sonrisa socarrona. La fulminé con la mirada y levantó las manos en señal de tregua—. Vale, vale, me callo. Solo contéstame a esto: ¿qué demonios crees que estás haciendo?

Esa pregunta llevaba flotando sobre mi cabeza desde el instante en que le lancé la propuesta a Natalia y dejamos atrás Almuñécar; desde aquella madrugada en la que sus labios tocaron los míos sin permiso y me desmontaron por completo; desde que fingí que podía continuar con mi vida normal mientras, en realidad, todo giraba en torno a lo mucho que disfrutaba a su lado. Desde que, en aquel maldito almacén, sentí que el mundo entero se estrechaba hasta caber en su respiración.

—No lo sé —respondí al fin, con un hilo de voz—. Tal vez necesite pararme un poco, darme espacio para pensarlo con calma.

Lucía, por primera vez en la conversación, me miró sin ironía.

—¿Y crees que cambiar de turno te dará ese espacio? Porque te he visto pedirlo antes. Ni siquiera has comenzado con esta historia y ya quieres esconderte.

Guardé silencio. Ella dio un sorbo largo a su café, como concediéndome un margen para reaccionar. No lo aproveché. Bajé la mirada y me froté las manos, todavía frías, como si el quirófano me persiguiera incluso fuera de él.

—Somos amigas, muy amigas, y no quiero arriesgar esa amistad. Tengo que admitirlo —dije por fin, con firmeza—. Ella parece pensar lo mismo. Por eso vi razonable probar cómo nos llevábamos mientras…

—Mientras os acostáis sin ataduras, ¿no?

Me atraganté con mi propia saliva.

—Eres una bestia —protesté, tapándome la cara con las manos—. Lo único que sé es que, cuando está cerca, me resulta imposible pensar con claridad.

Lucía dejó escapar un suspiro y colocó el vaso sobre el mostrador con un golpe suave. Dio un paso hacia mí y, sin reproches, rozó mi mano con la suya, transmitiéndome ese apoyo silencioso que siempre había necesitado.

—Cristina, tú sabrás lo que haces, pero jugar a algo así es peligroso. Y mucho.

No respondí. No porque no encontrara palabras, sino porque todas estaban enredadas en una madeja imposible de deshacer, tejida de miedo, deseo y confusión. Callé porque, quizá por primera vez en mucho tiempo, no tenía claro lo que quería… o tal vez sí lo sabía demasiado bien.

****

Más tarde, sentada frente a la pantalla del ordenador del jefe de enfermería, confirmé el cambio de turno para los dos días siguientes, bajo el pretexto de un "reajuste personal". Como si la vida pudiera gestionarse con la misma facilidad con la que se reorganizan los turnos en el cuadrante. Como si bastase con interponer un poco de distancia para aclarar aquello que ni siquiera sé cómo nombrar.

«Bendita la hora en que se me ocurrió esta idea», pensé con un suspiro que me salió del alma.

La primera reacción fue un alivio parecido a cuando por fin logras extraer una espina clavada: la herida sigue doliendo, escuece, pero al menos ya no tengo presión en la carne. Me marché del hospital bastante más tarde de lo habitual, con el uniforme arrugado, los hombros pesados y los párpados cayéndoseme solos. El móvil vibró una vez: era Natalia, seguramente ya habría visto la modificación en los turnos. Sin embargo, no fui capaz de responder.

Al llegar a casa —como si el universo hubiera decidido subrayar mi estado— la llamada de Sofía me sorprendió desparramada en el sofá, con una infusión olvidada y fría entre las manos y el mando de la televisión intacto sobre la mesa.

—¿Estás viva o qué? —fue su saludo directo.

—Sí, sí, perdona… —murmuré con voz apagada, apenas un hilo de aire.

—¿Y ese tono de funeral? A ver, explícame qué demonios te pasa.

Me salió una risa seca, sin fuerza, más un gesto reflejo que una carcajada auténtica. Sabía que no me libraría de su interrogatorio.

—Nada grave, de verdad. Estoy agotada y, bueno… también algo desorientada.

—¿Esa desorientación viene con nombre y apellidos, quizá?

Guardé silencio.

—Cristina —prosiguió, con un tono más blando, casi cómplice—, ¿es por Natalia? ¿Qué le has hecho ahora?

—Nada —contesté con rapidez, aunque sonó más a defensa que a certeza—. En realidad, no lo sé. El otro día, en Almuñécar, le propuse que fuéramos amigas con derecho a algo más. A las dos nos atrae, nos buscamos… pero no tengo claro si quiero que esto vaya en serio.

—¡¿Perdona?! —exclamó. Pude imaginarla llevándose la mano a la frente, como hacía siempre que se indignaba.

Se encerró en su habitación para seguir hablando sin interrupciones, lo noté por el eco de su voz.

—¿Y me puedes decir qué mosca te picó para hacer algo así? Porque, hermanita mía, yo juraría que sabes perfectamente lo que quieres con ella desde el primer momento. Y me da igual que te empeñes en repetirte que no eres de complicaciones.

Aquella frase me obligó a echar la cabeza hacia atrás, contra el respaldo del sofá. Porque tenía razón. Lo sabía. Pero, ¿cómo arriesgar la amistad más valiosa que había tenido nunca?

—He cambiado el turno para no verla un par de días, a ver si así consigo aclararme —admití.

—¿Y piensas que esa es la solución? —replicó, con ironía. Había escuchado ya lo del cambio en mis explicaciones a trompicones.

—No es un problema que tenga que resolver como si fuese una operación matemática —dije, apretando la mandíbula—. Solo necesito pensar.

—¿Pensar qué? —me retó—. ¿Si es lo que de verdad quieres, o si es lo que ella desea?

Me crucé de brazos, dejando el móvil en altavoz sobre la mesa del comedor. Su voz, fuerte y cercana, parecía llenar la casa más que nunca,

como si estuviera allí conmigo.

—Sofía, no funciono como tú. A veces no encuentro las palabras exactas, ni sé cómo poner orden en lo que me pasa.

—Pues búscalas —contestó con firmeza—. Pero no te inventes silencios para esquivar lo que sientes. Dime, ¿de verdad piensas que fue un error dar ese paso?

No respondí. Ni siquiera intenté fingir lo contrario. Ella lo sabía. Yo también. La verdad estaba demasiado clara, aunque me negara a pronunciarla.

—No fue un error —dije al fin, con la voz más baja de lo que pretendía.

—¿Entonces?

—Entonces… ya te lo he dicho: no quiero perder su amistad. Ella me importa demasiado. Y si esto se estropea, si no funciona, no soportaría arruinar lo único de lo que nunca he dudado que vale la pena. Ya sabes que lo mío no son las relaciones, no al menos como deberían ser.

Escuché el sonido metálico de un cubierto al caer en la pila. Conozco a Sofía demasiado bien: siempre se ponía a fregar cuando estaba nerviosa o necesitaba ordenar sus pensamientos.

—A veces cuidamos tanto lo que creemos valioso que terminamos destrozándolo. Te lo digo por experiencia, Cris. ¿Sabes cuántas veces pensé lo mismo con Roberto? —hubo una pausa, y luego añadió—. Pero al final me lancé, y mira hasta dónde hemos llegado.

Me mordí el labio inferior, incapaz de contestar. Me limité a escuchar, con el corazón latiendo fuerte.

—Ya… supongo que eso es lo que debería pensar —logré articular.

—Muy bien. Pero no te eternices ahí dentro. Porque ya sabes que la vida no siempre espera.

Colgamos tras un silencio prolongado, de esos que no resultan incómodos, sino todo lo contrario, llenos de lo que ya no hace falta decir. Me acosté tarde. No tenía sueño, aunque el cansancio pesaba sobre cada músculo.

Al tumbarme, sentí el hueco frío a mi lado, ese espacio que nunca había estado ocupado por nadie y que, sin embargo, ahora parecía más vacío que nunca. Pensé en ella, en Natalia, en la manera en que entra en cualquier habitación como si no supiera que ilumina cada rincón con su

presencia. En cómo me observa cuando me concentro, como si pudiera leerme desde la piel hasta lo más hondo.

Recordé sus dedos colándose bajo la cinturilla de mi pantalón, su boca deslizándose por mi cuello, sus manos firmes recorriendo mi espalda. Y, más allá del deseo que aún me quemaba por dentro, reviví el modo en que sostuvo mi mirada después, sin apartarla, como si allí estuviera la verdadera respuesta a todo lo que yo temía.

Joder. Estaba metida en un problema del que no sabía cómo iba a salir.

13

Natalia

Lo supe antes incluso de que nadie me lo confirmara o de que llegara la notificación oficial del cambio en los turnos. Fue un presentimiento, una corriente leve que me recorrió el cuerpo como una señal anticipada, sin que pudiera explicarme de dónde venía. Cristina no apareció al inicio de guardia, tampoco me la crucé en los pasillos como sucedía siempre que coincidíamos; no dejó su taza de café abandonada en el rincón de costumbre ni ese rastro de perfume que solía sorprenderme al pasar junto a su taquilla. Nada. Era como si hubiese borrado con precisión cada huella de su presencia. Como si la tierra se la hubiera tragado o, peor aún, como si me estuviera evitando deliberadamente.

"No pienses disparates, apenas habéis empezado…" Pero, ¿empezado qué, exactamente?

Durante tres días seguidos, su nombre figuraba en los cuadrantes, aunque no en mi campo visual. Sabía que estaba en el hospital, cumpliendo otros horarios, apartada de mí, escondida quizá de lo que habíamos iniciado. Fue como retroceder a aquel invierno en el que aún no la conocía realmente, cuando no era más que esa mujer seria, eficiente y distante que me descolocaba sin comprender el motivo. La diferencia era que ahora lo entendía perfectamente. Sabía por qué dolía su ausencia, por qué mi cuerpo se tensaba cada vez que alguien pronunciaba su nombre.

Aquella tarde, mientras el cielo de Granada se vestía de tormenta, la vi salir por la puerta de urgencias con la mochila colgada al hombro, la cabeza gacha y el paso acelerado, como si huyera de algo. Dentro de mí estalló una mezcla de rabia y necesidad, de frustración por no comprender y de hambre por descubrir qué demonios estaba pasando. Crucé el vestíbulo sin pensarlo dos veces, ignorando saludos, voces y el trasiego de pacientes.

—Cristina.

Se detuvo. Tardó apenas un segundo en girarse y, cuando lo hizo, su rostro no reflejaba sorpresa, sino una resignación amarga.

—Hola —respondió con desgana.

Respiré hondo. No estaba dispuesta a disfrazar la situación con excusas.

—¿Me estás evitando?

Lo solté sin rodeos. No podía permitirme la cortesía de callar, no después de lo que habíamos compartido, de los besos, de las caricias y de ese algo más profundo que, aunque no lo confesáramos, había pasado entre nosotras.

—No estoy… —balbuceó, pero dejó la frase en el aire. Miró al suelo, luego al cielo, como si buscara entre las nubes la excusa perfecta.

—Cristina —insistí, esta vez acercándome un paso más—, ¿has cambiado el turno por mi culpa? Porque si esto no era lo que querías, lo honesto habría sido decírmelo desde el principio.

—Ya lo sé, no es eso.

Un silencio denso se instaló entre nosotras, tan sólido que solo se colaban los ruidos de la ciudad, coches y murmullos que parecían discurrir ajenos a lo que a mí se me antojaba un abismo.

—Necesitaba pensar —añadió finalmente—. Alejarme un poco de la rutina de las noches, que están siendo horribles, y darme margen para aclarar qué hacer.

—¿Y no podías hacerlo hablándolo conmigo? —pregunté, con un hilo de reproche.

Cristina apretó los labios. Sus ojos parecían cargados, no de tristeza, sino de una batalla interna que la desgastaba. Daba la impresión de haber pasado días enteros defendiéndose de sí misma.

—Es extraño —reconoció—, porque no sé cómo hablar de esto contigo. No encuentro las palabras para nombrar lo que me está volviendo del revés. Ambas sabemos cómo soy con las relaciones y no quiero perderte, Natalia. Pero tampoco puedo fingir que no me siento… increíblemente bien contigo.

Me quedé muda. Su sinceridad me atravesó como un golpe seco, y al mismo tiempo reconocí en sus ojos ese miedo que me obligaba a concederle, sin reservas, cada uno de sus anhelos.

—Este no es el mejor lugar para hablar —propuse—. ¿Vienes?

Más que una invitación, fue un impulso. Ella me sostuvo la mirada, dudó apenas un instante y luego asintió. Caminamos en silencio hasta su coche, sin cruzar palabra en todo el trayecto. Ni siquiera al subir las

escaleras de su edificio, porque yo necesitaba ordenar mi discurso y dejarle claro que no estaba sola en esto.

Su apartamento olía a lavanda, ese aroma que ya me resultaba tan familiar, mezclado con la pulcritud de su rutina. Entró primero, dejó las llaves en la repisa y se quitó la chaqueta con un suspiro. Yo me quedé unos segundos en el umbral, observando el lugar como si fuera nuevo, aunque lo conocía de memoria. Puede que fuese por la tensión del momento.

—¿Quieres algo? —preguntó con una voz áspera, defensiva.

—No —respondí, avanzando despacio, sin apartar la mirada de ella—. Lo único que quiero es saber que estás bien, que nada de esto va a provocarte un colapso.

Cristina soltó una carcajada breve, cansada. Cuando me miró, sus ojos ya no eran fríos.

—Estoy agotada —confesó—. Agotada de fingir normalidad cada vez que me cruzo conmigo, de contenerme en los pasillos cuando lo único que me apetece es volver a besarte.

La tensión se volvió casi tangible, vibraba en el aire como una descarga. Me acerqué más, tan cerca que podía oír su respiración irregular y sentir ese imán invisible que nos arrastraba desde hacía semanas.

—Entonces bésame —murmuré.

Pero no lo hizo. Retrocedió un paso, como si algo dentro de ella todavía la sujetara con fuerza.

—Natalia… esto no puede reducirse solo al deseo, ¿lo entiendes?

Esta vez no retrocedí yo. Rodeé el sofá y me planté frente a ella. Le acaricié la mejilla con una mano y noté cómo temblaba.

—¿De verdad piensas que solo te deseo? Claro que te deseo. Pero también te echo de menos cuando estás en otra habitación. Y cuando te beso, no es por capricho ni por un impulso pasajero, es porque no puedo evitarlo.

Cristina me sostuvo la mirada. En sus ojos había un vértigo enorme, pero también un destello de rendición. Y entonces, como si una barrera invisible se derrumbara, se inclinó hacia mí y me besó.

Nos dejamos llevar. Sus dedos buscaron los míos y mi cuerpo respondió al suyo con una certeza antigua, como si hubiera estado aguardando ese instante toda mi vida. En ese momento no importaba lo que éramos o lo que no éramos; solo existía lo que estábamos compartiendo.

—Quiero que estés tranquila, Cris —dije, recuperando el aliento—. Nunca voy a exigirte nada que no quieras darme. No pretendo presionarte, ni convertirme en otra carga. Lo único que quiero es que nos demos la oportunidad de no romper lo que ya tenemos. Que no levantemos un muro a nuestro alrededor.

Ella me observó con una media sonrisa que le suavizó el rostro. Se notaba el temblor en su respiración, la fragilidad de quien está a punto de ceder.

—¿Y si no sale bien? —preguntó, en un murmullo apenas audible.

—Pues lo resolveremos, como todo lo demás. Pero ahora solo quiero que estemos bien, que disfrutemos de lo que nos hace vibrar, sin normas impuestas, sin miedo. Y si lo único que quieres es dormir conmigo abrazada y que me vaya al amanecer, también lo aceptaré.

Cristina sonrió de verdad, y en esa sonrisa se abrió una grieta en toda la coraza que siempre la protegía.

—Eres una verdadera trampa —susurró.

—Lo sé. Pero soy de las que merece la pena caer.

Se acercó. Esta vez no hubo distancia ni resistencia. Nuestros labios se encontraron con lentitud, con esa dulzura peligrosa que apenas empezábamos a reconocer, pero que ya se había convertido en una necesidad.

Cuando me aparté, apoyé la frente contra la suya y le acaricié la nuca con los dedos.

—Hoy no tienes que decir nada más —le susurré—. Solo mostrarme lo que quieres hacer conmigo.

14

Cristina

Mi habitación nunca me había parecido tan llena de vida. Las paredes, acostumbradas a guardar un silencio inmutable y un orden meticuloso, parecían palpitar al ritmo de nosotras. No era por el desorden que provocamos al entrar, ni por la ropa que cayó al suelo sin cuidado, sino por algo más hondo: el peso de un deseo reprimido demasiado tiempo, liberado al fin como un río que rompe la presa.

Natalia estaba de pie frente a mí, con el pelo enmarañado, la respiración entrecortada y una expresión en los ojos que no dejaba espacio a la duda. No se trataba de un simple juego ni de una fantasía fugaz destinada a diluirse con la primera luz del día. Era ella. Completa. Dispuesta a entregarse.

Yo temblaba por dentro, no de miedo, sino de un vértigo abrumador, el que provoca la certeza de que lo que está ocurriendo es real y que, una vez atravesada esa línea, ya no habría vuelta atrás.

Se inclinó hacia mí y me besó con una lentitud devastadora. No había prisa, pero sí una necesidad feroz que latía bajo cada roce. Sus manos me rodearon la cintura, ascendieron por mi espalda, se detuvieron en mi nuca, firmes, mientras nuestros labios se buscaban una y otra vez, como si necesitaran confirmarse mutuamente que aquello estaba ocurriendo de verdad.

Le quité la camiseta con los dedos temblorosos apenas al rozar su piel. Era cálida, suave, palpitante, igual que la recordaba desde aquel encuentro furtivo en la sala de almacenaje. La besé en el cuello, descendí hasta el hueco entre sus clavículas y la sentí estremecerse bajo mi boca. Me embriagaba con su olor, con sus jadeos, con la tensión vibrante de sus músculos.

—Eres preciosa —le susurré sin pensarlo, y sus ojos se iluminaron con un brillo que me atravesó de lleno.

Nos fuimos despojando de la ropa con cierta torpeza. Cada prenda que caía al suelo era una barrera menos entre nosotras, un peso innecesario del

que nos liberábamos. Cuando sus pechos rozaron los míos, sentí que el cuerpo entero se me incendiaba y me empapaba de inmediato. Su piel era un territorio nuevo que anhelaba recorrer sin dejar nada intacto.

Me tumbó sobre la cama y yo me dejé arrastrar. Se colocó encima, sujetando mis muslos entre los suyos, mientras su boca descendía hasta mis pechos. Cerró los ojos y la sentí lamer, besar y morder suavemente cada trazo de mi piel. Un gemido se me escapó de los labios; mis manos se aferraron a sus caderas como si buscara grabar en mí cada segundo.

Sus dedos recorrieron mi abdomen hasta encontrarme donde más la necesitaba. Primero me acarició por encima de la ropa interior, tanteándome, y luego sin nada que interfiriera. Me abrió con una delicadeza que me arrancó un suspiro profundo, como si no quisiera limitarse a tocarme, sino adentrarse en mí, comprenderme desde dentro.

Cuando me penetró, mi cuerpo se arqueó por completo. El placer llegó despacio, con una cadencia envolvente, sin aristas ni brusquedad. Me abandoné a su ritmo, al modo en que me miraba mientras me poseía, como si de verdad me viera, como si lo que éramos se revelara en cada embestida.

—No pares… —le supliqué, y no lo hizo.

Natalia se movía dentro de mí como si conociera el compás exacto de mi deseo, como si cada empuje suyo se sincronizara con las pulsaciones de mi corazón. Besaba mis pechos mientras sus dedos trabajaban con precisión, y yo solo podía aferrarme a sus hombros, a su cuello, a cualquier parte de ella que me mantuviera anclada al presente mientras el temblor recorría todo mi cuerpo.

Cada vez que rozaba mi clítoris, mientras seguía en mi interior, la tensión se acumulaba más y más. Me mordí el labio para no gemir con fuerza, pero ella lo percibió, claro que lo percibió. Me miró con una sonrisa descarada y, sin pronunciar palabra, me besó con hambre renovada. Nuestras bocas se devoraban con la misma urgencia con la que nuestros cuerpos se buscaban.

—Estás tan mojada… Joder, cómo me gustas —murmuró contra mi oído, y ese susurro me recorrió la espina dorsal con un estremecimiento delicioso.

Se incorporó apenas, sin dejar de tocarme, y me sostuvo la mirada desde arriba, con los dedos aún dentro, con esos ojos oscuros clavados en los míos, enredándome sin escapatoria. Yo tampoco quería apartar la vista. Estaba completamente a su merced, y no deseaba otra cosa.

—¿Así? —preguntó, acompañando la palabra con un movimiento de muñeca que me arrancó un gemido crudo, involuntario.

—Así… sí… —jadeé, completamente perdida.

El orgasmo fue inevitable. La humedad creciente, el calor abrasador, el temblor en mi vientre anunciaban la ola que estaba a punto de arrasarme. Sus labios bajaron de nuevo a mi cuello, trazaron la clavícula, mientras seguía penetrándome con firmeza. Su otra mano me sostenía de la cadera, anclándome, posesiva y tierna a la vez.

Y yo… yo ya no pensaba. Solo sentía. Su olor, su lengua, la presión exacta, la fricción insistente. Hasta que me rendí. Mi cuerpo entero se tensó, y el orgasmo me atravesó como una ola que nace lejos y rompe de golpe en la orilla, devastadora. Grité su nombre, me aferré a ella y me perdí en un lugar donde solo existía su cuerpo dentro del mío.

Cuando recuperé el aliento, la atraje hacia mí y la besé. No fue un beso precipitado ni ansioso, sino lento, explorador, con la lengua acariciando la suya como si aún nos descubriéramos por primera vez. Le arañé suavemente la espalda con las uñas, descendiendo por su columna y sintiendo cómo se erizaba bajo mi contacto.

Entonces la giré con suavidad, tomé el control y me lancé a recorrerla con la lengua: el cuello, el hombro, los pechos, deteniéndome en ellos como si quisiera grabar en mi memoria su sabor y su piel. Lamí la curva de su vientre, percibiendo sus contracciones bajo mi boca, y me encontré entre sus piernas con la devoción de quien se inclina ante algo sagrado.

Le abrí los muslos despacio, como si revelara un secreto que aguardaba demasiado tiempo. La besé allí, primero suave, como una promesa, y después más profundo, más intenso, dejando que su sabor —húmedo, cálido, embriagador— me llenara la boca y los sentidos. Ella gemía bajo mí, sus caderas se movían contra mi boca en un ritmo desesperado, y yo me dejaba arrastrar.

Sus manos se aferraban a las sábanas, tensas, mientras me suplicaba sin palabras, con la respiración entrecortada y la mirada fija en mí cada vez que alzaba los ojos. Le di lo que pedía, y más aún. Mi lengua dibujaba círculos, cambiaba a trazos firmes, acompasada con el movimiento de mis dedos dentro de ella. Estaba ardiendo, húmeda hasta el exceso, rendida.

—Cristina… —susurró mi nombre con un temblor que me desgarró por dentro.

La llevé al borde una y otra vez, jugando con sus gemidos, con su ansia, con la tensión que la recorría. La liberaba y volvía a arrastrarla conmigo hasta que se quebró entera, corriéndose contra mi boca, con un grito ahogado que se rompió en mis dedos y me llenó de algo que rozaba el amor.

Su cuerpo se agitó, tembloroso, jadeante, con los ojos cerrados y el pecho desbocado. Permanecí allí, besándola despacio, bajando la intensidad, como si pudiera acompañarla en el regreso. Luego subí, la rodeé con los brazos y nos quedamos entrelazadas, con el sudor pegándonos la piel y las piernas enredadas. Apoyé la frente en su pecho y escuché cómo su corazón iba poco a poco recobrando la calma.

No hablamos, porque no era necesario. Porque en ese silencio comprendí que nada de lo que nos unía era casual. No lo había sido nunca. Y cuando enredó sus dedos con los míos, suaves y firmes, entendí que, por mucho que hubiéramos intentado resistirnos, ya no estábamos jugando. Habíamos comenzado algo que nos transformaría para siempre.

15

Natalia

El siguiente turno nocturno comenzó como casi todos últimamente —y, menos mal—, con el frío silencioso de los pasillos del hospital, las luces blancas tiñendo de cansancio prematuro las paredes, y ese olor que ya no identificaba como desinfectante, sino como una rutina más que se me había adherido a la piel desde hacía años. Había cambiado el turno con una compañera porque ella debía encargarse de un asunto familiar, y lo que a simple vista era un favor laboral se había convertido para mí en un castigo: no poder estar cerca de Cristina.

Habían pasado apenas dos días desde aquella noche en la que nos devoramos en su cama, con la boca, con sus dedos, con todo lo que éramos, arrastrándome a un lugar donde todo resultó jodidamente increíble. Y ahora odiaba que la rutina del hospital nos hubiera alejado de ese paréntesis que lo cambió todo.

Intenté concentrarme en los informes, en las pautas médicas, en las urgencias menores que iban entrando a cuentagotas en los diferentes boxes. Sin embargo, todo, absolutamente todo, me llevaba de vuelta a ella. A la manera en que me besó, como si quisiera grabar mi sabor en su memoria; a cómo me acarició con una ternura voraz, como si fuese la primera y última vez; a cómo me temblaron las piernas cuando me miró y me dijo que no estaba jugando. Ese gesto, esa frase, habían cambiado las reglas. Porque yo tampoco jugaba, aunque después de aquella noche hubiésemos intentado seguir con nuestras vidas como si nada hubiera pasado.

Tenía asignada la habitación 403: una paciente geriátrica, ingreso reciente por neumonía, buen pronóstico —y menos mal, porque ya me habían advertido que Manuela era un encanto—. Al entrar, la vi sentada en la cama, con el pelo blanco perfectamente peinado hacia atrás y la mirada fija en la ventana. Su rostro reflejaba un tiempo largo vivido, como si los años hubieran dejado en sus ojos una colección de experiencias imposibles de aprender de otra forma.

—Buenas noches, Manuela —la saludé con una sonrisa—. ¿Cómo se encuentra hoy?

Giró la cabeza hacia mí con calma y me examinó con una mirada serena, aunque con un matiz insolente.

—Peor que tú, pero no me quejo —contestó con voz ronca, impregnada de una ironía afectuosa—. ¿Eres la enfermera que cubre a Elena?

—Sí, le he cambiado el turno —respondí mientras revisaba el suero —. A veces lo hacemos para descansar… o para ocuparnos de otras cosas. Pensar, aclararse un poco la cabeza. Lo típico.

Manuela me observó desde la cama con una expresión que no parecía corresponderse con su edad, sino con alguien que ya ha vivido todas las versiones posibles de la vida y que sabe leer entre líneas solo con el tono de voz.

—Ah… —murmuró, como quien hace un comentario casual—. Entonces no eres de las que rehúye las guardias, sino de las que las utiliza para olvidarse un poco de lo que hay fuera. ¿Eh?

"¿Cómo demonios ha podido calarme tan pronto?"

Me reí más fuerte de lo necesario, sin apartar la vista de las anotaciones en la historia clínica.

—No sabía que los goteros traían de serie una psicóloga incorporada —dije, fingiendo ligereza.

—No, pero las noches largas y las camas duras enseñan a mirar con otros ojos —replicó con naturalidad—. Yo, cuando tenía tu edad, también creía que podía controlarlo todo, incluso lo que sentía. Hasta que un día lo solté en voz alta. Y fue como quitarme una losa del pecho.

Me giré despacio hacia ella. No había solemnidad en su relato, solo la calma que da el aprendizaje después de muchos errores.

—¿Y qué fue lo que dijiste exactamente?

Sonrió, se incorporó un poco y, con la manta todavía sobre las piernas, alzó la vista hacia mí.

—Tutéame, cariño, por favor —pidió con dulzura. Luego se encogió de hombros—. Dije lo que quería, así, sin adornos. Se lo confesé a la mujer con la que compartía mesa en el trabajo desde hacía tres años. Resultó que ella también me miraba igual, pero las dos teníamos miedo: miedo a las circunstancias, miedo al qué dirán, a esas cadenas que una tarda demasiado en aprender a romper.

—¿Y qué pasó después?

—Después nos besamos en un pasillo solitario. Y a partir de ahí, la vida ya no volvió a ser la misma.

Me sorprendió lo fácil que me arrastró a su historia, tan natural, tan desnuda de épica, tan de verdad. Me senté en la silla junto a su cama por puro instinto, como si necesitara asentarme.

—Bueno, en mi caso… a veces no sé si lo que siento va en serio —confesé sin planearlo—. O si solo es miedo a perder lo que ya tenía.

Manuela asintió como si esperara exactamente esas palabras.

—Lo que sentimos de verdad es, con frecuencia, lo que más miedo da. Porque te desarma, te deja sin ningún escondite.

Suspiré. Mis manos jugaron con el bolígrafo del bolsillo como si en aquel gesto pudiera encontrar una respuesta.

—Ella me conoce desde hace años —continué—. Hemos compartido tantas cosas… Y es buena conmigo, me escucha como nadie, me cuida sin que se lo pida. Pero ya hemos cruzado una línea y no sé si podremos volver atrás si nos equivocamos.

—¿Y cómo llamas tú a esa línea? —preguntó con una sonrisa ladeada, sin la menor intención de presionarme.

Guardé silencio unos segundos. La habitación estaba tranquila, con el pitido monótono del monitor llenando los huecos.

—Cristina —dije por fin, como quien nombra lo que ya forma parte inseparable de sus días—. Se llama Cristina.

Manuela asintió lentamente, como si al pronunciar ese nombre todas las piezas hubieran encajado. Me sostuvo la mirada con una ternura inesperada que me obligó a sonreír.

—La vida será quien te diga si te has equivocado o no. Solo necesitas paciencia y entregarte de verdad. Si vuestros corazones encajan, no la perderás nunca, te lo aseguro.

No encontré respuesta. Solo sonreí, con un poso de tristeza. Le tomé la tensión, le acomodé la almohada y, antes de salir, le acaricié el brazo con suavidad. Al abandonar la habitación, sentí un dolor punzante en el pecho. No era angustia, sino esa mezcla de miedo y deseo que anuncia que hay que dar un paso que todavía no se sabe cómo dar.

Caminé por el pasillo con el corazón desbocado, pero no me arrepentía de haber dicho su nombre en voz alta. Qué extraño, y a la vez inevitable, resultaba pronunciarlo con ese temblor íntimo que me revelaba

que nada entre nosotras era ya como antes. Quizás, en realidad, nunca lo había sido.

Y pensé que tal vez lo mejor sería empezar con algo sencillo. Una cita. Un lugar fuera de las paredes del hospital, donde poder mirarnos de frente sin la presión del trabajo, donde ella y yo fuéramos simplemente eso: dos mujeres encontrándose.

****

Después de un par de rondas más por las habitaciones, terminé sentándome a descansar en el banco de madera de los vestuarios. Sentí el peso del cansancio en los hombros, aunque la mente me ardía más que el cuerpo. Saqué el móvil por puro reflejo y, al desbloquearlo, vi su nombre iluminando la pantalla. Había un mensaje de Cristina. Solo una línea sencilla:

Cristina:

¿Cómo va el turno?

Sonreí al instante, con ese nudo en el estómago que siempre me provocaba verla o leerla. Tecleé rápido:

Yo:

Tranquilo. Aunque me faltan tus quejas constantes.

El doble check azul apareció de inmediato. Apenas unos segundos después, otra notificación:

Cristina:

Y a mí tus bromas absurdas.

Me mordí el labio, dudando. Y entonces, casi sin pensarlo demasiado, escribí lo que llevaba días rumiando en silencio:

Yo:

Deberíamos ir a cenar cuando estemos libres.

Ahí estaba. No era solo una frase, ni siquiera un plan inocente. Era pedirle esa cita, con todas sus letras. Mis dedos temblaban sobre la pantalla porque quise añadir algo más, algo que revelara de una vez lo que en

realidad quería decirle. Quise escribir un párrafo entero que derribara esa frontera ridícula entre nosotras, esa línea que intentábamos fingir que existía y que cada día se desdibujaba más. Sin embargo, en lugar de eso, me limité a enviarle una fotografía rápida del pasillo vacío del hospital, acompañada de un mensaje breve:

Yo:

Daría lo que fuera por poder hacerlo ahora mismo.

El corazón me latió con violencia mientras esperaba su respuesta. No tardó en llegar:

Cristina:

Yo también lo estoy deseando.

Y añadió un corazón rojo.

Apreté el móvil contra el pecho y, durante un instante, me permití cerrar los ojos y sentir que no estaba sola en esta locura. Regresé a mi puesto con una sonrisa amplia, de esas que se te escapan sin remedio, y me descubrí caminando más erguida, sintiéndome extrañamente valiente, como si por fin hubiera encontrado la voz que llevaba tanto tiempo buscando. Me sentía más yo que nunca.

A las cinco de la mañana, en la sala de enfermería, mientras revisaba un historial clínico con la luz blanca del fluorescente zumbando sobre mi cabeza, me sorprendí imaginando cómo sería contarle todo a Cristina en esa cena. Visualicé cada detalle: mirarla a los ojos, sin filtros ni disfraces, y dejar que supiera de una vez que podíamos ser algo más que esas amigas que se deseaban a escondidas. Que yo ya no quería medias tintas, ni juegos velados, ni silencios que nos pesaran después.

Porque lo que sentía cuando la observaba medio dormida en una guardia, cuando su brazo rozaba el mío en los pasillos, cuando me curaba con solo una palabra, no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Sí, era deseo, y un deseo voraz. Pero también era admiración, ternura, un amor que empezaba a crecer sin pedir permiso y que me llenaba de un hambre feroz por cuidarla, por protegerla, por entregarme.

Y quizá —me descubrí pensando con la mandíbula tensa— ese era precisamente el verdadero problema: que me sentía completamente desnuda frente a ella, aunque siguiera llevando el uniforme puesto. Que estaba desarmada, frágil, expuesta como nunca lo había estado. Y que, si Cristina

decidía dar un paso atrás, yo no sabría cómo recomponer la coraza que siempre había mantenido intacta.

Pero aun con todo, prefería arriesgarme a estrellarme contra la realidad antes que quedarme con la duda eterna de lo que podríamos haber sido. Porque, desde aquella noche en su cama, desde la manera en que me abrazó con todo su cuerpo y toda su entrega, yo ya no era capaz de mentirme. No podía fingir que aquello no había significado nada, ni convencerme de que me daba igual. No podía seguir huyendo.

Necesitaba dar un paso, torpe o certero, pero auténtico. Porque incluso con miedo, incluso con la incertidumbre quemándome por dentro, me sentía más viva cuando estaba cerca de ella que en cualquier otro lugar del mundo. Y, recordando las palabras de Manuela, supe que llevaba razón: a veces lo más verdadero era lo que más miedo daba, y precisamente por eso merecía la pena.

16

Cristina

Granada parecía aquella noche un escenario preparado para una función recién estrenada. La tormenta vespertina había barrido el calor sofocante del verano y dejado el aire limpio, con ese olor fresco y húmedo que se colaba entre las calles empedradas y levantaba un vaho leve sobre los adoquines. Siempre me habían fascinado las tormentas estivales, quizá por esa manera de devolverle al mundo una calma vibrante después del estruendo. Y más aún me encantaba disfrutarlas con algo nuevo, pero al mismo tiempo familiar, como si fuese un secreto recién revelado.

Natalia y yo caminábamos juntas sin ninguna prisa. Aun cuando nuestras manos todavía no se habían rozado, había en la forma en que me lanzaba miradas furtivas, de soslayo, algo que convertía cada paso en un gesto de intimidad; como si esa caminata nocturna fuese mucho más que un simple paseo.

No me había dicho a dónde íbamos. Guardaba ese misterio con una sonrisa contenida hasta que, de repente, se detuvo frente a una puerta de madera oscura con un letrero discreto iluminado por una lámpara cálida. Tardé apenas un segundo en reconocerlo: era mi restaurante favorito. El aroma a pan recién horneado escapaba de la cocina, el sonido de copas tintineando y voces bajas llenaba el aire, y las paredes de piedra parecían abrazar el lugar con complicidad.

Me giré hacia ella, sorprendida, casi incrédula.

—¿Cómo…? —pregunté, con una sonrisa que me nació sola.

—Tengo mis fuentes —respondió Natalia con esa media sonrisa que últimamente conseguía alterar más que mi pulso—. Y me debía esta invitación. Bueno, nos la debíamos.

Tenía razón, y lo cierto es que lo había estado deseando en silencio desde hacía días.

Entramos después de que me abriera la puerta con un gesto elegante y natural, casi instintivo. Y joder, pensé, estaba preciosa con aquel vestido color vino que resaltaba cada matiz de su piel. El calor del interior me

envolvió, mezclado con el aroma a hierbas, especias y madera. Nos guiaron hasta una mesa en un rincón recogido, cerca de una ventana desde la que podía verse la calle estrecha, todavía mojada, con algún paraguas cruzando de tanto en tanto. La luz de las velas bañaba su rostro con reflejos dorados, y me descubrí mirándola demasiado tiempo, hasta que aparté la vista a regañadientes.

Natalia dejó la carta a un lado sin apenas mirarla.

—Confío en que pidas por las dos —comentó, apoyando el codo en la mesa y sosteniéndome la mirada—. Al fin y al cabo, eres la experta aquí.

—¿Y si elijo algo que no te gusta? —repliqué con fingida seriedad.

—Cristina, contigo siempre termino descubriendo que me gustan cosas que antes habría jurado que no eran para mí. Lo sabes, ¿verdad?

Su voz era suave, pero cargada de un matiz que me encendió por dentro. No supe si hablaba solo de comida, y mi estómago reaccionó como si hubiese pasado una guardia entera sin probar bocado.

Pedimos vino tinto, pan con aceite de la casa y el cordero al horno que siempre me había parecido lo más parecido a una caricia convertida en plato. Mientras esperábamos, la conversación fluyó con la misma ligereza de siempre: fácil, cómoda, segura. Sin embargo, había algo distinto en el ritmo de nuestras palabras, en la cadencia de las risas. Tal vez porque aquella noche no llevábamos uniforme ni la presión del hospital nos pesaba sobre los hombros. Éramos solo dos mujeres mirándose a los ojos con la libertad de quien, por fin, se concede quedarse un poco más en esa mirada.

—Te veo diferente —me dijo de pronto, sin apartar la vista de mis ojos, mientras sus dedos se deslizaron hasta los míos sobre la mesa. No fue un roce accidental ni tímido: entrelazó mis dedos con los suyos con una naturalidad que me estremeció, como si nuestras manos hubiesen estado buscándose durante años.

—¿Diferente cómo? —pregunté en voz baja, temiendo un poco la respuesta.

—Más tranquila —explicó—. Como si por fin estuvieras en tu elemento.

Reconozco que me pilló por sorpresa, porque quizá tenía razón. Tal vez porque, por primera vez en mucho tiempo, no buscaba una salida de emergencia para escapar de algo que me hacía sentir demasiado… bien. Y eso, lo sabía de sobra, era un peligro.

El vino llegó, y con él una calidez que no tenía nada que ver con el alcohol. Natalia me escuchaba con una atención completa, casi reverente, hasta el punto de que en ocasiones me sorprendía olvidando lo que estaba contando. Sus preguntas no eran mera curiosidad superficial: eran una invitación a desnudarme de verdad, a mostrarle lo que había más allá de las guardias y los pasillos. Era su manera más sutil de decirme: "quiero conocerte fuera de nuestro trabajo, fuera de la amistad de siempre, quiero conocerte a ti." Y eso me asustaba tanto como me atraía.

—Siempre pensé que… —empecé, pero vacilé, dudando si abrir la compuerta.

—¿Qué? —insistió con suavidad, ladeando la cabeza.

—Que tú y yo éramos demasiado distintas. Que, en algún punto, tarde o temprano, no encajaríamos.

Se inclinó un poco hacia delante, apoyando el codo en la mesa, acercando su rostro al mío.

—¿Y ahora?

La luz de la vela se reflejaba en sus ojos color miel y en ese instante olvidé cualquier réplica ensayada.

—Ahora empiezo a pensar que quizá encajamos más de lo que imaginaba.

Sonrió. No como quien gana una apuesta, sino como quien recibe un regalo inesperado, algo valioso y delicado.

—Cristina… —pronunció mi nombre con una ternura que me desarmó—, no quiero que pienses que esto es una carrera de fondo ni un reto que debamos ganar. No tengo prisa por llegar a ningún sitio contigo. Lo que me gusta es el camino que estamos recorriendo, paso a paso, sin forzarlo. Me gustas tú. Y eso me basta.

Sus palabras eran suaves, casi un murmullo, pero se colaban con fuerza bajo la piel, como si llevaran escondida una verdad que no podía esquivar. Mientras hablaba, su pulgar dibujaba círculos lentos en el dorso de mi mano, un gesto en apariencia simple, pero cargado de intimidad, tan íntimo que tuve que contener la respiración para no delatar lo mucho que me estaba afectando.

La cena fue llegando en platos humeantes, fragantes, que apenas logro recordar en detalle porque, más allá de los sabores, lo único que permanece en mi memoria es la sensación de estar compartiéndolo con ella. Entre un bocado y otro, nuestras rodillas comenzaron a rozarse bajo la mesa, al

principio con la excusa de la casualidad, pero luego sin intención de separarse. En cierto momento, su mano libre buscó mi muslo y lo acarició con una presión ligera, apenas perceptible y, sin embargo, suficiente para encender cada fibra de mi cuerpo. No hizo falta que dijera una palabra: su mirada transmitía todo lo que yo necesitaba escuchar. Igual que mi piel, que se erizó de inmediato, rendida al contacto.

La conversación continuó, fluida, natural. Hablamos de cosas pequeñas, nimiedades que se colaban entre risas fáciles, y también de asuntos que pesaban más: de los miedos que habría callado ante cualquiera, pero que con ella surgían con la naturalidad de quien lleva tiempo esperando al oyente correcto. Le confesé recuerdos de guardias interminables que me habían destrozado y ella me habló de otras que, contra todo pronóstico, la habían sostenido. Cada historia compartida se convertía en un hilo más que tejía un puente invisible entre las dos. Y en ese puente, poco a poco, los huecos se iban llenando.

Cuando trajeron el postre —un pastel de chocolate que pedí más como excusa que por hambre real—, Natalia tomó la cuchara y, sin darme opción, me la acercó. Fue un gesto infantil y seductor al mismo tiempo. Durante ese instante, el mundo entero se redujo a la forma de sus dedos alargados ofreciéndome el dulce, al modo en que sus ojos me aguardaban, pacientes, como si lo importante no fuera que probara el pastel sino que aceptara de ella ese cuidado. Lo hice, mordí despacio, y cuando aún tenía la cuchara frente a los labios, Natalia se inclinó y los rozó con los suyos.

El beso fue breve, apenas un roce, un susurro de lo que podría llegar a ser, pero bastó para tensarme de arriba abajo, como si la anticipación me recorriera con un escalofrío delicioso.

—Creo que esto no estaba en el menú —bromeé, intentando disimular el temblor de mi voz.

—Pues habrá que añadirlo como plato habitual, ¿no crees? —contestó con picardía, inclinándose lo justo para que la tentación de otro beso quedara flotando, suspendida, colgando entre nosotras como una promesa.

Cuando salimos del restaurante, el aire fresco de la noche me golpeó la cara, pero no sentí frío. Aún llevaba conmigo el calor de su mano enlazada con la mía, como si ese simple gesto fuese suficiente para protegerme de cualquier cosa. Caminamos sin prisa por las calles estrechas, dejando que la ciudad nos envolviera con su mezcla de silencio húmedo y murmullos lejanos de algún bar que aún resistía abierto. No hablábamos y,

sin embargo, lo que vibraba entre nosotras era más elocuente que cualquier frase. La tensión era como una corriente subterránea, invisible, pero imparable, empujándonos hacia un destino inevitable.

Giramos por una calle todavía más angosta, flanqueada por muros antiguos, gastados por la historia, como si hubieran sido testigos de demasiadas pasiones semejantes a la nuestra. Fue allí donde Natalia me atrajo suavemente hacia sí, lo justo para obligarme a chocar contra una de esas paredes de piedra fría. El golpe fue leve, pero bastó para que mi corazón se desbocara dentro del pecho. Ella me sujetó por la cintura, apretándome contra su cuerpo. Podía sentir su respiración cálida rozando mi boca. No me besó al instante; me retuvo así, mirándome como si quisiera memorizarme entera, como si tratara de grabar mi rostro en su memoria antes de lanzarse.

—Llevas toda la noche mirándome así —susurró con una voz ronca que se me clavó en la piel. Y antes de que yo pudiera responder o negarlo, sus labios se posaron en los míos.

Cuando nos separamos, el aire frío volvió a colarse entre nosotras, y no me gustó. No estaba dispuesta a cederle ese espacio. Así que fui yo quien la empujó contra la pared de enfrente, con una firmeza inesperada en mí. Natalia soltó una risa breve, ahogada, antes de volver a besarme, esta vez con urgencia. Sus labios buscaron los míos con hambre, su lengua acarició la mía en un vaivén desesperado, como si supiéramos que se nos acababa el tiempo.

Mis manos recorrieron su espalda, sintiendo la tensión de sus músculos bajo la tela, la manera en que su cuerpo se arqueaba hacia el mío con una entrega absoluta. Cada roce era un choque eléctrico que nos desbordaba.

Avanzamos a trompicones por el callejón, entre besos y caricias robadas, respiraciones entrecortadas que se mezclaban con el silencio de la noche. En un rincón oscuro volvió a acorralarme, y sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando suavemente hacia atrás para besarme más hondo, más intenso, como si quisiera borrar cualquier otro recuerdo que pudiera habitar en mis labios. Y yo le respondí con la misma urgencia, sin importarme si alguien podía vernos, sin miedo a nada más que al instante en que tuviéramos que separarnos.

Una farola parpadeó sobre nuestras cabezas, devolviéndonos apenas un chispazo de cordura. Ese destello bastó para hacernos conscientes de lo

rápido que latíamos por la otra, de lo cerca que estábamos de cruzar una frontera irreversible en mitad de la calle. Nos miramos, con la respiración entrecortada, las mejillas encendidas, los labios húmedos, y comprendí que, si no me apartaba entonces, si no ponía freno en ese preciso instante, no llegaríamos a ninguna otra parte esa noche.

Aunque, en el fondo, yo ya sabía perfectamente dónde quería llegar.

17

Natalia

El portal se cerró tras nosotras con un golpe hueco que reverberó en la penumbra del edificio. Subimos las escaleras sin cruzar palabra, como si cada peldaño marcara un compás inevitable hacia lo que ambas sabíamos que estaba a punto de suceder. No había urgencia, pero tampoco se quedó en nada; un equilibrio extraño entre la calma contenida y un vértigo anticipado. Sentía su presencia detrás de mí, tan próxima que podía imaginar sus manos ceñirse a mi cintura incluso antes de que realmente me rozara.

Al abrir la puerta de mi piso, el calor acogedor del interior nos envolvió de inmediato. Cerré despacio, sin apartar la vista de ella. Cristina permaneció en el umbral, con ese ademán suyo de fingida serenidad que jamás lograba ocultar del todo, pues sus ojos la traicionaban con una verdad distinta. Colgó el bolso en silencio. Yo dejé el mío en el suelo, y en ese instante la distancia que todavía nos separaba se volvió insoportable.

Me acerqué con lentitud, hasta que la pared detuvo su retroceso. Mis manos buscaron sus brazos, recorriéndolos en una caricia ascendente, como si pretendiera grabar aquel trayecto en la memoria de mis dedos. Ella sostuvo mi mirada, aunque su respiración ya había cambiado de ritmo. La sentí estremecerse, apenas un instante, cuando incliné la cabeza y mis labios rozaron los suyos con una tímida primera aproximación.

La besé de verdad entonces, sin lugar a dudas ni equívocos. Su boca respondió a la mía con una entrega que me incendió por dentro. Mis manos se deslizaron hacia su cintura, atrayéndola con firmeza, y ella reaccionó aferrándose a mi nuca, profundizando el beso hasta que nos faltó el aire.

—Natalia… —susurró contra mi boca con un tono quebrado, entre súplica y rendición, que desató cada uno de mis sentidos.

Mis labios descendieron por su mandíbula en busca de la calidez de su cuello. Lo besé allí, en ese punto exacto donde siempre se le escapaba un suspiro, y la sentí rendirse poco a poco, apoyando más su peso contra la pared, como si sus piernas ya no pudieran sostenerla. Una de mis manos se

deslizó por su costado, alcanzando el borde de su blusa, colándose bajo la tela hasta encontrar el calor desnudo de su piel.

—Dime que me deseas —le murmuré contra el cuello.

—Lo quiero todo… —respondió sin vacilar, y la forma en que lo pronunció me encendió todavía más.

Mis dedos buscaron el final de su vestido mientras acariciaban sus muslos, demorándome en el gesto, disfrutando de la expectación. Ella me observaba con la respiración entrecortada y no apartó la vista ni cuando le deslicé la prenda por los brazos hasta dejarla caer al suelo. Entonces me arrodillé frente a ella, sin romper aquel contacto visual que nos mantenía unidas.

Desde esa posición, la vi morderse el labio inferior, intentando contenerse sin lograrlo. Mis manos recorrieron sus caderas y descendieron, despojándola de su ropa interior hasta dejarla expuesta ante mí. El calor de su piel me envolvió incluso antes de tocarla.

Me incliné y deposité un primer beso en el interior de su muslo, suave, apenas insinuado, antes de atreverme a probarla, sintiendo cómo su respiración se cortaba y sus dedos se enredaban en mi cabello. No tenía prisa; deseaba que cada segundo fuese una ascensión lenta, que comprendiera que estaba rendida a mi voluntad.

—Dios… —susurró, y la manera en que su voz se quebró me impulsó a presionar con más fuerza la lengua contra ella, adentrándome en su humedad.

Cristina apoyó la cabeza contra la pared, los ojos cerrados, dejándose arrastrar. La sujeté por los muslos, manteniéndolos abiertos para mí, y continué lamiendo cada rincón, escuchando sus gemidos intensificarse con cada movimiento. Su cuerpo reaccionaba sin reservas: temblaba contra mis manos y me buscaba con un vaivén cada vez más urgente.

Al alzar la mirada un instante, la contemplé mordiéndose de nuevo el labio, con el rostro enrojecido y el pecho agitado en un vaivén frenético. Esa mezcla de vulnerabilidad y fuerza me impulsó a llevarla aún más lejos. Introduje dos dedos en su interior, despacio, sin abandonar el juego de mi boca, y su reacción fue inmediata: un jadeo desgarrado, las manos tirando con fuerza de mi cabello, sus caderas buscándome con ansia.

—No pares… —me rogó, y yo obedecí sin dudar. La conduje hasta el borde del abismo, sosteniéndola allí, jugando con su respiración, percibiendo cómo cada músculo de su cuerpo se tensaba bajo mis caricias.

Cuando al fin la dejé ir, fue como liberar un torrente contenido. Su gemido se estrelló contra la pared, y su cuerpo entero tembló mientras el orgasmo la sacudía. No detuve mi entrega de inmediato, prolongando su placer hasta que sus manos descendieron a mi rostro, suplicándome con ternura que me incorporase.

Me incorporé con lentitud y ella me besó de inmediato, sin darle la menor importancia al sabor que aún conservaba mi boca. Me sostuvo el rostro entre las manos y me devoró los labios con un ímpetu que parecía mezcla de gratitud y de exigencia, como si en aquel beso quisiera agradecerme lo que acababa de darle y, al mismo tiempo, reclamarme mucho más. Permanecimos así, pegadas contra la pared, respirando la una en la otra, compartiendo el aire, como si nada que estuviera fuera de ese instante pudiera alcanzarnos ni romper la burbuja que habíamos creado.

—Quiero más —susurró al fin, con una firmeza envuelta en suavidad que no dejaba espacio para la duda, como si supiera de antemano que no existía posibilidad alguna de negarle nada.

La tomé de la mano y la conduje hacia mi habitación, notando cómo caminaba detrás de mí sin soltarme, y cómo su otra mano, traviesa e impaciente, se deslizaba por mi espalda, subiendo despacio por la tela de mi vestido hasta que sus dedos alcanzaron la piel desnuda de mi nuca. Aquel roce me hizo estremecer de manera casi involuntaria, un escalofrío dulce que me recorrió la columna.

Cerré la puerta con el pie, pero antes de que pudiera dar un paso más, Cristina me empujó con decisión contenida contra la madera y me besó con un hambre renovada. Sus labios tenían ahora algo distinto: la urgencia palpable de quien ya no quiere ni puede esperar más, la falta de contención de quien se entrega sin reservas. Sus manos descendieron por mi cuerpo con avidez, explorándome como si quisiera borrar cualquier rastro de distancia que aún pudiera separarnos.

—Te quiero desnuda —murmuró contra mi boca, y no hizo falta que repitiera la petición porque yo ya estaba dispuesta a obedecerla.

Me ayudó a deshacerme del vestido, y sus dedos encontraron el broche de mi sujetador con una facilidad que me arrancó una sonrisa entre jadeos. Cuando la prenda cayó al suelo, sus manos recorrieron mi piel desnuda con la fascinación de quien descubre un territorio por primera vez, aunque lo conociera de memoria. Me besó el cuello, descendiendo por mi clavícula hasta cerrar la boca en torno a uno de mis pechos. Un gemido se

me escapó sin que pudiera contenerlo, y sentí su sonrisa dibujarse contra mi piel, como si celebrara haberme arrancado ese sonido.

—Joder… —musité entre suspiros, sin poder evitarlo, y ella lo entendió como un estímulo para redoblar la intensidad de sus caricias.

Avanzamos a tientas hasta la cama, tropezando con el borde y dejándonos caer entre risas entrecortadas y jadeos sobre las sábanas. Ella quedó encima de mí, apoyada en un brazo mientras con la otra mano se deshacía de lo poco que aún llevaba. Yo la contemplé sin pudor, recorriendo con la mirada cada línea de su cuerpo, dejando que ese calor antiguo que siempre me había provocado desde el primer día ardiera ahora con toda su fuerza, sin las murallas que en el pasado nos contenían.

Me incliné hacia ella y me giré hasta quedar arriba, atrapando sus labios en un beso profundo, cargado de deseo. Mis manos se deslizaron por sus caderas y bajaron hasta el interior de sus muslos, donde la sentí estremecerse una vez más. Incliné la cabeza y besé su estómago, dejando un rastro húmedo hasta llegar al lugar donde más me necesitaba. Ella abrió las piernas sin que yo tuviera que pedírselo, entregada, y mis dedos encontraron su humedad con un movimiento pausado, paciente, diseñado para prolongar el momento hasta que no pudiera más. Su espalda se arqueó bajo mí en una respuesta instintiva que me hizo sonreír.

Su respiración se volvió irregular, los dedos se enredaron con fuerza en mi cabello y sus caderas se movieron contra mi mano, guiándome, suplicando más con un lenguaje mudo pero imposible de ignorar. No había espacio para nada más que el sonido de su placer, esa mezcla de jadeos y susurros entrecortados que me atravesaban de parte a parte.

La llevé de nuevo hasta el límite, sintiendo cómo cada músculo de su cuerpo se tensaba bajo mis caricias, y cuando alcanzó el clímax lo hizo con un grito ahogado que resonó en mi piel, apretando mis dedos con tal intensidad que tuve la sensación de que se aferraba a mí como a un último ancla antes de dejarse arrastrar por completo.

Me incorporé despacio y me dejé caer a su lado, todavía con el pulso acelerado. Ella me miró en silencio, y en esa mirada estaba contenida toda la confesión de lo que vendría después.

—No quiero que esta noche acabe —musitó con un hilo de voz que, sin embargo, llevaba la fuerza de una promesa.

Me mordí el labio inferior, prolongando la tensión, y la observé unos segundos antes de responder con una media sonrisa.

—Entonces no la acabemos todavía.

18

Cristina

La guardia transcurría inusualmente tranquila. Demasiado tranquila para tratarse de un viernes por la noche en el hospital, cuando lo habitual era que el caos se instalara en cada rincón. Afuera, la lluvia golpeaba contra los ventanales con un ritmo irregular, como si incluso el cielo se hubiera cansado de mantener la cadencia perfecta de un aguacero constante. Era extraño, como si aquel final de verano quisiera desafiar a todos, contradiciendo las expectativas de calma o de tormenta.

Caminaba por el pasillo repasando en mi cabeza los informes que tenía pendientes, pero, como ocurría cada vez más a menudo en los últimos días, mis pensamientos se desviaban sin remedio hacia Natalia. Desde aquella noche en su casa, la noche en la que no hubo dudas ni vías de escape, algo se había instalado en mí. Un sentimiento que no se conformaba con estar en la superficie, sino que avanzaba lentamente, abriéndose paso como una raíz bajo la piel. Entre nosotras había nacido una complicidad extraña, cálida y envolvente, que se extendía como una sombra protectora. Sin embargo, cuanto más me permitía disfrutarla, más aparecía ese viejo miedo que tantas veces había saboteado mis intentos de ser feliz: la certeza de que yo nunca había sabido —ni querido aprender— a comprometerme más allá del instante.

Al entrar en la sala de descanso, la vi sentada con una taza de café entre las manos, el pelo recogido de cualquier manera, como si apenas le importara, y aun así desprendía una belleza desarmante. Me miró al entrar y sus labios se curvaron en esa sonrisa pequeña que nunca regala a nadie más.

—Parece que estás pensando demasiado —observó con un tono que rozaba la complicidad.

—Es mi especialidad —repliqué, dejándome caer en el sofá frente a ella con un gesto exagerado que la hizo sonreír más.

Me tendió su taza ofreciéndome un sorbo, y acepté solo por sentir el calor de sus dedos cuando me la pasó. Hubo un silencio breve, de esos que no incomodan para nada, un silencio que más que vacío se siente como

refugio. Estaba a punto de acomodarme cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Clara, la residente de trauma con la que había tenido algún que otro coqueteo ligero semanas atrás.

—Cristina —me llamó desde la puerta, apoyándose en el marco con aire despreocupado, aunque en su expresión se adivinaba cierta intención calculada—. ¿Tienes planes mañana?

—Depende de lo que entiendas por planes —contesté, procurando que mi voz sonara neutral, aunque sabía que Natalia estaba escuchando cada matiz.

—Pensaba salir con unos amigos. Música, copas… nada serio. Te lo digo por si te apetece —añadió, arqueando una ceja y regalándome esa media sonrisa suya que, en otro momento, habría considerado tentadora.

Sentí la mirada de Natalia clavada en mí, no fría, pero sí atenta, como si estuviera analizando no solo mis palabras, sino la forma en que las pronunciaba.

—Lo pensaré —respondí, sin comprometerme.

Clara asintió y, antes de marcharse, me lanzó un guiño fugaz que añadía más leña a un fuego que yo no había provocado esta vez. Cuando la puerta se cerró, volví a mirar a Natalia. Ella bebía su café con calma aparente, aunque el silencio que se instaló ya no era el mismo de antes.

—¿Es amiga tuya? —preguntó con un tono que intentaba sonar casual, pero en el que se adivinaba algo más.

—Compañera de guardias. A veces salimos en grupo —expliqué, bajando la mirada hacia mis manos como si en ellas encontrara la respuesta.

—Ya —replicó, sin añadir nada más.

No supe si justificarme, dar más explicaciones o dejar que el tema se evaporara por sí solo. Opté por lo último, lo cual, por supuesto, solo alimentó el remolino de pensamientos que no tardó en dar vueltas dentro de mi cabeza. ¿Qué estábamos haciendo Natalia y yo? Sí, habíamos cruzado la línea de la amistad con un salto que aún podía sentir grabado en la piel, pero no habíamos hablado de lo que significaba, ni de lo que vendría después. Y quizá lo que más me aterraba no era la respuesta, sino tener que enfrentar la pregunta.

****

Esa misma noche, mientras revisaba a un paciente que estaba estable en uno de los boxes, escuché su risa a lo lejos. Ese sonido era inconfundible, reconocible entre cien, y bastó para que levantara la cabeza y me asomara. La vi de espaldas, charlando con una auxiliar, y la luz blanca resaltaba el tono dorado de su piel, como si incluso la frialdad de los fluorescentes se rindiera ante ella. Me pregunté cómo podía ser posible sentir algo tan intenso por alguien y, a la vez, tener tanto miedo de dejarme llevar.

A veces creía que lo nuestro estaba condenado a ser solo eso: un juego de miradas que se prolongaban más de lo normal, de roces que parecían accidentales y de sonrisas robadas en pasillos vacíos. Demasiado bueno para durar, demasiado frágil para resistir el peso de algo más sólido. Y, sin embargo, bastaba recordar la manera en que me había tocado aquella noche, la calma que vino después, el calor de su mano entrelazada con la mía en la oscuridad, para comprender que ya no se trataba de un juego.

Esa idea me acompañó toda la noche.

Cuando dieron las tres de la madrugada, con el hospital sumido en ese silencio peculiar de la media guardia, me la encontré de nuevo en el pasillo. Estaba revisando un carro de medicación, pero al verme dejó lo que hacía y me miró directamente.

—¿Vas a ir mañana con Clara? —preguntó sin rodeos, con la valentía de quien no soporta medias verdades.

—No lo sé. ¿Te molesta? —quise tantear su reacción, midiendo la frialdad o el calor de su respuesta.

Me sostuvo la mirada un segundo más de lo habitual antes de hablar.

—No me molesta. Solo… no me gustaría que esto que tenemos se diluyera por no saber lo que queremos.

Aquellas palabras me atravesaron como una verdad que quería esquivar. No era lo que dijo, sino la sinceridad con la que lo expresó lo que me dejó sin defensas.

—Natalia, yo… —balbuceé, pero las palabras se evaporaron antes de llegar a formarse. No podía prometerle algo que no sabía si era capaz de cumplir.

Ella asintió despacio, como si entendiera incluso lo que yo no me atrevía a decir, y dio un paso hacia mí. Su proximidad borró de golpe la conversación, el hospital y cualquier otro plan pendiente.

—No hace falta que te decidas ahora —susurró—. Pero no te olvides de que estoy aquí.

Su mano rozó la mía apenas un instante antes de apartarse, y el resto de la guardia se deslizó entre tareas rutinarias mientras mi mente repetía una y otra vez esa frase: “no te olvides de que estoy aquí”. Comprendí entonces que siempre había sido yo la que se marchaba, la que se alejaba de todo y de todos, y que, tal vez, por primera vez, no quería hacerlo.

Cuando salimos del hospital, la lluvia ya había cesado, pero el suelo seguía brillando bajo las farolas, como si el asfalto aún guardara la memoria del aguacero. Natalia caminaba a mi lado, en silencio, con las manos en los bolsillos, y cuando llegamos al cruce en el que normalmente nos separábamos, me detuve.

—Oye… —la llamé, y cuando se giró hacia mí descubrí que me costaba más de lo esperado mantener la voz firme—. Mañana, si quieres, podemos hacer algo. Tú y yo.

Su sonrisa se desplegó despacio, como si quisiera saborear el momento sin regalarlo de golpe.

—Claro que sí, me encantaría.

Nos quedamos unos segundos más mirándonos, suspendidas en ese pequeño paréntesis de madrugada, antes de despedirnos. Y mientras la observaba alejarse, comprendí que la invitación de Clara no tenía ya la menor importancia. El verdadero riesgo no estaba en salir con alguien nuevo, sino en quedarme allí, donde siempre me había aterrorizado permanecer.

Y quizá, esta vez, merecía la pena correr ese riesgo.

19

Natalia

La puerta automática del hospital se cerró a nuestra espalda con ese susurro metálico que siempre marcaba el final de otra guardia extenuante. La noche nos recibió con un aire frío y húmedo que me despejó más que el café de última hora, y agradecí ese golpe de frescor en la piel. Cristina caminaba a mi lado con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, los hombros ligeramente encogidos y el cabello todavía húmedo por la ducha rápida que nos habíamos dado antes de salir. Su rostro mostraba una expresión concentrada, como si repasara mentalmente algo.

Habíamos quedado en un bar pequeño, a unos quince minutos andando. Ella lo había propuesto con un "es tranquilo, te va a gustar" que sonaba más a promesa que a simple recomendación. Durante el trayecto no hablamos mucho; las palabras parecían innecesarias después de todo lo que ya nos habíamos dicho sin abrir la boca durante la guardia: miradas largas, roces casi imperceptibles y esa tensión sutil que se mantenía entre nosotras como un hilo invisible imposible de romper.

En una esquina, bajo la luz amarillenta de una farola, Cristina giró la cabeza y me miró con calma.

—Te noto pensativa —comentó en un tono suave, casi curioso.

—Es culpa tuya —respondí sin pensarlo demasiado, y sonreí al ver cómo fruncía apenas el ceño—. Me cuesta desconectar después de una guardia contigo.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó, con un matiz peligroso en la voz, como si quisiera empujarme a decir algo de lo que luego ya no pudiera retractarme.

—Bueno… —dejé que la palabra se estirara un poco, como si así ganara tiempo—. Aunque a veces me deja con la cabeza demasiado llena de otras cosas.

No contestó, pero dio un paso más cerca, como si su silencio fuera también una respuesta.

El bar estaba medio vacío, con mesas de madera gastada y lámparas bajas que creaban pequeños refugios de luz. El camarero nos reconoció al instante, saludó con familiaridad a Cristina y nos condujo hasta una mesa en el rincón, apartada del resto. Las cervezas llegaron rápido, acompañadas de una tapa que apenas probé porque mi atención estaba volcada en la manera en que ella cruzaba las piernas y apoyaba el codo sobre la mesa, sosteniendo la barbilla con la mano mientras me observaba.

—Hacía tiempo que no alargaba el día después de una guardia —comentó mientras jugueteaba con el vaso—. Normalmente me voy directa a casa.

—¿Y qué ha cambiado hoy? —pregunté, aunque sabía perfectamente la respuesta que deseaba escuchar.

Ella ladeó la cabeza, con esa media sonrisa suya que parecía diseñada para provocarme en todos los sentidos.

—Tú.

El calor me subió desde el estómago, obligándome a refugiarme en un trago de cerveza para disimular, aunque el sabor se mezcló con la electricidad que me recorría el cuerpo. Intenté reconducir la conversación hacia temas más triviales: un paciente que había hecho reír a medio equipo, el desastre perpetuo de la máquina de café, alguna anécdota de nuestras primeras guardias. Pero lo cierto es que llevaba tiempo guardándome algo, y ese rincón con luz tenue y su mirada fija en mí me pareció el lugar perfecto para atreverme a decirlo.

—¿Te has planteado alguna vez… cómo sería todo esto si estuviéramos juntas fuera del hospital? —pregunté despacio, como si temiera que las palabras se quebraran a mitad de camino.

Cristina arqueó una ceja.

—Define “todo esto”.

—Nosotras —respondí, y esa palabra salió con una firmeza que me sorprendió incluso a mí—. No solo vernos en guardias o en escapadas improvisadas. Hablo de cosas simples: cocinar juntas, planear un viaje, tener algo que no dependa del turno que toque esa semana.

Se recostó en la silla y su expresión cambió, tornándose más seria, como si aquella idea le pesara. Ya era la segunda vez que dejaba caer algo parecido en poco tiempo.

—Natalia… —empezó, pero levanté una mano pidiéndole que me dejara terminar.

—No es que quiera ponerle un título a lo nuestro mañana mismo —añadí rápido, enredándome en mis propias aclaraciones—. Solo… me gusta pensar en esas cosas. Y me gusta más pensarlas contigo dentro de esos planes.

No apartó la mirada, pero la ternura que antes había en sus ojos se apagó.

—No quiero que te hagas expectativas que no sé si puedo cumplir. Ya te lo advertí.

Un nudo se me instaló en la garganta, aunque intenté dibujar una sonrisa ligera.

—No son expectativas, Cris. Es simplemente compartir lo que me ronda por la cabeza.

—Ya. Pero compartirlo significa que esperas una respuesta, y yo… todavía no sé cuál puedo darte. Se suponía que solo… bueno, que nos íbamos a divertir. Nada más.

Lo dijo con calma, pero había en sus palabras una distancia fría que me atravesó. Traté de reconducir la charla hacia otra cosa, aunque ya era tarde: todo estaba manchado por lo que acababa de confesar. En un momento dado miró la hora en su reloj, con un gesto torpe, casi forzado.

—Tengo que irme —anunció—. Acabo de recordar que quedé para hacer una llamada.

No la creí, pero no dije nada. Pagó su parte con rapidez, se levantó y me dedicó una sonrisa breve antes de marcharse, dejándome sola, con el calor de la cerveza todavía en la garganta y un vacío extraño apretándome el pecho.

Me quedé un rato en la mesa, intentando ordenar las sensaciones que bullían en mí. No era solo decepción; era también frustración, porque sentía que cada vez que me acercaba un paso más allá de nuestra amistad, Cristina levantaba un muro, aunque lo disfrazara de gesto amable. Y aun así sabía que, si en ese momento volvía y me pedía quedarnos un rato más, no lo dudaría ni un segundo.

Cuando salí del bar, el frío de la noche me golpeó de lleno y agradecí que me despejara. Caminé despacio, repasando mentalmente cada palabra, cada gesto, buscando algún indicio de que hubiera malinterpretado lo ocurrido. No lo encontré. Lo que sí encontré fue la certeza de que, por mucho que nos hubiéramos acercado, todavía no bastaba para que ella quisiera algo más… al menos, no ahora.

Y lo peor era admitir que, pese a la incomodidad y a ese “hasta aquí” implícito, yo no iba a ser capaz de alejarme. Porque con Cristina, incluso los silencios injustos me parecían mejores que la ausencia.

A dos calles de casa, el móvil vibró en el bolsillo. Era Julián. Contesté casi sin pensar.

—¿Vas a tardar mucho? —preguntó con ese tono distraído que solía usar cuando estaba en la cocina o mirando el televisor.

—Diez minutos, más o menos —respondí, encogiéndome dentro del abrigo.

—Estaba pensando en hacer pasta. ¿Quieres que te guarde?

—Haz lo que quieras —murmuré sin energía—. No sé si me apetece comer.

Hubo un silencio breve.

—¿Ha pasado algo en el hospital? Tienes la voz rara.

No era sencillo explicarle que lo que me había dejado así no era una urgencia médica, sino una conversación que había abierto un hueco enorme en el pecho. Dudé antes de responder.

—He salido a tomar algo con Cristina.

—Ah… —esa pausa se prolongó demasiado.

—Sí.

Escuché de fondo el golpe de un cuchillo contra la tabla de cortar.

—¿Y qué tal? ¿Habéis aclarado algo?

—Sí, ha ido bien —mentí con una rapidez que me sorprendió—. Estoy cansada, solo quiero llegar a casa y meterme en la cama.

Julián no dijo nada más y yo tampoco. Al poco rato, colgamos.

Seguí caminando hasta el portal y me quedé quieta unos segundos antes de abrir. Respiré hondo, como si necesitara recomponerme antes de entrar y enfrentarme a la normalidad, esa rutina que parecía tan distante después de haber estado frente a Cristina, con sus palabras levantando un muro invisible y su mirada evitando la mía como si no quisiera dejarme entrar.

20

Cristina

El café de la máquina estaba tan malo como siempre, pero aquella mañana me resultó todavía más insoportable, quizá porque llevaba toda la noche sin dormir bien, atrapada en una maraña de pensamientos que se negaban a ordenarse. El turno había sido sorprendentemente tranquilo, lo suficiente como para que la mente dispusiera de demasiado tiempo libre, y en mi caso eso nunca era buena señal.

Me encontraba en la sala de descanso, revisando unos informes en la tablet, cuando escuché unos pasos que reconocí de inmediato. Sabía distinguirlos incluso en medio del murmullo de pasillos repletos de gente, y esa certeza me incomodó; no por Natalia en sí, sino porque me recordaba hasta qué punto me había acostumbrado a estar pendiente de ella.

—¿Puedo? —preguntó, asomándose a la puerta.

Asentí sin levantar la vista, aunque la escuché entrar: dejó su chaqueta sobre una silla, se sirvió un café en uno de esos vasos de cartón que siempre parecían al borde de deshacerse, y finalmente se sentó frente a mí.

—Tenemos diez minutos antes de que vuelva a sonar el busca —comentó, y en su voz noté algo distinto. No estaba el tono burlón que solía usar, ni el cansancio resignado que también le conocía; era otra cosa, más contenida, más seria.

—¿Diez minutos para qué? —pregunté, deslizando con el dedo el último informe antes de bloquear la pantalla.

—Para decirte algo que ya no me puedo guardar más.

No respondí. No porque no quisiera, sino porque el peso de sus palabras me dejó inmóvil, como si de pronto necesitara que alguien renovara el aire de la sala para poder seguir respirando.

—No quiero que lo escuches como una presión, ni como un intento de cambiar lo que tenemos, porque sé lo que hay —continuó, girando el vaso entre las manos con una calma tensa—. Pero necesito que lo sepas.

Tragué saliva. No era fácil ponerme nerviosa, pero la manera en que me miraba, tan fija, tan directa, me desarmó por completo y me dejó sin

excusa para apartar los ojos.

—Te escucho —dije al fin, obligándome a mantener la calma.

—Llevo más de un año enamorada de ti.

No supe qué expresión puse, pero sentí cómo algo dentro de mí se tensaba, como una cuerda demasiado estirada a punto de romperse. Natalia siguió hablando, decidida a no dejar espacio a mi silencio.

—Cuando aceptamos eso de "amigas con derechos", creí que podría conformarme, que bastaría con vivir con la idea de que no sería nada más. Y durante un tiempo logré convencerme de ello. Pero cada vez que estamos juntas… cada vez que te veo entrar en una sala, cada vez que escucho tu risa, me doy cuenta de que para mí nunca ha sido un juego. Nunca lo fue.

Sus palabras flotaron entre nosotras, pesadas, densas, y yo no fui capaz de articular una sola respuesta.

—Sé que no lo ves igual, o que no estás en el mismo punto —añadió con serenidad—. Y lo entiendo. Solo quería que lo supieras. Que si alguna vez te preguntas qué significa esto para mí, la respuesta no es un "ya veremos". Es un "quiero estar contigo", sin letra pequeña.

Un cosquilleo frío me recorrió la nuca. Me acomodé en la silla más por necesidad de tiempo que por comodidad real. No estaba preparada para escuchar aquello, y mucho menos en medio de una mañana cualquiera de hospital, con el olor a café quemado impregnando la sala y la certeza de que en cualquier momento alguien podría interrumpirnos.

La miré. Natalia sostenía el vaso entre sus manos como si fuera lo único que la anclaba en ese instante. En su expresión no había nerviosismo, pero sí una vulnerabilidad inusual, como si abrirse de esa manera hubiera sido una decisión trabajada durante días, semanas, quizá meses.

Abrí la boca, pero las palabras se negaron a salir. Mi mente intentaba procesar dos realidades al mismo tiempo: por un lado, lo que acababa de escuchar; por otro, todos los momentos pasados que, de pronto, adquirían un significado distinto bajo la luz de aquella confesión.

Podría haberle dicho que me pillaba desprevenida, que necesitaba tiempo. Podría haber sonreído para restarle dramatismo a la escena. Pero lo único que hice fue levantarme.

—Cristina… —pronunció, como si quisiera detenerme.

No me giré. Fui hasta la cafetera, tiré mi vaso vacío, recogí la chaqueta del respaldo de la silla y me la eché al hombro. El corazón me

golpeaba con fuerza, pero no era capaz de decidir si aquello era miedo, sorpresa o algo completamente diferente.

—Tengo que ir a ver a un paciente —mentí.

Ella no insistió. Tal vez porque comprendió que en ese momento no había respuesta posible que pudiera darle, o tal vez porque supo que cualquier palabra más solo serviría para hundirme aún más en mi propia confusión.

Salí de la sala y el pasillo me pareció interminable. El eco de mis pasos, el timbre de una habitación al fondo, las voces apagadas de los compañeros… todo sonaba distante, como si caminara bajo el agua.

Me apoyé unos segundos en la pared junto a los ascensores, intentando recuperar el pulso normal. No lo conseguí. Lo único que logré fue revivir la forma en que me había mirado al confesarlo: sin adornos, sin medias tintas, con una claridad que me resultaba insoportable.

—Cristina, ¿puedes venir un momento? —la voz de Lucía me sacó de golpe de aquel estado. Apareció al final del pasillo con la bata desabrochada y esa urgencia controlada que solo se aprendía tras demasiadas guardias.

Respiré hondo y avancé hacia ella, agradecida —y al mismo tiempo irritada— por tener algo concreto en lo que centrarme.

—¿Qué pasa?

—Tenemos un ingreso complicado en la 312. Un chico joven, politrauma. El nuevo está un poco verde y… —me miró de arriba abajo—. Y tú pareces necesitar distraerte.

No respondí a la última parte, pero ella sonrió igualmente, convencida de haber acertado. Caminamos juntas por el pasillo y me aferré al sonido rápido de nuestros pasos, al olor a antiséptico, a la rutina que, aunque agotadora, me devolvía un papel claro: el de la enfermera que sabía qué hacer, que no dudaba, que tenía el control.

Sin embargo, incluso mientras ajustaba la mascarilla y escuchaba el informe atropellado de mi compañero, una parte de mí seguía anclada en aquella sala de descanso, frente a Natalia, con su voz resonando en mi cabeza como si acabara de pronunciarlo.

Durante el resto del turno la evité sin que pareciera evidente. Ella tampoco intentó acercarse. Hubo momentos en los que coincidimos en la misma sala, intercambiamos un par de frases rutinarias sobre medicación o revisiones, y nada más. Pero era imposible fingir que todo seguía igual. Esa

línea invisible que siempre habíamos preferido no ver ahora estaba grabada a fuego entre nosotras.

Cuando salí del hospital esa tarde, el aire frío me despejó un poco, aunque no lo suficiente. Caminé despacio hacia casa, repasando mentalmente cada una de sus palabras, como si hacerlo pudiera ofrecerme un resquicio para escapar de la responsabilidad de haberlas escuchado. No lo encontré.

Porque la verdad era que, desde hacía tiempo, yo también sentía que lo nuestro no era un simple acuerdo. Que había gestos, miradas y silencios que hablaban un idioma propio, imposible de ignorar. Pero reconocerlo implicaba abrir una puerta que no estaba segura de poder cruzar. Y yo… yo nunca había sabido qué hacer con las puertas abiertas.

21

Natalia

Julián y yo teníamos por fin un día libre, y la mañana había amanecido con un cielo tan limpio y despejado que parecía querer saludarnos con una sonrisa luminosa. Por una vez, no tenía que pensar en la siguiente guardia ni en lo que me esperaba en el hospital, aunque tampoco había hecho planes… o al menos eso creía, hasta que mi mejor amigo apareció en la puerta de mi habitación con la camisa de cuadros perfectamente abrochada y esa expresión suya que nunca dejaba espacio a excusas.

—Vamos a salir —anunció, con la convicción de quien cree que lo evidente no necesita explicación.

Lo miré desde la cama, con el cabello recogido de cualquier manera y el pijama todavía arrugado, como una niña cazada en pleno despertar.

—¿Y a dónde, exactamente? —pregunté con desgana.

—A caminar y a que te dé el aire. Y no, no vale decir que prefieres quedarte viendo series porque vas atrasada —replicó, con esa mezcla de paciencia y autoridad que le era tan propia.

Resoplé, pero había algo en su tono que me hizo levantarme sin rechistar. Media hora después estábamos cruzando la plaza Bib-Rambla, con sus terrazas medio ocupadas y un aroma cálido de café y bollería flotando en el aire. El verano en Granada tenía ese poder: te mantenía despierta a la fuerza. El sol acariciaba los brazos, se colaba entre las calles estrechas y dibujaba sombras elegantes en los suelos empedrados, como si todo el escenario hubiera sido diseñado para recordarte que estabas viva.

Caminamos sin rumbo definido, dejándonos llevar por el ritmo pausado de la ciudad. Pasamos frente a la Catedral, majestuosa como siempre, y después nos internamos en el Albaicín, donde cada cuesta adoquinada parecía guardar confidencias secretas. A lo lejos, la Alhambra se erguía con ese tono solemne que cambiaba con la luz, y pensé que, si había un lugar en el mundo capaz de comprender el peso de los secretos, era ese.

—¿Vas a contarme qué ha pasado de una vez, o quieres que te lo saque a rastras? —preguntó Julián tras un silencio largo, cuando ya habíamos recorrido un par de calles.

No necesité aclaraciones. Sabía a qué se refería, porque mi expresión me había delatado desde el día anterior, desde aquel instante en el que, sin red ni marcha atrás, había dejado escapar las palabras que me ataban a Cristina.

—Se lo dije —confesé con la mirada fija en el suelo, como si las baldosas pudieran absorber mi vergüenza—. Que estoy enamorada de ella.

Julián no se inmutó. Ni arqueó una ceja. Simplemente asintió, como si hubiera estado esperando esa frase desde hacía meses. Claro, el inmutable pitoniso Julián.

—¿Y qué te respondió?

—Nada. Bueno… sí, pero no. Me miró como si no supiera qué hacer conmigo. Y luego se marchó.

Me detuve en mitad de la calle y bebí un poco de agua, más como excusa para evitar su mirada que por sed real. En realidad, no entendía cómo se le había ocurrido arrastrarme a caminar bajo aquel calor sofocante. Prefería mil veces mi cama y una maratón de Netflix.

—Creo que la he liado —murmuré.

—O puede que no —contestó él sin vacilar, retomando el paso y obligándome a seguirlo—. Natalia, la conozco. No tanto como tú, claro, pero lo suficiente. Esa mujer siente lo mismo que tú. Solo que tiene miedo.

Solté una carcajada breve, seca, sin rastro de humor.

—Eso lo dices porque eres mi amigo.

—Lo digo porque lo he visto —me interrumpió con firmeza—. ¿De verdad crees que no me he dado cuenta de cómo te observa cuando piensas que nadie la mira? Está colada por ti, Natalia. Pero, como siempre, hay un "pero" enorme.

Nos detuvimos junto a un mirador desde el que la ciudad se desplegaba a nuestros pies, dormida bajo el sol, con los tejados rojizos y la sierra recortando el horizonte. Me apoyé en la barandilla, buscando en el paisaje una respuesta que no llegaba, por más que la buscara.

—Lo que yo creo es que le aterra —continuó Julián, con un tono más suave—. Y lo entiendo. Por lo que me has contado, no ha tenido precisamente un historial de relaciones estables.

—Yo tampoco —repliqué sin pensarlo.

—Exacto. Y eso, para alguien como ella, basta para suponer que lo vuestro podría convertirse en un desastre. Y si a eso le sumas que eres prácticamente su mejor amiga… comprenderás que la idea de perderte por intentarlo debe asustarla todavía más.

No dije nada. Tenía razón, aunque me costara admitirlo. Cristina siempre había sido comedida, cauta, incapaz de lanzarse sin medir las consecuencias. Yo, en cambio, había vivido demasiadas veces con las mariposas revoloteando en el estómago, incluso cuando no había alas suficientes para sostenerlas.

—¿Y entonces qué hago? —pregunté en voz baja, más para mí que para él.

Julián me miró con una paciencia que oscilaba entre irritarme y reconfortarme.

—No puedes empujarla a dar un paso si aún no está preparada. Pero sí puedes demostrarle que no vas a salir huyendo a la primera dificultad. Hazle ver que lo dices en serio, que no es un capricho pasajero, que estás dispuesta a ofrecerle la seguridad que tanto necesita.

Seguí contemplando el horizonte, sintiendo cómo las palabras de Julián calaban mucho más hondo de lo que yo quería admitir. No era fácil. Nunca lo había sido para mí quedarme cuando las cosas se complicaban, cuando sentía que la otra persona no me quería o no estaba dispuesta a hacerlo. Siempre había tenido esa costumbre de marcharme antes de que alguien pudiera hacerlo conmigo. Sí, ya sé, una romántica de manual. Sin embargo, con Cristina todo era distinto; ella había conseguido romper esa coraza mía y ponerme frente a un espejo en el que apenas me reconocía.

—A veces pienso que si mis padres estuvieran aquí… —me detuve un instante, tragando saliva y notando cómo la voz se me quebraba—. No sé, si pudiera contarles todo esto, pedirles consejo, escuchar lo que tendrían que decirme… quizá lo vería todo con más claridad.

Julián bajó la mirada, y durante unos segundos tuve la sensación de haber abierto una puerta que llevaba demasiado tiempo cerrada, una que prefería mantener bajo llave.

—No puedo asegurarte que sería lo mismo —respondió con calma—, pero sí estoy convencido de que estarían orgullosos de ti. Porque, aunque te dé miedo, estás atreviéndote a algo real. Porque intentas ser honesta contigo misma y con ella, y eso ya es un paso enorme.

El nudo en mi garganta me impidió articular respuesta alguna. Cerré los ojos un instante, dejando que el aire fresco me despejara un poco, que el murmullo lejano de la gente y el sonido de un guitarrista callejero me devolvieran al presente y me recordaran que, pese a todo, la vida seguía transcurriendo a mi alrededor.

Caminamos un buen rato en silencio, hasta que nos metimos en una tetería pequeña, con paredes cubiertas de mosaicos coloridos y un olor a canela y hierbabuena que lo envolvía todo como un abrazo. Nos sentamos junto a la ventana, y el calor suave del interior me relajó los hombros. Pedimos té negro, y cuando el camarero se marchó, Julián volvió a insistir.

—Mira, Natalia, no voy a endulzarlo: no sé si va a ser fácil. De hecho, lo más probable es que no lo sea. Pero lo que no puedes hacer es permitir que el miedo de otra persona te arrastre hacia atrás. La única forma de descubrir si lo vuestro puede funcionar es daros esa oportunidad, abrir la puerta y dejar que entre la luz. Que lo vea, aunque ahora no quiera mirarlo.

Lo observé fijamente. No era un consejo de manual, de esos envueltos en frases grandilocuentes que encajan en una película romántica. Era directo, sin adornos, pero profundamente verdadero. Y quizá era exactamente lo que necesitaba escuchar.

—Tengo que intentarlo, sí —admití al fin, bajando la vista hacia mis propias manos, que se enredaban nerviosas entre sí—. Aunque ella no me lo pida, aunque no esté preparada… siento que no puedo quedarme quieta.

—Eso es —sonrió, aprobando con un gesto casi fraternal—. Y mientras tanto, sigue viviendo. No te encierres en una espera interminable, no dejes que tu vida dependa de lo que tarde en reaccionar.

Asentí, dándole la razón, aunque en mi interior supiera que últimamente todo lo que hacía, hasta las decisiones más pequeñas, giraba en torno a Cristina.

Cuando Julián se levantó para ir al aseo, saqué el móvil sin pensarlo demasiado. Lo sostuve entre las manos como si pesara el doble, con esa absurda sensación de que un mensaje de texto podía convertirse en una cuerda lanzada sobre un precipicio. No quería sonar dramática ni poner sobre ella una presión que quizá aún no era capaz de soportar… pero tampoco podía seguir callando.

Escribí despacio, borrando y reescribiendo varias veces hasta que quedó algo sencillo, pero honesto:

Natalia:

No tienes que hablar conmigo ahora si no estás preparada, pero, por favor, no te cierres. No me cierres la puerta. Puedo esperar lo necesario, si es lo que tú quieres.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos, como si esas palabras pudieran desarmarme a mí más que a ella. Un mensaje tan breve y, sin embargo, contenía todo lo que llevaba dentro. Tal vez no quisiera estar conmigo, pero algo dentro de mí me decía que sí. Que esa resistencia no era desinterés, sino miedo.

Al ver el doble check azul, dejé el teléfono boca abajo sobre la mesa, como si eso pudiera frenar la velocidad con la que me golpeaba el corazón. El sonido de la cafetera y el murmullo de la calle filtrándose por la ventana fueron mi único refugio mientras esperaba, sin saber si recibiría una respuesta… o si el silencio sería su manera de contestar.

Horas después, ya en casa, con el día cubierto por un gris suave y un olor a lluvia próxima flotando en el ambiente, me quedé un buen rato mirando por la ventana antes de ir a la cocina a preparar aquel plato nuevo que Julián y yo habíamos planeado. Cristina no respondió al mensaje. Y precisamente por eso agradecí que el paseo hubiera sido largo: había agotado lo suficiente mi energía como para no dejarme caer en la tentación de cometer una estupidez.

Lo cierto es que me sentía suspendida, como si estuviera flotando en un punto intermedio, en esa frontera extraña donde todo parece a punto de decidirse, aunque nadie se atreva todavía a hacerlo. Y esa incertidumbre, aunque me asustaba, también me mantenía viva.

22

Cristina

El pasillo olía a café recalentado y a desinfectante, una mezcla que se me había vuelto tan familiar como el propio latido de mi corazón. Era una de esas mañanas en las que el hospital parecía existir dentro de una burbuja aislada del resto del mundo: la luz se filtraba por las ventanas altas, los pasos se cruzaban en un vaivén constante, los teléfonos sonaban como un eco repetitivo y había en el ambiente una energía latente, esa que solo aparece cuando las guardias se encadenan y la noción del tiempo se desdibuja.

Llevaba horas de un box a otro, repasando historias clínicas, ajustando tratamientos, buscando cualquier cosa que mantuviera mi mente ocupada. Sin embargo, era inútil: el peso de la conversación con Natalia días atrás seguía atravesando mis pensamientos como un aguijón que seguía pinchándome. Había recibido su mensaje —ese "por favor… no te cierres" tan sencillo en apariencia y tan devastador en el fondo— y lo había leído una y otra vez, hasta que cualquiera podría haber jurado que ya le había contestado. Pero no lo hice. No le respondí de forma explícita, al menos, porque cada vez que coincidíamos, aunque fuera solo en un cruce de pasillo, nuestras miradas se enganchaban un segundo más de lo normal, y entonces sentía que algo dentro de mí cambiaba, como si buscara desesperadamente la llave para abrir esa puerta que me había dejado entreabierta.

Salía de la sala de curas cuando me topé con el doctor Molina, que se acercaba con su paso tranquilo y esa media sonrisa suya, imperturbable incluso en los peores días.

—Cristina —me llamó, inclinando apenas la cabeza en un gesto de cortesía—. ¿Tienes un minuto?

—Claro —respondí, sujetando el expediente contra el pecho como si fuera un escudo.

Caminamos juntos hasta un tramo del pasillo menos transitado, ese rincón en el que las conversaciones parecían quedar suspendidas en el aire,

protegidas del oído indiscreto de los demás. Él se apoyó con calma en la pared, adoptando esa postura relajada que siempre precedía a sus observaciones más directas, y me miró con una mezcla de interés y prudencia, como si evaluara el terreno antes de lanzarse.

—No te preocupes, no es nada grave —aclaró enseguida, al percibir mi gesto de alerta—. Solo que ya sabes… aquí las paredes hablan demasiado.

Un nudo en el estómago me tensó los músculos.

—¿Y qué se supone que han dicho esta vez? —pregunté, intentando sonar ligera, aunque la corriente de nervios me atravesaba sin piedad.

Molina sonrió de medio lado, con esa calma suya que usaba para transmitir que lo que iba a decir no necesitaba dramatismos.

—Nada malo, tranquila. Únicamente… que si tú y Natalia estáis juntas, enhorabuena. Sois un buen equipo, dentro y fuera del trabajo.

Durante unos segundos me quedé sin respuesta, atrapada en la incomodidad de un terreno minado. Cualquier palabra podía delatarme: si sonaba demasiado defensiva, parecería una negación; si confirmaba algo, corría el riesgo de alimentar rumores que luego se agrandan sin control. Y este no era el guion de una serie de televisión, era mi vida, y la de ella. Lo miré intentando descifrar su intención, pero en sus ojos solo encontré una sinceridad serena, una calidez que parecía genuina.

—No sé qué decirte —atiné a murmurar, dibujando una media sonrisa que pretendía ganar tiempo.

—Y no tienes por qué decir nada —respondió con naturalidad—. Solo quería que lo supieras: si es así, me alegro. No es fácil encontrar a alguien con quien la química profesional y personal se mezcle tan bien.

Asentí despacio. Por dentro, la vieja resistencia al compromiso se revolvía como una fiera enjaulada, pero al mismo tiempo sentí un alivio inesperado. Por primera vez, no había miradas inquisitivas ni advertencias veladas, solo un simple “me alegro por ti” que no pedía nada a cambio.

Cuando él se marchó, permanecí unos segundos apoyada en la pared, observando cómo el pasillo recuperaba su ritmo habitual. Y entonces lo pensé: quizá este era justamente el momento que siempre había temido, pero también el que podía empezar a vencer a mis propios fantasmas. Porque la verdad es que nunca habían sido las personas las que me frenaban, sino las cicatrices de las heridas que me habían dejado.

Casi sin querer, repasé el patrón repetido de mi vida amorosa: cada vez que me permitía dar un paso serio, cada vez que dejaba entrar a alguien en mis rutinas y en mis futuros imaginados, la historia terminaba de manera abrupta. Una llamada inesperada, una cita que comenzaba con un "tenemos que hablar" y concluía con un "lo siento, no puedo seguir contigo" o el consabido "no eres tú, soy yo". El cliché de manual, pero dolorosamente real. No importaba la duración, semanas o meses, el final siempre tenía el mismo regusto amargo: la sensación de haberme desnudado demasiado al abrirme.

Por eso, con el tiempo, había aprendido a mantenerme en esa zona intermedia: lo bastante cerca como para disfrutar, pero nunca tanto como para arriesgarme a perder. Y Natalia… Natalia había empezado siendo precisamente eso, un refugio luminoso en el que no me exigía compromisos. Sin embargo, sin darme cuenta, había conquistado un espacio que no sabía si estaba preparada para ceder a nadie.

El sonido de un timbre me devolvió a la realidad. Alcé la vista y vi a Lucía haciéndome señas desde el control de enfermería. Su veteranía no la libraba de ser la primera en captar detalles, aunque esta vez no era un asunto de chismes. Lo entendí al instante en su gesto.

—Cristina, ¿puedes venir un momento? Tenemos un ingreso complicado y necesito que revises la pauta.

Asentí, agradecida por tener algo concreto a lo que aferrarme, y la seguí hasta la sala. El eco de las palabras de Molina se quedó flotando a mi alrededor como una sombra amable pero persistente: "congeniáis muy bien". Tal vez llevaba razón. Tal vez lo habíamos hecho desde el primer día, incluso antes de atreverme a reconocerlo.

Durante la siguiente hora me sumergí en el caso con Lucía, ajustando dosis, revisando resultados y asegurándome de que todo quedara claro para el equipo. La rutina me sostuvo, pero aun entre cifras, análisis y protocolos, una parte de mí repetía la misma pregunta: ¿y si esta vez me equivocaba al huir?

Cuando terminé, me encontré de nuevo en el pasillo, con unos minutos libres antes de que me llamaran de otro box. Y sin darle demasiadas vueltas, saqué el móvil y abrí nuestra conversación. El mensaje de Natalia seguía allí, silencioso, como una puerta abierta de par en par que yo debía decidir si cruzar o cerrar para siempre.

No escribí nada. A veces, el silencio es una respuesta; otras, no es más que una pausa para coger aire antes de lanzarse. Yo todavía no sabía cuál de las dos era la mía.

O, quizá, sí lo sabía demasiado bien.

23

Natalia

El vestuario permanecía casi en penumbra, iluminado únicamente por la lámpara del extremo opuesto, cuya luz se filtraba con desgana y bañaba las taquillas metálicas en un resplandor blanquecino y frío. Era ese instante extraño del turno en que el hospital parecía mantener el aliento: las urgencias estaban bajo control y los pasillos quedaban lo bastante desiertos como para que el silencio se deslizara, sigiloso, por cada rendija.

Me quité la parte superior del uniforme y la colgué con un gesto rutinario, procurando que no quedara ninguna arruga, y agradecí en silencio la intimidad de no tener a nadie alrededor. Estaba a punto de bajarme el pantalón cuando el chirrido de la puerta interrumpió la calma. No necesité girarme para adivinar quién entraba; habría reconocido aquel ritmo de respiración entre un centenar de personas, incluso con los ojos cerrados.

Cristina cerró tras de sí, apoyando un instante la espalda contra la puerta como si necesitara detenerse a reunir valor antes de pronunciar palabra.

—Hola —murmuró, con apenas un soplo de voz, aunque cargado de un peso que me obligó a quedarme inmóvil.

Me volví despacio, intentando descifrar en sus ojos qué versión de sí misma traía esta vez: si la distante, la que esquivaba cualquier conversación incómoda, o la otra, la que, sin previo aviso, dejaba caer todas y cada una de sus defensas. El cabello lo tenía ligeramente revuelto, como si hubiera pasado demasiadas veces los dedos entre mechones inquietos, y los labios entreabiertos parecían tantear unas palabras que aún no encontraban salida.

—Hola —respondí con una calma fingida—. ¿Va todo bien?

No respondió enseguida. Dio unos pasos hacia mí sin apartar la mirada, y en ese breve recorrido me pareció que el aire se iba espesando, como si el vestuario se encogiera alrededor de nosotras.

—No del todo… —alcanzó a decir—, pero creo que ya no puedo seguir callándome.

Sentí un nudo en la garganta; apoyé la mano en la taquilla, como si necesitara anclarme a algo que estaba aquí de verdad. Cristina estaba lo bastante cerca como para que pudiera percibir el leve temblor de su respiración.

—Cristina, si es por lo de la otra noche…

—Es por todo —me interrumpió con firmeza—. Por esa noche, por estos últimos meses, por los miedos que nunca me atreví a contarte en voz alta…

Su tono tenía un filo desconocido, una mezcla de fragilidad y resolución que hacía mucho no le escuchaba. Guardé silencio, ofreciéndole espacio, aunque cada segundo de espera era como internarse más en un laberinto sin salida.

—Sabes bien que he pasado casi todos estos años huyendo del compromiso —continuó—, siempre arrastrando las cicatrices de lo que me hicieron. Cada vez que una relación empezaba a ponerse seria, me retiraba antes de que pudieran dejarme a mí. Y, la mayoría de las veces, esa estrategia funcionó. Llegué a convencerme de que era lo más sensato. Pero contigo… contigo es imposible seguir con esa farsa.

Sus palabras me atravesaron como algo cálido y punzante a la vez. Avanzó un paso más, reduciendo la distancia hasta dejarla en apenas un suspiro.

—Sé que fui yo quien propuso que fuéramos amigas con derechos, que todo quedara en algo sencillo, sin complicaciones. Pero ya no me basta. No quiero seguir aparentando que me conformo con verte a ratos y después regresar a casa como si nada hubiera ocurrido.

Noté una corriente recorrerme desde el cuello hasta la punta de los dedos, el pecho atenazado como si se hubiera encogido de golpe.

—Cris… —logré articular, aunque mi voz se atascó antes de poder continuar.

Ella inspiró con fuerza, buscando el coraje necesario para dar el último salto.

—Sí, me aterra. Me da miedo que me dejes, que esto acabe igual que terminaron todas mis relaciones, y que encima arruinemos lo nuestro. Nuestra amistad. Pero si no lo intento, lo lamentaré siempre. Quiero… quiero darte una oportunidad de verdad. Quiero que nos la demos. Sin más juegos, sin distracciones, sin otras historias, ni citas. Solo tú y yo.

La miré, con la absurda sensación de que el suelo bajo mis pies se había inclinado, mareándome. Jamás la había visto tan expuesta, tan dispuesta a romper su propia armadura. Y algo dentro de mí reaccionó antes de que mi cabeza pudiera razonar: acorté la distancia y sujeté su rostro entre mis manos.

—Sabes que te quiero —confesé, arrancándome de lo más profundo —. Y me siento así desde hace mucho tiempo.

No me dio ocasión de añadir nada más. Sus labios se fundieron con los míos en un gesto urgente, sin pausas ni reservas, y el vestuario dejó de existir. La besé con todo lo que había acumulado en estos días: frustración, deseo, miedo y una necesidad imposible de contener. Sus manos se aferraron a mi cintura, atrayéndome con una fuerza que trascendía lo físico, como si en ese instante el mundo se redujera únicamente a las dos.

Tropecé con algo y noté el metal helado de las taquillas contra mi espalda, un contraste casi doloroso frente al calor abrasador de su cuerpo pegado al mío. Su respiración, rápida y entrecortada, chocaba contra mi cuello, y sus dedos, al deslizarse por mis costados, parecían empeñados en memorizar cada pliegue, cada relieve de mi piel como si temiera que al soltarme todo aquello se desvaneciera. Yo, con una necesidad igual de voraz, recorría su espalda, sus hombros tensos y firmes, deseando que no quedara un solo rincón que no llevara grabada mi huella.

En un momento me separé apenas unos centímetros para mirarla. Sus ojos brillaban con una intensidad casi febril, las mejillas estaban encendidas y en su rostro se dibujaba la expresión de alguien que, tras demasiado tiempo conteniéndose, había cruzado un límite que jamás se había permitido.

—No sabes cuánto he deseado decirte esto —susurró con un temblor contenido, antes de volver a besarme, esta vez con una cadencia más lenta, más prolongada, pero igual de ardiente.

—Ya lo noto… —alcancé a responder con una sonrisa que intentó disfrazar mi vértigo.

El tiempo perdió toda forma ahí dentro; dejó de medirse en segundos o minutos para convertirse únicamente en el lenguaje mudo de nuestros cuerpos, buscando mil maneras nuevas de expresar lo que las palabras todavía no eran capaces de articular. El roce de sus dedos encendía todo lo que tocaban, como si mi piel se hubiera convertido en un mapa sensible que ella se empeñaba en explorar. Cada vez que yo la acariciaba, sentía que sus

músculos se tensaban y cedían a la vez, como si estuviera a punto de quebrarse y rehacerse en ese mismo instante.

Juraría que el aire se volvió más denso, cargado de ese calor que no proviene de la temperatura, sino de lo que una guarda dentro durante demasiado tiempo y de pronto se atreve a entregar sin reservas. Ya no éramos simplemente dos personas: éramos la suma de todas las miradas furtivas, de los roces interrumpidos y de las conversaciones a medias que, por fin, habían encontrado su desenlace inevitable.

No sabría decir cuánto rato pasó antes de que nos apartáramos lo justo para recuperar el aliento, jadeantes. Ella apoyó su frente en la mía y cerró los ojos, como si así pudiera sostener el instante.

—Creo que deberíamos salir de aquí… si seguimos, podríamos poner en riesgo el trabajo —susurró con seriedad, aunque yo estuve a punto de echarme a reír por lo absurdo de la situación.

Le acaricié la mejilla con el pulgar, intentando grabar con precisión ese momento exacto en mi memoria, como quien protege un tesoro.

—Eso no va a suceder —respondí con firmeza, casi convencida de que con solo decirlo ya podía conjurar cualquier amenaza.

Un timbre lejano irrumpió entonces, devolviéndonos bruscamente a la realidad, recordándonos que estábamos en un hospital, atrapadas en un turno que no se detenía para nadie. Nuestras miradas se cruzaron y compartimos una sonrisa breve, cómplice, tan íntima que sobraban las palabras.

Ella retrocedió un paso y se ajustó la camiseta, en un intento torpe de devolver orden a lo que un segundo antes había sido puro descontrol y fuego. Yo la observé en silencio, siguiéndola con la mirada hasta que abrió la puerta y salió, dejándome sola en la penumbra del vestuario, con el corazón golpeando desbocado contra mis costillas y la certeza inquebrantable de que algo había cambiado para siempre.

Me quedé quieta, escuchando cómo sus pasos se apagaban poco a poco en el pasillo. La luz blanca proyectaba sombras alargadas en el suelo, y durante unos instantes tuve la extraña impresión de que todo a mi alrededor permanecía inmóvil… salvo yo, que aún vibraba por dentro.

Apoyé la espalda contra la taquilla, buscando en el frío metálico un ancla que sofocara, aunque fuera mínimamente, la tormenta que me arrasaba por dentro. Una risa amarga y breve se escapó de mi garganta. Era ridículo, lo sabía: Cristina nunca me había prometido nada, y ahora que lo

hacía, ahora que ponía sobre la mesa todo aquello que durante años había rehuido, era yo la que sentía un miedo distinto, un temor nuevo y punzante: el de tener algo real que perder.

Cerré los ojos y aspiré hondo, intentando retener aún el olor de su piel, ese calor que parecía haberse adherido a mí como un tatuaje invisible. La realidad del hospital seguía ahí afuera, inmutable, pero dentro de aquel espacio reducido y silencioso todavía flotaba su huella, suspendida en el aire.

—Esto es de verdad —murmuré en voz baja, probando las palabras como si necesitara convencerme de ellas—. Y no pienso echarlo a perder.

Permanecí un momento más en ese paréntesis de tiempo, hasta que el pitido lejano de un busca me obligó a regresar al presente. Me coloqué la bata, y al mirarme en el espejo antes de salir, comprendí que, por mucho que intentara disimular, llevaba en el rostro una marca que ningún turno interminable ni ninguna guardia podían borrar. Y lo peor —o quizá lo mejor — era que no quería hacerlo.

24

Cristina

Nunca me habían gustado los fines de semana demasiado tranquilos; siempre había tenido la sensación de que, cuando todo parecía encajar con excesiva perfección, era porque en algún lugar se estaba preparando algo que derrumbara esa estabilidad. Sin embargo, aquel sábado amaneció distinto, con una luz clara que se colaba descarada por la ventana, como si quisiera recordarme que, al menos por una vez, podía permitirme bajar la guardia.

Natalia había llegado temprano, tal y como prometió. No era necesario que lo hiciera, y aun así lo hizo; y ese simple detalle, unido a la sonrisa con la que apareció —esa sonrisa suya capaz de reorganizar el caos que yo llevaba dentro sin apenas proponérselo—, bastó para que olvidara cualquier excusa que hubiera podido inventar con tal de cancelar la comida.

—Buenos días —me saludó, dejando sobre la encimera una bolsa de la que sobresalía una botella—. He traído vino… y pan del bueno.

—Así me gusta, que vengas con ofrendas —contesté con fingida desenvoltura, intentando sonar graciosa aunque, por dentro, los nervios se me enredaban con un millón de sensaciones que no sabía ordenar.

Sofía había insistido en que fuésemos a su casa con la excusa de que le apetecía cocinar, y yo acepté sin dudarlo. La idea de ver a mi hermana y, al mismo tiempo, compartir un rato con Natalia en un ambiente relajado —aunque estuvieran los niños— me parecía una especie de experimento social en el que quería comprobar si la calma que sentía a su lado se sostenía también fuera de nuestros refugios habituales. Porque, aunque ya habíamos estado juntas en esa casa otras veces, esta ocasión era completamente distinta: todo tenía un matiz nuevo.

El salón de Sofía rebosaba luz y estaba lleno de plantas verdes que parecían desafiar los cambios de estación; flotaba, además, ese aroma a comida recién hecha que siempre me devolvía a la infancia. Natalia se movía con soltura a mi lado, como si fuese parte de la casa desde hacía

mucho tiempo, saludando a mi hermana con un beso y un "hola" sincero, sin imposturas ni artificios.

—Así que, al final, os habéis decidido —comentó Sofía mientras dejaba un plato humeante en el centro de la mesa, con una sonrisa que mezclaba aprobación y alivio—. Ya era hora.

Natalia soltó una carcajada breve, ladeando la cabeza con gesto travieso.

—¿Tanto se notaba?

—Por favor… —replicó Sofía, con esa mirada de hermana mayor que, aunque dirigida a Natalia, me atravesó como una flecha—. Lleváis meses pareciendo dos adolescentes empeñadas en disimular lo que sentís.

No tuve ni tiempo de defenderme. Mi hermana ya se estaba sirviendo vino, como si aquella confesión, en lugar de abrir la puerta a una conversación complicada, no fuera más que un comentario natural en medio de una comida de sábado. Y, de algún modo, lo era.

No hubo tensión ni incomodidad. Todo fluyó con la misma espontaneidad con la que Sofía y Natalia habían compartido mil momentos antes, aunque esta vez sin el silencio implícito que hasta entonces había ocultado lo evidente. Las bromas tenían un matiz distinto, las miradas cómplices se sentían más libres, y yo… yo me descubrí respirando más hondo, como quien se quita un abrigo demasiado pesado en pleno verano.

Durante la comida, el vino ayudó a que las risas brotaran con mayor facilidad. Natalia relató una anécdota de guardia, exagerando algún detalle con arte para arrancarnos unas cuantas carcajadas, y Sofía terminó riendo tanto que tuvo que secarse las lágrimas con la servilleta. Yo me limité a observarlas, con la mano apoyada sobre el respaldo de la silla de Natalia, como si ese gesto sencillo y casi inconsciente fuera mi manera de decirle: "estás bien aquí, estás en casa".

—Madre mía, Natalia, ¿de verdad pasó así? —preguntó Sofía, todavía secándose los ojos, incrédula—. Porque me cuesta creer que un paciente te pidiera que le sujetaras la mano… para atarse los cordones.

—Te juro que sí —aseguró Natalia, alzando las cejas con fingida solemnidad—. Y lo peor es que me dijo: "enfermera, usted parece tener manos firmes, seguro que sabe hacer un buen nudo".

Sofía volvió a estallar en una carcajada sonora.

—Eso es increíble.

—Increíble —repuso Natalia, dándole un sorbo al vino— es que no me concedieran un premio por mi paciencia aquel día. Porque la cosa no acabó ahí: después quiso que le ayudara a decidir entre dos pares de calcetines, uno con flamencos y otro con aguacates.

—Por favor… —Sofía se inclinó hacia delante y me miró con complicidad, buscando que compartiera su incredulidad—. ¿Y tú estabas allí?

—No, pero me lo contó después —contesté sonriendo—, con la misma cara que tiene ahora: la de víctima absoluta de las circunstancias.

Natalia se encogió de hombros con un gesto ligero, como si aceptara sin dificultad el papel que le acababan de asignar.

—Bueno, a veces el trabajo es así: hay días en los que puedes salvar una vida… y otros en los que terminas eligiendo calcetines.

Las tres reímos, pero percibí que la mirada de Sofía se quedaba un instante más fija en mí, como si estuviera evaluando algo que aún no se atrevía a decir en voz alta.

—Os veo bien —afirmó por fin, en un tono más bajo, cargado de intención—. Muy bien.

El silencio que siguió no resultó incómodo, aunque sí estaba impregnado de un significado difícil de ignorar. Natalia me miró de reojo, y yo me limité a responder con una sonrisa contenida, incapaz de traducir en palabras todo lo que ese "bien" implicaba.

—Es que… —prosiguió Sofía, girando lentamente la copa de vino entre los dedos, como si buscara el modo exacto de expresarlo—, siempre pensé que, cuando te decidieras por alguien, sería porque realmente valía la pena. Y… bueno, aquí está.

Sentí un calor diferente al que provocaba el vino subir desde mi pecho hasta la garganta, como una oleada. Natalia no apartó la vista de mí, y su mano, bajo la mesa, rozó la mía en un gesto discreto pero cargado de significado, como una promesa silenciosa.

—No me asustes, Sofía —dije intentando aligerar el ambiente, aunque mi voz sonara más temblorosa de lo que pretendía—. Que como sigas hablando así, a esta se le va a subir a la cabeza.

—Demasiado tarde —replicó Natalia con una media sonrisa que destilaba seguridad—. Ya me lo he creído.

Hubo un momento, mientras Sofía se levantaba para traer el postre, en el que todo pareció ralentizarse. La luz que entraba por la ventana caía

sobre el cabello de Natalia de una forma tan delicada que habría parecido ensayada si no fuera tan espontánea. Ella me miró con esa expresión suya, como si estuviera leyéndome sin necesidad de que yo dijera nada, como si comprendiera incluso lo que yo me empeñaba en ocultar.

—Estás muy callada —murmuró, ladeando la cabeza.

—Te estaba observando.

—¿Y?

—Y… encajas —le confesé, sin apartar la mirada—. Mucho más de lo que imaginaba posible.

Su sonrisa fue breve, pero intensa, una chispa capaz de atravesarme y encender algo que llevaba demasiado tiempo apagado. Y ahí, entre el aroma aún flotante de la comida y el murmullo lejano de la calle, comprendí que quizá me había equivocado durante demasiado tiempo: no todas las historias estaban condenadas a repetirse. Y aunque yo no hubiera decidido confiar, había algo en ella que me empujaba a hacerlo, casi sin pedírmelo.

La tarde se estiró sin prisas, como si nadie quisiera ponerle fin. Cuando por fin salimos, el sol ya se deslizaba hacia el horizonte, tiñendo las fachadas de un dorado cálido que parecía envolverlo todo en una calma nueva. Caminamos sin prisa, con las manos rozándose de cuando en cuando, como si ese leve contacto bastara para recordarnos que estábamos ahí, juntas.

En algún punto del paseo, mientras ella me hablaba con entusiasmo de un viaje que soñaba hacer algún día, caí en la cuenta de que ya no estaba esperando la grieta, ese momento inevitable en que todo se rompe. Por primera vez en mucho tiempo, pensaba en cómo sostenerlo, en cómo cuidarlo para que durara.

—Ha estado bien, ¿no? —me preguntó Natalia, mirándome de reojo con cierta expectación.

—Ha estado… mejor de lo que imaginaba.

—Eso suena a que tenías dudas.

—Siempre las tengo —admití, con una franqueza que me sorprendió —. Pero hoy… hoy me las has desmontado un poco.

Ella no respondió con palabras; su mano buscó la mía y la apretó con suavidad. No fue un gesto grandilocuente, pero me atravesó más que cualquier declaración formal, porque era sencillo y verdadero.

Esa noche, en la quietud de mi piso, repasé mentalmente cada instante: las risas compartidas, las miradas cómplices, la facilidad con la

que Sofía había aceptado algo que para mí siempre había sido un terreno minado. Y, sobre todo, la forma en que Natalia se había movido a mi lado, sin invadir, sin exigir, pero haciéndose hueco igualmente, como si su lugar hubiera estado reservado desde mucho antes.

Me descubrí sonriendo a solas, con el móvil en la mano, tentada de escribirle algo antes de dormir. No lo hice. No porque no quisiera, sino porque, por primera vez, no necesitaba atrapar el momento para que no se escapara. Había algo en ella que me hacía sentir que estaría ahí al día siguiente, intacta.

Y tal vez, solo tal vez, estaba empezando a entender lo que de verdad significaba.

25

Natalia

El correo había llegado a primera hora de la mañana, escondido casi a propósito entre informes de guardia y notificaciones del hospital. No era la primera vez que lo veía: aquel hospital privado llevaba años apareciendo y desapareciendo de mi radar, como una tentación recurrente a la que nunca terminaba de ceder. Sin embargo, esta vez la propuesta era diferente. Concreta. Formal. Con nombre, apellidos y una cifra que, aunque no lo era todo, pesaba demasiado como para fingir indiferencia.

Lo leí tres veces antes de cerrar la pantalla, pero no respondí. No porque no quisiera hacerlo, sino porque sabía que, en cuanto contestara, iba a remover los cimientos de lo que ya había construido aquí. Y todavía no estaba segura de si merecía la pena derribarlo todo para sostener algo nuevo.

El turno se me hizo más largo de lo habitual. Cada paciente, cada conversación rutinaria, cada firma en un informe llevaba escondida la misma pregunta muda que me perseguía desde la mañana: "¿debería aceptar?". No lo había buscado en este momento, y sin embargo estaba ahí, en bandeja, como una invitación envuelta en promesas y dudas.

Cuando terminé, bajé al vestuario. El pasillo estaba desierto y la única luz provenía de una lámpara tenue al fondo, que dibujaba sombras alargadas en la pared. Abrí mi taquilla, me cambié la parte superior del uniforme por mi sudadera y, justo cuando guardaba la agenda, escuché su voz.

—Te estaba buscando.

Me giré y la vi apoyada en el marco de la puerta, preciosa incluso con el cansancio marcándole el rostro. Tenía esa expresión suya en la que la curiosidad se mezclaba con algo más difícil de nombrar, un destello que removía mi calma.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, intentando sonar neutra.

—Podrías decirlo así. —Entró despacio y cerró la puerta tras de sí, dejando que el sonido del pestillo subrayara la seriedad del momento.

Avanzó con pasos firmes, que resonaban en el suelo como si marcaran un compás premeditado—. Ya sabes que en este hospital los rumores vuelan.

—¿Rumores? —repetí, esforzándome en mantener la voz estable, aunque sentí el estómago encogerse.

—Sobre una oferta. En Barcelona.

"Me cago en la puta, ¿por qué la gente no puede callarse nunca?", pensé con rabia.

El aire cambió entre nosotras de inmediato, cargándose de una tensión eléctrica, de esas que anticipan tormentas. No había reproche abierto en su tono, pero sí una firme sospecha.

—Ah… eso. —Me pasé la mano por la nuca, buscando tiempo y palabras, como si un gesto mecánico pudiera suavizar la importancia del asunto—. Me han escrito esta mañana, sí.

—Y no pensabas decirme nada.

No era una pregunta, pero lo sentí como si lo fuera, con la fuerza de un reproche apenas contenido.

—Es que… aún no he tomado ninguna decisión. Y no quería preocuparte con eso. Ya sabes que este hospital lleva tiempo detrás de mí y…

—¿No querías preocuparme o no querías tener esta conversación? —me interrumpió. Su voz no necesitó subir de volumen; la frialdad con la que cortó la frase fue tan precisa como el bisturí que abre piel en un quirófano.

Me quedé callada. Hay silencios que son más elocuentes que cualquier defensa improvisada.

—¿Y entonces? —insistió, acortando la distancia con un paso decidido—. Porque, si de verdad estás pensando en irte… ¿para qué hemos empezado esta relación?

La palabra "esta" salió de su boca como un cristal frágil, como si al pronunciarla se hubiera hecho añicos.

—No voy a decidir algo así por encima de lo nuestro —dije despacio —. Solo… no lo esperaba, que volvieran a contactarme justo ahora. Y, aunque me duela admitirlo, tengo claro que es una oportunidad, Cristina. Una que no aparece todos los días.

—Claro —asintió, aunque en su tono no había convicción—. También recuerdo que hace nada me dijiste que querías intentarlo de verdad. Que ibas a estar aquí.

—Sigo queriendo intentarlo.

—¿En otra ciudad?

La pregunta se quedó suspendida entre nosotras, pesando como una amenaza. En ese instante comprendí que mi respuesta iba a doler, dijera lo que dijera.

—¿No lo verías como un paso en mi carrera? —aventuré, tanteando un terreno resbaladizo.

—Claro —respondió, con una risa seca que no ocultaba la amargura —. Y yo supongo que sería un paso menos en lo nuestro. —No me miraba directamente; sus ojos se habían quedado fijos en el banco junto a la pared, como si esperara encontrar allí un manual de instrucciones para descifrar lo que éramos.

Avancé un poco hacia ella, intentando que mis movimientos y mi voz sirvieran para bajar la tensión, aunque dentro de mí sabía que no había manera de edulcorar lo que estaba en juego.

—Cristina, no quiero que pienses que, si me marchara, lo haría sin más, como si fuese algo sencillo. Si aceptara… podríamos intentar buscar la forma de…

—¿La forma? —me cortó con una risa breve, amarga, casi incrédula —. ¿La forma de empezar algo a distancia justo ahora, cuando acabamos de darnos la oportunidad? No me pidas que me convenza de que eso es razonable, porque no lo es.

No supe qué replicar. No porque me faltaran argumentos, sino porque, en el fondo, entendía demasiado bien lo que estaba sintiendo. Había algo en su reacción que me resultaba tan lógico como doloroso.

—Te repito que no estoy valorando esa posibilidad por encima de lo nuestro —insistí con un esfuerzo que me supo a poco—. Pero tampoco puedo fingir que no significa nada para mí.

Ella respiró hondo, como si necesitara detenerse antes de dar un paso más. Durante un instante creí que iba a darse la vuelta y marcharse sin más, pero se quedó. Me sostuvo la mirada con un gesto que no era frío, aunque sí muy calculado, como si midiera cada palabra antes de dejarla salir.

—¿Sabes qué pasa? —preguntó con calma tensa—. Que yo no doy estos pasos a la ligera. Y cuando los doy… necesito sentir que la otra persona está conmigo con los dos pies aquí, no con uno dentro y otro en la puerta de salida.

—Eso no es así, y lo sabes —contesté, aunque mi voz sonó tan débil que incluso a mí me sorprendió—. Solo… está ahí.

Se llevó las manos a la cintura, conteniendo algo que parecía una mezcla de rabia e impotencia, mientras yo tenía la sensación de que cada palabra la alejaba un poco más de mí.

—Pues espero que decidas pronto si esa puerta la cierras o la cruzas. Porque yo no pienso quedarme esperando a ver qué pasa.

Sus palabras fueron secas, pero no crueles. Era la voz de alguien que trataba de protegerse, y eso me dolió más que cualquier reproche abierto.

Me acerqué un paso, sin atreverme a tocarla, con el cuerpo pidiendo algo que la cabeza me prohibía.

—No quiero perderte por esto.

—Entonces no me pongas en una balanza junto a un trabajo. —Su mirada se suavizó apenas, lo justo para dejar entrever que, detrás del enfado, se escondía un miedo profundo. El mismo miedo que yo había sentido tantas veces y que ahora se reflejaba en ella.

—Lo planteas como si fuera algo sencillo…

—Nunca lo es, claro que no —respondió sin vacilar, y esta vez fue ella quien retrocedió un paso—. Pero deberías tenerlo claro.

No dio un portazo al salir, pero el silencio que dejó tras de sí pesó como si lo hubiera hecho.

Me quedé sola en el vestuario, escuchando el eco lejano de voces en el pasillo y el golpeteo metálico de una taquilla cerrándose en otra parte. Me dejé caer en el banco, con el correo del hospital privado ardiendo en el bolsillo como si llevara dentro un papel incandescente.

Me pasé las manos por la cara, intentando ordenar pensamientos que se empeñaban en dispersarse en todas direcciones. La oferta era tentadora, sí. Pero también lo era la imagen de Cristina sentada en mi sofá con las piernas cruzadas, escuchándome con esa atención que hacía que me sintiera importante. Lo era su risa cuando conseguía arrancársela exagerando cualquier anécdota. Lo era su forma de buscar mi mano bajo la mesa, como si el mundo entero pudiera reducirse a ese gesto sencillo y poderoso.

No sabía si se podía tener todo. No sabía si elegir una cosa significaba renunciar para siempre a la otra. Y ese vértigo me consumía.

Al final salí del hospital con la sensación de que la ciudad había cambiado de temperatura. El aire me pareció más frío, o quizá era yo quien había cambiado. Caminé despacio, con el móvil en la mano, tentada de escribirle, pero no fui capaz. No porque no quisiera hacerlo, sino porque sentía que, ahora mismo, cualquier palabra podía convertirse en dinamita.

Y, sin embargo, mientras esperaba en el semáforo, me descubrí murmurando en voz baja, como si intentara convencerme a mí misma:

—No pienso permitir que un simple correo rompa esta relación…

Pero sabía que no bastaba con decirlo en voz alta. Había decisiones que no podían aplazarse eternamente, y tarde o temprano, iba a tener que elegir.

26

Cristina

La mañana había amanecido con esa luz suave que envuelve Granada en una calma engañosa, como si la ciudad supiera guardar sus secretos bajo un velo dorado que nadie pudiera atravesar. Caminé hacia la plaza donde había quedado con Sofía, notando cómo el aire fresco se colaba por el cuello de mi camiseta, obligándome a encoger ligeramente los hombros. No había dormido bien; la conversación con Natalia la tarde anterior se me había quedado pegada en la memoria como una sombra, repitiéndose una y otra vez en bucle, un eco persistente que no sabía cómo acallar.

Sofía ya me estaba esperando, apoyada en la barandilla junto a la fuente, con las manos en los bolsillos del pantalón y esa media sonrisa que solía reservar para los días en los que intuía que yo no estaba del todo bien.

—¿Lista para dar una vuelta y despejarte un poco? —me preguntó sin rodeos, con esa manera suya de cortar la pereza de golpe.

Asentí y comenzamos a caminar sin rumbo fijo, dejándonos llevar por las calles estrechas, como si el laberinto del centro nos guiara a nosotras en lugar de al revés. El empedrado bajo los pies y el aroma lejano de café recién molido fueron durante un buen rato la única banda sonora.

—¿Me lo vas a contar o prefieres que adivine qué ha pasado? —dijo finalmente, girándose apenas para observarme de reojo—. Porque tú no eres de pedirme salir a dar una vuelta porque sí.

—No es nada… —balbuceé, aunque la mentira me supo amarga en la boca—. Bueno, sí. Natalia.

Sofía no dijo nada; solo arqueó una ceja en ese gesto tan suyo, invitándome a seguir.

—Le han hecho una propuesta de trabajo en Barcelona —confesé al fin, y al decirlo en voz alta lo sentí más real, más amenazante—. Un hospital privado. Y no sé… no sé qué significa eso para nosotras. Cuando todo había empezado tan bien… Ya la viste en casa.

Ella se quedó callada unos segundos, los suficientes para que entendiera que estaba calibrando con cuidado sus palabras.

—Significa que tiene una oportunidad. Y que tú tienes que decidir si eso te asusta lo suficiente como para echarte atrás.

—Venga, Sofía, ¿ahora vas a cargarme tú con la responsabilidad? —repliqué, a la defensiva.

—Claro que la tienes —respondió sin dudar, con una firmeza que me atravesó—. Te conozco, Cris. Sé que tu primera reacción, cuando algo te importa demasiado, es buscar la forma o la excusa de romperlo antes de que te rompa a ti.

—No es solo eso, joder. Es que… hemos empezado hace nada. Y ahora me dice que quizá se marche. ¿Qué se supone que debo pensar? Ella fue quien dio el primer paso, y ahora parece que es la primera en poner distancia.

Sofía se detuvo en seco, obligándome a frenarme también y a mirarla de frente.

—Lo único que quiere saber es que, si de verdad te importa, no puedes echarte atrás en la primera complicación. Esto no es blanco o negro. Y si está diciéndote que lo quiere hablar, háblalo. No lo conviertas tú en una despedida anticipada.

Inspiré hondo. La claridad con la que mi hermana solía decir las cosas me irritaba y, al mismo tiempo, me resultaba necesaria, porque me obligaba a mirar de frente aquello de lo que intentaba huir.

—No sé en qué momento empecé a… —me detuve, buscando la palabra exacta—. A sentir que todo giraba alrededor de ella.

Sofía apenas sonrió, como si ya supiera la respuesta mucho antes de que yo me atreviera a formularla.

—¿Quieres que te lo diga yo? Fue el día que te llamé y estabas nerviosa porque Natalia iba a pasar a verte después de guardia. Dijiste que era “solo una amiga”, pero estabas peinándote como si fueras a una cena de gala.

No pude evitar reír, a pesar del nudo que me apretaba el pecho.

—Puede que tengas razón. —Suspiré—. Y ahora, con todo esto, siento que, si se va, voy a volver al mismo maldito punto de siempre.

—No, Cris. —Su voz bajó de volumen, pero la firmeza permaneció intacta—. Si se va, te dolerá, claro que sí. Pero no será lo mismo, porque esta vez sabes lo que quieres. Y lo que quieres es ella.

Seguimos andando. Las fachadas antiguas, los balcones rebosantes de macetas en flor, las sombras alargadas que proyectaba el sol de verano…

todo parecía más nítido envuelto en aquella conversación.

—Tienes que hablarlo —insistió Sofía—. Y no desde el reproche, sino desde lo que sientes. Díselo antes de que la decisión esté tomada.

—¿Y si ya la ha tomado?

—Entonces al menos sabrás que no fue porque te callaste.

Su respuesta me dejó sin palabras durante un buen tramo. Mi mente iba y venía entre recuerdos recientes: sus dedos rozando los míos al salir de casa de Sofía, la forma en que me había mirado en el vestuario del hospital, esa mezcla de deseo y miedo que nos había dejado paralizadas.

Nos sentamos en una terraza para tomar un café.

—¿Y si…? —empecé, intentando abrir un resquicio a mis dudas.

—Deja de una vez los "y si" —me interrumpió con suavidad—. Esos solo sirven para inventarte películas que nunca ocurren.

—No puedo evitarlo.

—Puedes intentarlo. Y, sobre todo, puedes elegir si esta vez luchas por lo que quieres o te escondes antes de que empiece a dolerte.

La miré, buscando en sus ojos una certeza que yo no tenía, pero lo único que hallé fue esa convicción tranquila que siempre me había dado más fuerza de la que yo misma creía poseer.

Terminamos el café y seguimos caminando hacia el mirador de San Nicolás. Desde allí, la Alhambra se extendía bajo el sol bajo de invierno como una promesa antigua, sólida y eterna. Permanecí en silencio, contemplando las murallas, intentando absorber algo de esa firmeza que tanto necesitaba sentir.

—A veces pienso que me enamoré de ella antes incluso de darme cuenta —confesé al fin, en voz baja—. En detalles pequeños. En cómo se aparta un mechón de pelo cuando está concentrada. O en la manera en que me mira cuando cree que no la estoy observando.

—Pues eso es lo que tienes que decirle —respondió Sofía, sin apartar la vista del horizonte—. Todo eso. Y sin miedo a que su respuesta no sea la que esperas.

—Es muy fácil decirlo.

—No, Cris. Lo fácil es callarse y dejar que nunca sepa lo que piensas.

Nos quedamos allí un rato, compartiendo un silencio que no era incómodo, sino necesario. Sentí que sus palabras se me habían grabado dentro, como si ya formaran parte de esa voz interna que me empujaba a moverme justo cuando quería quedarme inmóvil.

Al despedirnos, Sofía me abrazó con fuerza, tan fuerte que casi me costó respirar.

—No la dejes escapar por orgullo —susurró al oído—. Ni por miedo.

Caminé de regreso a casa con la certeza de que cada paso me acercaba a una decisión inevitable. La noche anterior, en el vestuario, había sentido cómo la distancia entre Natalia y yo se ensanchaba como una grieta invisible. Pero también sabía que no quería que esa grieta se convirtiera en un muro.

Al llegar, me quedé un rato sentada en el sofá con el móvil en la mano. No la llamé. No todavía. Pero esta vez no fue por miedo, sino porque quería encontrar las palabras exactas. Palabras que no sonaran a reproche, sino a verdad.

Y mientras la ciudad se apagaba tras los cristales, supe que Sofía tenía razón: no estaba dispuesta a quedarme quieta viendo cómo se alejaba.

27

Natalia

La excusa había sido torpe, lo sabía desde el mismo momento en que apreté el botón de “enviar”. Un mensaje breve, casi seco, con esa urgencia que parecía fabricada: “Tienes que venir. Es importante”. Ni siquiera me molesté en especificar de qué se trataba. En el fondo, parte de mí temía que, si lo hacía, Cristina encontrara la forma de rehuirlo, de inventar cualquier excusa para no presentarse. Y yo… yo necesitaba que viniera. No para hablar de turnos, ni de protocolos, ni de papeleo atrasado. Necesitaba que viniera porque había llegado el instante de poner las cartas sobre la mesa, sin rodeos ni disfraces.

La esperé en la sala de descanso, con la luz cálida de una lámpara encendida, aunque afuera todavía se resistía un hilo de sol. El ordenador permanecía apagado, la tablet reposaba sobre la mesa como un testigo silencioso, y frente a mí un vaso de agua al que apenas había acercado los labios se calentaba poco a poco. El silencio era tan espeso que juraría que se podía escuchar el desorden de mi respiración, como si mis pulmones no hubieran recibido la orden de mantener la calma.

Cuando la puerta se abrió, apareció con ese paso medido que utilizaba cuando no estaba segura de lo que iba a encontrarse. Llevaba la chaqueta entreabierta, el cabello un poco revuelto por el viento de la calle y, en los ojos, esa mezcla de alerta y curiosidad que siempre me había resultado insoportable de ignorar.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin sentarse todavía. Permanecía con las manos hundidas en los bolsillos, mirándome de manera fija, como si quisiera descifrarlo todo antes de que yo abriera la boca.

—Cierra la puerta, por favor —le pedí.

Obedeció, y el clic del pestillo sonó en mis oídos como un punto de no retorno, una línea invisible que ya no podría desandarse.

—No hay ninguna urgencia médica, si es lo que imaginas —admití, dejando escapar un suspiro que no había planeado—. Te he hecho venir porque… porque no quiero que sigamos en este punto extraño en el que

parece que solo estamos esperando a ver quién se atreve a dar el siguiente paso.

Ella arqueó una ceja, sin emitir palabra. Esa era una de las cosas que más me desarmaban de Cristina: su capacidad para permanecer callada el tiempo suficiente hasta que las palabras importantes, las que tanto me costaban, salieran a trompicones, sin la anestesia de la evasiva.

—Lo de Barcelona… —empecé, notando cómo su mirada se endurecía apenas—. Escúchame, por favor, antes de decidir qué pensar.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa como si así pudiera sostenerme.

—Sí, me hicieron una oferta. Sí, la estuve valorando. Y sí, entiendo perfectamente que eso te hiciera sentir que todo lo que estábamos empezando podía romperse antes de tener siquiera la oportunidad de asentarse. Pero he decidido que no voy a irme.

—¿Así de fácil? —su voz no sonó incrédula, sino cautelosa, como si tanteara el terreno para medir hasta qué punto podía fiarse de la promesa.

—No es sencillo, claro que no. Me ha llevado días pensarlo, y no solo por lo que dejaría atrás aquí. —Tomé la tablet y se la acerqué, desbloqueando la pantalla con un gesto lento—. Quiero que lo veas tú misma.

En la pantalla había un correo redactado, dirigido al director de personal del hospital de Barcelona. El asunto decía: “Renuncia a la oferta”. El texto, breve y formal, sin adornos ni dramatismos, explicaba que agradecía la propuesta, pero que no estaba interesada en trasladarme.

Cristina lo leyó en silencio, sin siquiera tocar la pantalla, como si temiera alterar algo. Cuando levantó la vista hacia mí, tenía los labios entreabiertos, a medio camino entre pronunciar una palabra y tragársela.

—No lo he enviado todavía —continué—. Quería que lo vieras antes. Que supieras que no es una reacción impulsiva, ni un gesto teatral para ganarme de nuevo tu confianza. Es porque… —me costó tragar saliva—, es porque quiero quedarme aquí. Contigo.

El silencio que siguió fue largo, pero no incómodo. Sentía el peso de su mirada en mí, como si estuviera atravesándome hasta la última capa, y en ese instante comprendí que no había coraza posible que pudiera sostenerme.

—Natalia… —su voz salió débil, como un susurro que parecía temer romper algo invisible—. ¿Y si algún día te arrepientes?

—Prefiero arrepentirme de quedarme que de irme ahora y perder lo que estamos empezando —respondí, con una certeza que me sorprendió hasta a mí—. No quiero seguir siendo solo tu mejor amiga. Quiero conocerte como novia, con todo lo que eso implica. Con los días fáciles y también con los días en los que quieras matarme.

Sus labios se curvaron apenas, una sombra de sonrisa que se dibujó sin que ella pudiera evitarlo, y yo sentí un calor inesperado abrirse paso en el pecho, como si esa leve chispa bastara para recordarme por qué había tomado mi decisión.

—Esas son muchas implicaciones —murmuró, como si necesitara probar en voz alta el peso de lo que acababa de escuchar.

—Lo sé. —Apreté el botón de enviar delante de ella, sin apartar la mirada ni un segundo. La notificación de mensaje enviado apareció en la esquina de la pantalla y, al recostarme en la silla, sentí como si de pronto se desplomara sobre el suelo un fardo invisible que llevaba semanas arrastrando a la espalda.

Cristina se acercó despacio y apoyó las manos en el borde de la mesa. Sus dedos, aún fríos por la calle, contrastaban con la calidez que desprendía su cercanía. Con solo ese gesto, con solo estar a menos de un palmo de mí, el aire de la habitación se volvió más denso, como si costara un poco más respirar.

—No tenías que hacerlo solo por mí —dijo al fin, aunque sus ojos desmentían sus palabras; en el brillo que había en ellos, casi tembloroso, se adivinaba un deseo de creerme que intentaba contener.

—No solo lo he hecho por ti, lo he hecho por nosotras. —Incliné la cabeza para que lo entendiera bien, para que viera que no era una frase vacía—. Porque quiero saber qué pasa si nos damos de verdad la oportunidad, sin un final anunciado desde el principio, sin esa fecha de caducidad que nosotras mismas nos imponíamos.

Por un instante temí que se apartara, que dijera que era demasiado pronto, que el miedo seguía pesando más que cualquier promesa. Pero no ocurrió. En lugar de huir, se inclinó hacia mí, y el beso llegó despacio, casi con cautela, como si quisiera asegurarse de que yo estaba tan dispuesta a recibirlo como ella a darlo. No fue como los otros besos, los urgentes, los que habíamos compartido en momentos de tensión, con la sensación de que el mundo se podía derrumbar en cualquier momento. Este fue distinto: más

lento, más consciente, cargado de esa calma que dice, sin necesidad de palabras, este es el lugar donde quiero estar.

Cuando nos separamos, sus manos seguían apoyadas en la mesa, apenas unos centímetros de las mías. Ambas sonreímos, sin un motivo concreto, quizás porque el silencio había dejado de ser incómodo y, por primera vez en mucho tiempo, no sentíamos la necesidad de justificar nada.

—No sé qué va a pasar —admitió ella, con un hilo de voz que parecía contener al mismo tiempo vértigo y esperanza—. Pero quiero intentarlo de verdad.

—Eso me basta. —Y lo decía en serio; no necesitaba más garantías que esa.

Permanecimos así unos minutos más, sin hablar, como si estuviéramos aprendiendo un lenguaje nuevo: el de estar juntas sin que el miedo dictara cada movimiento. Afuera, el cielo terminaba de oscurecer y la ciudad encendía sus luces en pequeños fragmentos dispersos. El resplandor anaranjado de las farolas se filtraba por la ventana, tiñendo su perfil de un tono cálido que me recordó que quizá no todas las decisiones importantes necesitan alzarse como un grito para ser verdaderas. Algunas se sienten más reales cuando se susurran en silencio.

El silencio entre nosotras no pesaba; al contrario, tenía la textura de una tregua, de un territorio recién estrenado donde podíamos caminar sin tropezar con los restos de lo que fuimos antes. Escuchaba su respiración acompasada, tranquila, y eso me desarmaba más que cualquier declaración. Me descubrí observando con detalle: la curva suave de sus labios, todavía húmedos por el beso; el mechón rebelde que se le había caído sobre la frente; el golpecito distraído de sus dedos contra la madera, como si necesitara un ancla para no dejarse arrastrar por lo que acababa de suceder.

Me incliné un poco hacia ella, sin llegar a tocarla, y le pregunté en voz baja, como si me diera pudor romper esa frágil calma:

—¿Te da miedo?

Cristina me sostuvo la mirada. En sus ojos había algo que oscilaba entre la sinceridad más cruda y un reto que parecía lanzarme.

—Me da miedo todo —confesó, sin apartarse—. Pero contigo… no tanto.

Sonreí, no porque su respuesta fuera perfecta —no lo era—, sino porque era suya. Era honesta, sin adornos, y prefería mil veces esa verdad imperfecta que cualquier frase ensayada para tranquilizarme.

No sé cuánto tiempo permanecimos allí, reduciendo el mundo a ese rincón de luz tenue y a la resonancia de nuestras decisiones. En algún momento, Cristina dejó de apoyarse en la mesa y se acercó lo suficiente como para que nuestros hombros se rozaran. Ese contacto mínimo tuvo más fuerza que cualquier abrazo largo; era la confirmación silenciosa de que ambas estábamos en el mismo lugar.

—Podríamos salir a dar una vuelta —propuso de repente, con un tono ligero, como si la idea llevara rato anidando en su cabeza—. No quiero que este momento se quede encerrado aquí.

—O podríamos quedarnos un poco más —contesté, mirándola de reojo, con una sonrisa apenas esbozada—. No me apetece compartirlo todavía con la calle.

Se rio bajito, y aquella risa funcionó como un hilo invisible que destensaba todo lo que yo había arrastrado dentro. No añadió nada más, y tampoco era necesario. Permanecimos allí, viendo cómo la noche terminaba de cubrir la ciudad, como si de alguna manera nos perteneciera solo a nosotras.

Por primera vez en semanas, sentí que no tenía prisa. Y lo más sorprendente fue descubrir que ella tampoco la tenía.

Epílogo

Cristina

Nunca hubiera imaginado que un solo año pudiera transformar tanto un espacio. Ni siquiera un piso tan pequeño como el nuestro. Al principio me pareció excesivamente luminoso, demasiado nuevo, con ese aire impersonal que tienen los lugares que todavía no conocen a quienes los habitan. Sin embargo, poco a poco fue aprendiendo a respirar con nosotras, a impregnarse de nuestra huella, a latir al mismo compás que nuestra vida. El sofá se había vencido en el lado donde Natalia solía dejarse caer tras los turnos más largos; las tazas de café, que en su día eran blancas y relucientes, conservaban ahora un halo casi imperceptible del uso constante, como si guardaran la memoria de cada madrugada compartida; y la mesa de la cocina estaba salpicada de pequeñas marcas que contaban, sin palabras, todas aquellas noches en las que nos sorprendió el amanecer hablando de lo que nunca nos atrevíamos a decir a plena luz del día.

Aquella noche no fue distinta, aunque a mí me lo pareciera. La luz tenue de la lámpara sobre el fregadero envolvía la cocina en un calor acogedor. Yo estaba sentada sobre la encimera, con el pelo recogido de cualquier manera y el camisón torcido por las prisas, observándola mientras ella revisaba en el móvil algo que todavía no me había querido confesar. El café, recién hecho, llenaba el aire con ese aroma que se había vuelto tan nuestro como los paseos improvisados o las eternas discusiones sobre quién fregaba los platos.

—¿Vas a decir algo, o solo a mirar? —pregunté, consciente de que mis piernas colgando y la tela demasiado corta eran un anzuelo lanzado con toda la intención.

Ella levantó la vista del teléfono y me regaló esa sonrisa lenta que siempre me desarma: no amplia ni ruidosa, sino discreta, como si antes de besarme con la boca quisiera hacerlo con la mirada.

—Depende —respondió con calma—. ¿Qué crees que necesito descubrir?

Me encogí de hombros, jugueteando con el borde de la taza todavía caliente.

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

La forma en que dejó el móvil a un lado y se acercó, apoyando la mano en la encimera junto a mi cadera, hizo que el aire cambiara de densidad. Esa proximidad tenía algo que me recordaba al vestuario del hospital, aquel día en que todo empezó a girar de otra manera. Pero ahora no había incertidumbre, sino certeza; no había miedo, sino hambre, deseo y, sobre todo, la tranquilidad de saber que ya no necesitábamos escondernos de nada.

Natalia

Me fascinaba verla así: tan consciente de lo que provocaba y, al mismo tiempo, tan tranquila en la seguridad de que yo seguiría cayendo cada vez que quisiera. Me incliné despacio, con la delicadeza de quien examina una herida que teme reabrir, y posé el estetoscopio invisible de mis manos sobre su cintura.

—Pulso acelerado —susurré contra su piel.

—No es taquicardia —replicó con un amago de sonrisa, inclinándose hacia mí—. Es que estás demasiado cerca.

El roce de su aliento sobre mi cuello al pronunciar esas palabras me dejó sin defensas. Y, lo admito, no me importó lo más mínimo. Era uno de esos momentos en los que parecía que todo lo vivido, desde las discusiones absurdas hasta las guardias agotadoras, desde las distancias impuestas hasta los miedos que nunca nos vencieron, había estado trabajando para conducirnos justo allí.

Acabamos riendo, porque en algún instante ella soltó una carcajada breve que rompió la tensión sin disolverla. El café se quedó olvidado sobre la encimera, frío, mientras nosotras salíamos a la terraza. La ciudad descansaba en calma, salpicada de luces titilantes, y a lo lejos la Alhambra se recortaba bajo una luna casi perfecta.

—Mañana podríamos ir —propuse en voz baja, aunque ambas supimos que no me refería solo a la Alhambra.

Ella me miró con esa seriedad dulce que nunca necesitaba adornarse con palabras.

—Sí. Mañana.

Cristina

El paseo del día siguiente tuvo algo de ritual, como si el simple hecho de caminar juntas hacia allí fuera una manera de reafirmar lo nuestro. Subimos despacio, esquivando a los grupos de turistas que se detenían en cada esquina para fotografiar lo que nosotras ya sentíamos como parte de nuestra vida. Natalia llevaba las manos metidas en los bolsillos, pero de vez en cuando su brazo rozaba el mío, y ese contacto fugaz, mínimo, me resultaba más íntimo que cualquier gesto deliberado.

Cuando llegamos al mirador, nos quedamos en silencio. Frente a nosotras, la Alhambra se desplegaba solemne, bañada por una luz dorada que parecía querer recordarnos que algunas cosas permanecen siempre, aunque todo lo demás cambie. La contemplé con una emoción extraña: esa mezcla de historia, piedra y memoria me hizo pensar en lo que habíamos vivido, en los comienzos torpes, en las inseguridades que casi nos frenaron, en el miedo a perder incluso antes de haber ganado nada.

—Es curioso —dije al fin—. Hace un año no hubiera imaginado que estaríamos aquí, así.

—Yo sí —respondió ella, sin apartar los ojos del horizonte.

—¿Tan segura estabas?

—No era seguridad… —negó suavemente—. Eran ganas. Y las ganas, Cristina, empujan más que cualquier certeza.

Me quedé callada, dejándome atravesar por sus palabras. Notaba que nuestra forma de mirarnos también había cambiado: antes buscábamos señales de peligro, ahora solo encontrábamos puntos de anclaje.

Mientras regresábamos a casa, recordé cada pasillo recorrido en el hospital, cada guardia compartida, las confidencias repentinas a las tres de la madrugada, las veces que estuve a punto de huir y no lo hice, y la forma en que ella había aprendido a no desaparecer en cuanto las cosas se volvían demasiado reales.

Al llegar, encendí la cafetera de nuevo.

—No vamos a dormir esta noche, ¿verdad? —preguntó, dejándose caer en el sofá con esa familiaridad que llenaba todo el espacio.

—No —respondí, con media sonrisa—. Y me gusta así.

El aroma del café volvió a impregnar la cocina, pero esta vez no lo dejamos enfriar. Mientras el reloj avanzaba hacia una madrugada

cualquiera, entendí que lo que teníamos era precisamente eso: una rutina construida a base de momentos que no queríamos dejar escapar.

Cristina

Cuando me metí en la cama junto a ella, con las tazas vacías aún sobre la mesilla de noche, pensé que la historia que estábamos escribiendo no necesitaba un final perfecto. Solo necesitaba que nos siguiéramos eligiendo, día tras día, aunque el mundo continuara girando con su indiferencia habitual.

Y esa noche, entre su respiración tranquila y el peso de su mano entrelazada con la mía, supe que un año después aún seguíamos aprendiendo a encontrarnos. Y que, en el fondo, eso era lo mejor de todo: no haber llegado a la meta, sino seguir caminando juntas.